



mientrastanto.e

Número 219 de enero de 2023

Notas del mes

Rebajas de fin de año

Albert Recio Andreu

¿Hasta cuándo?

Juan-Ramón Capella

El Frente Anticolapsista Popular (de Judea)

Asier Arias

La batalla por Barcelona

Albert Recio Andreu

Ensayo

La unidad del espacio del cambio

Antonio Antón

El extremista discreto

Kakademia, IV

El Rombo

De otras fuentes

La Unión Europea en la tormenta perfecta

Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate y Juan Hernández Zubizarreta

Michael Roberts: «Los beneficios empresariales son la principal contribución a la inflación»

Daniel Yebra

Resignados a una larga guerra

Rafael Poch de Feliu

Desigualdades climáticas, una nueva fuente de injusticia social

Mateo Aguado y Nuria del Viso

Los cuerpos rotos de los empleos feminizados I: camareras de piso

Ernest Cañada y Nuria Alabao

La comunidad y lo común

Antonio Antón

La renta básica universal ante los programas de rentas mínimas

Dolores Medina Foussadier

Las razones y las emociones del futuro de hoy

Boaventura de Sousa Santos

El silencio bruto, la guerra «civilizada»

Manuel Rivas

Los museos y nuestro pasado colonial

José Antonio Sánchez Román

Ayuso, la dinamitera

Agustín Moreno

En los márgenes

Juan Diego Botto

La Biblioteca de Babel

Desigualdades insostenibles

...Y la lírica

Oda al primer día del año

Pablo Neruda

Notas del mes

Albert Recio Andreu

Rebajas de fin de año

Cuaderno pandémico: 16

I

Antes, las rebajas empezaban después de Reyes. Pero hace tiempo que los oligopolios comerciales impusieron una desregulación del sector y anuncian rebajas cuando les da la gana. Aunque muchas de ellas son meros trampantojos para encandilar a la clientela. Este año el Gobierno se ha sumado a la política de rebajas anticipadas aprobando un nuevo paquete de medidas orientadas a hacer más llevadera la inflación.

No se trata de trivializar la actuación del Gobierno. El paquete de medidas no es una frivolidad. La persistencia de paquetes de este tipo desde el inicio de la pandemia y a lo largo del actual proceso inflacionario indican que hay una preocupación real por dar respuestas a los problemas, y una cierta sensibilidad social. Vale la pena preguntarse qué hubiera ocurrido con otro Gobierno (del PP o de un PSOE monocolor con ministros como Miguel Boyer o Pedro Solbes al mando), y también si los fracasos de las políticas europeas en la crisis anterior (y las movilizaciones que han generado) han tenido alguna influencia en este giro más social —por moderado que sea— en la gestión de la nueva crisis.

Las medidas adoptadas en este último paquete siguen líneas parecidas a las planteadas anteriormente. Básicamente, pretenden la moderación de precios de productos esenciales mediante rebajas en los impuestos indirectos y nuevas ayudas directas a los sectores de rentas más bajas. Respecto a anteriores paquetes, hay una rectificación positiva: la de eliminar la bonificación de la gasolina, que era una medida regresiva en términos sociales (el uso del coche aumenta con la renta) y ecológicos. Y una novedad en la intervención en el mercado de alquiler, algo que el sector de Unidos Podemos ha peleado hasta el final.

La rebaja de impuestos indirectos, especialmente si se aplica a productos básicos, es socialmente progresiva, ya que tiene una incidencia mayor en el gasto de las personas con menos ingresos. En el momento actual, en el que es posible que la propia inflación genere un incremento de la recaudación fiscal, esta rebaja es asumible y mucho más progresista que las rebajas fiscales generalizadas que propone la derecha y que acaban teniendo siempre un impacto redistributivo negativo. Por la doble vía de que se rebaja más la contribución de los ricos, por un lado, y porque los ajustes presupuestarios que acaba generando afectan a los servicios públicos y la transferencia de rentas hacia la gente más necesitada, por el otro.

Los principales problemas están en la implementación real de estas medidas. En teoría, las rebajas del IVA deberían reducir los precios actuales en el porcentaje en el que se rebajan los impuestos. Pero su implementación queda en manos de las empresas de distribución que pueden quedarse la rebaja y ampliar sus márgenes. En un contexto de estabilidad de precios, quizás resulta fácil detectar quién está haciendo este tipo de maniobras. Pero en un contexto inflacionario —en el que los precios varían con asiduidad— y en unas economías donde existe una enorme diversificación de cada producto básico (basta pensar en nuestras compras en la

panadería, o en la línea de lácteos) es difícil discernir cuál es el recorrido real de la rebaja de impuestos. A menos que existiera un organismo público que tuviera una información detallada de las cadenas de precios y fuera capaz de supervisar las acciones de los distribuidores y sancionar (o corregir) sus abusos.

En la misma dirección de problemas, los nuevos cheques de renta a los sectores de bajos ingresos pueden tener los mismos problemas de aplicación que otras medidas anteriores, como la misma renta básica. Problemas como el de dejar fuera, en la práctica, a mucha gente que merece obtenerla por la complejidad de los trámites burocráticos. Se trata de una cuestión ampliamente reconocida en los estudios sobre prestaciones sociales: el de la exclusión debido a las dificultades de acceso. En el caso de una prestación como la actual, se podría simplificar el trámite eliminando la necesidad de que fueran las familias las que tuvieran que pedir la prestación. La Agencia Tributaria tiene toda la información fiscal y de renta que se exige para obtenerla y podría utilizarla haciendo un ingreso en las cuentas bancarias de las que tiene constancia. Quedarían huecos, pero llegaría de golpe a mucha gente y de forma menos engorrosa.

Cuando nos proponemos discutir reformas casi nunca se considera la necesidad de cambios en la organización pública para que sea más eficaz. En algunos casos hay un problema de plantillas inadecuadas (por ejemplo, en inspección de trabajo, en inspección fiscal y en otras administraciones). En otros, se trata de simplificar las gestiones, de facilitarlas. Y en otros de crear, como sugiero en el caso del control de precios, organismos adecuados ahora inexistentes.

II

Puede discutirse si estas medidas son suficientes o adecuadas. Lo que me parece más relevante destacar es que se insertan en el modelo de actuación indicado por las grandes organizaciones mundiales. Una modificación y modulación de la vieja ortodoxia económica forzada por el convencimiento que las políticas neoliberales más radicales podían llevar al desastre (lo que ocurre en Reino Unido sirve para ilustrar a lo que me refiero).

El núcleo de la política antiinflación sigue varada en la política monetaria, en las alzas de los tipos de interés. De persistir la inflación, y de persistir esta política, al final puede afectar gravemente a la actividad económica y a las finanzas públicas por el encarecimiento del servicio de la deuda. Se demonizan los mecanismos de indexación salarial, con el argumento que amplifican la espiral inflacionista. En la práctica, significa aceptar que los salarios reales deben ser los pagados de esta política. Las ayudas deben restringirse a los sectores más pobres, en la línea de las ayudas aprobadas por el Gobierno. En la práctica, la existencia de altos volúmenes de inmigración irregular en muchos países deja desamparada a parte de la población más afectada (población que, por otra parte, está cubriendo algunos servicios esenciales a la comunidad). O sea que el resultado de todo ello, en el mejor de los casos, será una nueva devaluación salarial, moderada en el caso de las rentas más bajas por las ayudas públicas (en el caso de que funcionen bien). El aumento del salario mínimo es una cuestión urgente, sin la cual gran parte del programa aprobado queda desequilibrado.

La política de abaratar precios mediante rebajas fiscales es solo un paliativo que deja fuera el propio núcleo de la inflación. Ésta tiene su origen en las políticas empresariales. Se ha aducido el alza de la energía y a las materias primas agrarias. El despegue se inició a mediados de 2021,

mucho antes que estallara la guerra de Ucrania. Ésta, a lo sumo, ha forzado un proceso en marcha. Hay indicios de que en muchos casos las empresas han ampliado márgenes para recuperarse de la crisis COVID, o simplemente aprovecharse de la propia inflación. Si uno sube precios cuando nadie lo hace, queda en evidencia. Pero cuando los precios suben es fácil justificar los propios aumentos apelando a “la inflación” o el “aumento de costes”. También se han reconocido los cuellos de botella en las cadenas de suministros de la economía globalizada. Pero estas tres cuestiones básicas (encarecimiento de suministros básicos, problemas en las cadenas globales y aumento de márgenes empresariales) quedan totalmente fuera del campo de acción de la política económica. Quizás la única excepción ha sido la intervención en el mercado eléctrico, beneficiado por un modelo tarifario claramente favorable a los intereses de los oligopolios eléctricos.

Tenemos un proceso inflacionario que se anuncia demoledor (cuando menos para las condiciones de vida de mucha gente, y posiblemente también para muchas empresas), pero no hay ninguna receta seria para hacerle frente más allá de la aplicación de paliativos (que siempre son útiles) y sangrías. Más o menos medicina del siglo XIX aplicada al tratamiento del cáncer. No es un problema de miopía, pues se conocen bastantes cosas de las dinámicas del proceso actual. La cuestión es que hay un consenso implícito que el funcionamiento normal de la producción de mercancías debe dejarse completamente en manos privadas. Y que la intervención pública en este campo está vetada. Esta es a mi entender la crítica principal que debe hacerse a una política bienintencionada pero inadecuada.

Porque lo que está detrás de la inflación apunta a graves problemas estructurales. Al encarecimiento de costes generado por la crisis ecológica en sus diversas expresiones (encarecimiento y escasez de algunas materias primas, malas cosechas debidas al cambio climático...). A la existencia de poderes oligopólicos a nivel internacional o local. Al mal diseño de las estructuras productivas que tienden a generar averías que se expanden a la economía global. Y la forma de hacerles frente apunta a otro tipo de respuestas. Algunas muy complicadas, como la de transitar desde la actual organización económica a otra ecológica y socialmente adecuada. Pero cuyo desconocimiento y falta de acción no hace sino enquistar los problemas y hacerlos más graves y persistentes.

El seguir empeñados en variantes de una misma ortodoxia tiene mucho que ver con la estructura social dominante y el poder alcanzado por las élites económicas. Por su resistencia a cambios que afecten a su poder y su riqueza. Pero también se explica por el largo adoctrinamiento neoclásico de los economistas que dirigen la mayoría de las instituciones económicas a quienes les resulta muy difícil salir de pautas conocidas. Tampoco puede despreciarse la persistente influencia que ejercen por vías más o menos sutiles los grandes grupos económicos interesados en dejar intactas sus fuentes de enriquecimiento. Estos días que hemos conocido el caso del Qatargate —la compra de parlamentarios europeos por parte de los Gobiernos de Qatar y Marruecos para que defiendan los intereses de sus países—; es necesario preguntarse respecto a cuántas más acciones parecidas pueden tener lugar en Bruselas, de manos de grupos empresariales tan interesados como los gobiernos en mantener intactos sus privilegios.

III

Vivimos en tiempos de reformismo demediado. Y hay que reconocer que, pese a su limitado

alcance, muchas de las medidas aplicadas han paliado sufrimientos y problemas. Mucho mejor esto que el cruel ejercicio de las políticas de austeridad. Pero, ni estamos exentos de que estas hayan sido desterradas (basta con ver la actuación del Gobierno de la Comunidad de Madrid o el Gobierno británico para ver que esto puede volver), ni estas políticas son suficientes para hacer frente en serio a la inflación actual. Y mucho menos para organizar la necesaria transición real a un modelo económico y social más justo, racional en lo ecológico y lo social.

Juan-Ramón Capella

¿Hasta cuándo?

El presidente Zelenski, un actor sin experiencia política anterior, se convirtió en presidente de Ucrania hace tres años. Ha sufrido la agresión del ejército ruso. Pero es un hombre de los norteamericanos. Ayudado por los Estados Unidos y sus países satélites, entre ellos el nuestro, se ha negado terminantemente a negociar con Rusia un cese de las hostilidades, un alto el fuego.

Su reciente viaje a los Estados Unidos significa que, con la ayuda de los misiles Patriot, pretende prolongar la guerra. Antepone su alianza con Norteamérica a la destrucción de su país, que es ya muy relevante. La pretensión rusa de una victoria rápida se ha esfumado. Pero una guerra limitada al este del país también. Está claro que es la hora de la negociación. Los occidentales no la quieren todavía y el irresponsable presidente ucraniano sigue sin quererla.

Las poblaciones occidentales no están demasiado bien informadas sobre la situación de la guerra. Cuando hay una guerra lo primero que desaparece es la verdad. Y tampoco sabemos cuál es exactamente el grado de implicación militar español en el conflicto. La ministra de defensa, Margarita Robles, no es precisamente una paloma. Putin, obviamente, tampoco. La guerra perjudica seriamente a la sociedad rusa. Pero ¿y las poblaciones occidentales?

La voladura del gasoducto submarino que debía servir gas ruso a Alemania no ha podido ser atribuido a los rusos. Queda la responsabilidad británica o norteamericana respecto de sus *aliados* alemanes. Nosotros también padecemos, indirectamente, la penuria energética. Lo curioso es que las poblaciones no se levanten contra un cúmulo de dirigentes desalmados de uno y otro lado. Me temo que cuando se produzca el inevitable, a la larga, vuelco de la opinión la infeliz Ucrania habrá quedado completamente devastada en sus infraestructuras básicas.

No hay que engañarse. La antigua democracia norteamericana se ha convertido en un Imperio Militar que pretende usar medios militares para frenar su manifiesta decadencia. Además de los medios militares, dispone de un aparato cultural que le permite suavizar su acción con hegemonía en este terreno: la música, las imágenes que crea Norteamérica se imponen en los medios de masas, en las radios y en las televisiones, a cualquier otro producto cultural. Y las televisiones y emisoras les hacen el juego a los grandes patronos, como si no existiera cine ni música en Francia, en Italia, en Alemania, en los países no angloparlantes. Sí, a muchos nos gusta el jazz, pero ¿no hay productos culturales europeos, árabes, africanos, asiáticos que no compongan la apología ideológica del imperio militar americano? ¿Tenemos que alimentarnos culturalmente de la porquería norteamericana?

Asier Arias

El Frente Anticolapsista Popular (de Judea)

Marisa Glave describió el desmoronamiento de la presidencia de Pedro Castillo como una «transición hacia nuestra próxima crisis». Desde el punto de vista de la socióloga y excongresista peruana, con el derribo tras el acoso su país no estaría encaminándose hacia la solución de la crisis institucional, «sino sólo transitando hacia otra» (Stefanoni, 2022).

Algunos entendemos que nada diferente cabe decir del capitalismo global, pero la noción de crisis parece inadecuada para referirse a un estado permanente de transición hacia la siguiente crisis. Las situaciones críticas pueden definirse como fases de procesos en las que se decide si el retorno a un punto de equilibrio razonablemente similar al anterior (a la crisis) es o no factible. El ejemplo de la enfermedad —del que parte Habermas en *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*— resulta particularmente esclarecedor en este punto: como una enfermedad de cuyo paroxismo podemos regresar al estado previo al prodrómico, las crisis pueden «resolverse»; pero cuando a una crisis sucede inmediatamente la siguiente, hablar de «resolución», y aun de su propia posibilidad, empieza a perder sentido.

La concatenación de crisis entretejidas es ahora nuestro medio: lo que el agua al pez. Desde la economía política de inspiración marxiana se ha conceptualizado esta concatenación como una «crisis larga» (Roberts, 2016), que vendría «desplegándose, desarrollándose y evolucionando» (Varoufakis, 2019), pero que no tendría viso alguno de ir a «resolverse», dado que «el capitalismo no resuelve sus crisis, sino que las desplaza geográficamente» (Harvey, 2010), y en una esfera con un radio de sólo seis mil kilómetros, llega un momento en que el «arreglo espacial» (Harvey, 1982/2018) no puede menos que proyectarse hacia el espacio exterior (Shammas y Holen, 2019).

[1]

En su última píldora lisérgica de 2022, Fernando Vallespín nos explicaba circunspecto que Angela Merkel habría destilado en los compases finales del año una nueva definición de «nueva normalidad»: la crisis permanente (Vallespín, 2022). Como sugeríamos, la voz «crisis» no hace del todo bien el trabajo de designar una crisis permanente e irreversible: tal vez el capitalismo global, enfrentado a la escasa longitud del radio terrestre, el viraje en la división internacional del trabajo, la saturación de sumideros, la obesidad del «sistema deuda» (Toussaint), la escasez de recursos y otros detalles de índole similar, esté *colapsando*. Sigue con vida y, aunque anuncia que guardará cama un año más, con Europa, China y EE. UU. precipitándose por debajo de la línea de base (con estos ánimos abre el año el FMI), todo el mundo «sabe» que «la crisis energética no suscita un consenso similar al de la crisis climática» (Santiago Muíño, 2022a), de forma que lo más prudente será comportarse como si la fusión nuclear estuviera a la vuelta de la esquina, como si eso significara que podemos electrificar hasta la fotosíntesis, como si no pasara nada por dilapidar en una generación la riqueza mineral de la corteza terrestre —«pintar de rosa» la última patada adelante del extractivismo colonial del Norte es «políticamente lisérgico» (Santiago Muíño, Vindel y Rendueles, 2022), y evidencia al tiempo que no nos encontramos «moralmente preparados para las consecuencias gigantes de lo que estamos provocando» (Santiago Muíño, 2022b)—, [2] etc. [3]

Parece innecesario aclarar que, en el uso propuesto en el párrafo anterior, «colapso» nada dice

de cataclismos o guiones de Hollywood: ¿un sistema socioeconómico globalizado colapsa de forma tan rápida y espectacular como un edificio? En cualquier caso, es cierto que se trata de una noción chocante que «encaja como un guante en un estado de ánimo y un tipo de narración extremadamente normalizado en la cultura contemporánea» (Santiago Muíño, Vindel y Rendueles, 2022). En la medida en que evidencia la distancia que media entre el señalado uso y este imaginario *scfi-fi* con tan poquitos lances, bienvenida sea esa acometida anticolapsista que durante el último par de meses ha venido poniendo en la picota la idea del colapso como «políticamente contraproducente» (Santiago Muíño, 2022b).

Hay tres virtudes adicionales que deben reconocérsele a esa acometida. En primer lugar, la de llamar la atención sobre la decisiva importancia de que el ecologismo *continúe* trabajando en las instituciones: sin una familiaridad solvente con su funcionamiento, las habituales enmiendas a la totalidad naufragan en la futilidad —sólo con permacultores no llegaremos muy lejos: hacen falta, y mucha, abogados y economistas capaces de orientarse adecuadamente en el mundo de los «despachos realmente existentes».

En segundo lugar, la de poner en guardia ante ciertos resortes ecomilenaristas que buscarían en el desastre el prolegómeno de la emancipación. Con todo, y a pesar de que nunca faltan gurús y psichistoriadores, no es el fantasma de las sectas ecomilenaristas el que recorre el ecologismo, sino antes bien el de la aguda conciencia de que la «crisis» no terminará: ascienden a entre uno y ninguno los ejemplos que puedo listar de autoras o activistas ecomilenaristas, y no hablemos ya de «anarquistas *prepper* de base termodinámica» (Santiago Muíño, Vindel y Rendueles, 2022).^[4]

En tercer lugar, la acometida anticolapsista pone el acento en la urgente necesidad de construir hegemonía cultural y articular mayorías sociopolíticas. Esto de las mayorías viene preocupando hace tiempo a los anticolapsistas, que denuncian hoy en el colapsismo lo que denunciaban ayer en el decrecimiento (Tejero y Santiago Muíño, 2019): «esto y la voluntad de irrelevancia política son una y la misma cosa». El tiempo parece estar quitándoles la razón: en vista del auge decrecentista en todos los frentes, es probable que Más País termine por ser la última fuerza a la izquierda del PSOE en abrazar abiertamente el decrecimiento.^[5] Hubo en España un tiempo en que el «realismo político» del *Green New Deal* como puente transformador era quizá lo máximo que podía disputarse en el ámbito de la política institucional, pero ese momento pasó —basta mencionar la presencia de Yayo Herrero en el proyecto de Sumar o los escritos recientes del ministro de Consumo.

Es claro que urge construir hegemonía y articular mayorías, y la clave de esta frase está antes en la noción de urgencia que en cualquier otra. Deben destacarse dos facetas de esa noción. La primera señalaría que la situación ecosocial que atravesamos es tan desesperada que no podemos pretender asentar exclusivamente nuestras intervenciones políticas en un mundo poscapitalista que aún no existe: hemos de empezar haciendo lo que cabe hacer dentro del marco sociopolítico existente. La segunda faceta vendría, por su parte, a poner de relieve la insuficiencia de la primera, porque la hegemonía cultural que urge construir es la de un ecologismo consecuente y radicalmente anticapitalista: urge, en otras palabras, que amplias mayorías sociales asuman la urgencia de abandonar el capitalismo —con las profundas implicaciones que de aquí derivan para los estilos de vida que han configurado nuestras sociedades a partir de la Gran Aceleración (Steffen et al., 2015).^[6]

Un par de frases de Adrián Almazán condensan no sólo las impresiones que me han transmitido amigos activistas de distintas organizaciones y territorios en este par de meses de polémica en torno al colapso, sino también, diría, lo esencial de todo este asunto. La crispación suscitada por esta polémica «es especialmente preocupante en la situación actual, en la que todos los problemas que el ecologismo social lleva décadas tratando de evitar explotan y se convierten en la cotidianidad de millones de personas dentro y fuera de nuestro territorio. Tiempo de descuento clave en el que las acciones, y sobre todo las inacciones, son existencialmente determinantes. Cuando deberíamos estar poniendo todas nuestras fuerzas en tratar de tener una visión clara de las dinámicas en marcha y en la propuesta y construcción de alternativas concretas, dilapidamos energías en agrios debates virtuales que no parecen tener ninguna voluntad de unirnos en un objetivo compartido» (Almazán, 2022).

Referencias

- Alba Rico, S. (2022) «La crisis de la derecha y el miembro fantasma», *Público*, 6 de noviembre.
- Almazán, A. (2022) «El “anticolapsismo” y el debate como estrategia (populista)», *ctxt*, 28 de diciembre.
- Harvey, D. (1982/2018) *The Limits to Capital*. Londres: Verso.
- Harvey, D. (2010) «The crises of capitalism», *Royal Society for the Encouragement of Arts, Manufactures and Commerce*, Londres, 26 de abril.
- Herranz, D. (2022) «La globalización deja paso a la ‘Era de la Escasez’, que restará 1,6 billones de dólares al PIB mundial», *Público*, 23 de mayo.
- IMF (2022) *World Economic Outlook. War Sets Back the Global Recovery*. Washington, DC: International Monetary Fund.
- Riechmann, J. (2022a) «El descenso energético (y la necesidad de decrecimiento): Implicaciones para las transiciones ecosociales. Continuación del debate con Emilio Santiago Muíño», *Contra el Diluvio*, 7 de noviembre.
- Riechmann, J. (2022b) «Unas pocas observaciones sobre ‘colapsismo’», *Tratar de Comprender, Tratar de Ayudar*, 11 de octubre.
- Roberts, M. (2016) *The Long Depression. Marxism and the Global Crisis of Capitalism*. Chicago: Haymarket.
- Santiago Muíño, E. (2022a) «No tenemos derecho al colapsismo. Una conversación con Jorge Riechmann (II)», *Contra el Diluvio*, 3 de noviembre.
- Santiago Muíño, E. (2022b) «No tenemos derecho al colapsismo. Una conversación con Jorge Riechmann (I)», *Contra el Diluvio*, 1 de noviembre.

Santiago Muíño, E., Vindel, J. y Rendueles, C. (2022) «Colapsismo. La cancelación (ecologista) del futuro», *Corriente Cálida*, 14 de noviembre.

Shammas, V. L. y Holen, T. B. (2019) “One giant leap for capitalistkind: Private enterprise in outer space”, *Palgrave Communications*, 5, 10.

Smil, V. (1999) *Energías. Una guía ilustrada de la biosfera y la civilización*. Barcelona: Crítica, 2001.

Stefanoni, P. (2022) «De Pedro Castillo a Dina Boluarte o la crisis interminable de Perú», *ctxt*, 9 de diciembre.

Steffen, W., et al. (2015) “The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration”, *The Anthropocene Review*, 2, pp. 1-18.

Tejero, H. y Santiago Muíño, E. (2019) *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*. Madrid: Capitán Swing.

Vallespín, F. (2022) «El año de la ‘Zeitenwende’», *El País*, 31 de diciembre.

Varoufakis, Y. (2019) «Never before have we had so much money, yet so little investment in what humanity needs», *Ceasefire*, 29 de julio.

World Bank (2022) *Global Economic Prospects, June 2022*. Washington, DC: World Bank.

1. Ciertamente, hubo antes de la ola actual flujos y reflujos en las mareas de la globalización capitalista (en concreto, el que se cerrara con la Primera Guerra Mundial y el que se abriera con la Segunda), pero fueron juegos de niños en comparación: la proporción del comercio mundial en el PIB global comienza a dispararse por encima de cualquier registro previo en la segunda mitad de los ochenta, para tocar en 2008 un techo que es, por decir lo menos, improbable que vaya a superarse —las últimas evaluaciones globales del FMI o el Banco Mundial no se molestan en disfrazar con eufemismos la nada remota posibilidad de una fragmentación económica caótica (cf. IMF, 2022: 19; World Bank, 2022: 6) en el marco de una desglobalización que, en palabras del economista jefe de la OMC Robert Koopman, «ha llegado para quedarse» (Herranz, 2022). ?
2. «No es descartable que unas regiones del mundo prosperen a costa de hacer colapsar a otras, reforzando las dinámicas coloniales que ya existen» (Santiago Muíño, Vindel y Rendueles, 2022). «Unas partes del sistema mundo que estudia el *World 3* pueden prosperar a costa de que otras colapsen más profundamente» (Santiago Muíño, 2022b). Sin un agresivo redoble del extractivismo neocolonial, ¿es concebible un entramado technoindustrial de algún calado en el erial de recursos primarios que es la Europa Occidental? ?
3. Uno de los síntomas de ese descarrío ecologista llamado «colapsismo» consiste en su «inclinación a los análisis en clave de crisis energética» (Santiago Muíño, 2022a). Cabe señalar, retomando el contenido de la primera nota al pie, que cuesta —mucho— imaginar la reorganización de las cadenas globales de suministro y la configuración de un nuevo «arreglo espacial» en la era de la decadencia fósil —quizá no sea gratuito que Václav Smil

se refiera a la nuestra como «la civilización de los combustibles fósiles» (Smil, 1999: 271; v. et. Riechmann, 2022a). ?

4. Anotemos al margen que a este barroco (des)calificativo sigue una definición de «colapsismo» que cualquier recién llegado podría confundir con la primera entrada del *DRAE* para «ecologismo»: «Buena parte de los colapsistas están convencidos de que la crisis ecológica nos obligará a llevar vidas más autosuficientes, comunitarias, con un fuerte componente de ruralidad y con estructuras de poder mucho más simplificadas». ?
5. Curiosamente, la acometida anticolapsista coincidía en el tiempo con el momento en que Alba Rico intercalaba entre sus habituales ensaladas de metáforas (algunos hablan aquí de «filosofía») y sus piezas de ecolalia atlantista (los hay que hablan aquí de «análisis de relaciones internacionales») un críptico llamamiento a la moderación socialdemócrata en el que se hacía eco, por cierto, de la «superlativa lucidez» de la acometida anticolapsista (Alba Rico, 2022). ¿Cómo traducimos al castellano esta reprimenda al «radicalismo» a la izquierda del PSOE? ¿«Que se callen la boca todos menos Íñigo Errejón»? ¿Y esto de cara a «ganar elecciones»? ¿Echamos un vistazo a la distribución de escaños y a las encuestas y logramos contener la risa? El llamamiento de Alba Rico y la acometida anticolapsista son en el fondo la misma contradicción: «lo único importante en el fútbol es meter goles, y por eso hemos formado un equipo con linieres y utilleros». ?
6. El texto que abrió la polémica ubica contundentemente la cuestión de la urgencia en su decisiva intersección con la de la prudencia: «Como ha observado en alguna ocasión Manuel Casal Lodeiro, la diferencia entre el escenario de “los catastrofistas tenían razón pero no actuamos drásticamente” y el de “los catastrofistas no tenían razón pero nos adelantamos a hacer sociedades poscrecimiento/ posfósiles/ resilientes” es tan brutal que debería llevar a la acción incluso a los más reacios a la radicalidad» (Riechmann, 2022b). ?

Albert Recio Andreu

La batalla por Barcelona

I

Las elecciones municipales son la primera batalla del nuevo ciclo electoral. En 2015 significaron un gran avance de la izquierda, al calor de los movimientos sociales alimentados tras el 15-M. Pero en 2019 gran parte de esta fuerza se desvaneció —más por errores propios que ajenos— y sólo persistieron algunas ciudades. Barcelona, donde Ada Colau consiguió mantener la alcaldía gracias a una compleja alianza anti-independentista, constituye sin duda el caso más sonado. Que una ciudad de sus características esté regida por una fuerza de izquierda alternativa (con todos los matices que se puedan introducir) es un hecho de por sí novedoso. Y, francamente, un golpe para las fuerzas políticas tradicionales, que lo viven como una afrenta insoportable.

Detentar el poder durante un tiempo largo acaba generando un sentido de propiedad del que nadie está exento. Es patente en el caso de la derecha española a escala estatal, lo ha sido para el nacionalismo de derechas en Catalunya y también para el PSC-PSOE en Barcelona (por más que su propia decadencia les había llevado a perder la alcaldía en 2011). Y los Comuns no dejan de ser alguien poco fiable para todos los que se consideran a sí mismos detentadores naturales del poder (no sólo las fuerzas políticas, también la “sociedad civil burguesa” que controla muchos de los mecanismos clave del poder real). Ni son catalanistas convencidos, ni defensores acérrimos de la unidad indivisible del país. Y por eso, el primer objetivo de casi todas las fuerzas políticas pasa por desbancar a la actual alcaldía e imponer un consistorio que vuelva las aguas a la normalidad.

Lo que ocurra en Barcelona puede tener incidencia en el proyecto de Sumar (y viceversa). Y, en todo caso, la experiencia social y política de Barcelona tiene interés en sí misma, como laboratorio de los problemas que enfrenta la izquierda alternativa en muchos territorios.

II

El ascenso electoral de 2015 estuvo aupado por las movilizaciones sociales generadas por la crisis y las radicales políticas neoliberales adoptadas en el momento. Sin duda, los movimientos contra los desahucios jugaron un papel simbólico que llegó a mucha gente. En Barcelona, además, se produjeron numerosas acciones en los barrios golpeados por las radicales políticas neoliberales adoptadas por el Ayuntamiento Trías. Sus partidarios siguen convencidos que se trató de una confabulación tejida por organizaciones sociales próximas al grupo de Colau para provocar un cambio. Quienes hemos participado en alguno de estos procesos sabemos que no fue así, que muchos de los movimientos vecinales se dieron de forma descentralizada, sin una coordinación general (aunque sí sustentados por viejos y nuevos activistas vecinales presentes en muchos barrios de la ciudad); respuestas al cabreo profundo que generaban los recortes, la dejadez y las políticas privatizadoras que trataba de imponer la alcaldía conservadora.

La propuesta política central de la izquierda del 2015 se sustentó, básicamente, en un proyecto voluntarista. En el “si queremos, podemos”. En la promesa que una nueva generación política, salida de una experiencia activista (por más que en muchos casos desarrollada en circuito

cerrado, ajena al trabajo con amplias capas de población), con una cierta preparación técnica (todos los nuevos cuadros han pasado por la universidad) y mucho arrojo, podrían invertir la situación con suma facilidad. La experiencia posterior ha desmentido esta hipótesis de trabajo. La realidad se ha mostrado mucho más dura de cambiar.

La experiencia de estos ocho años de Gobierno de los Comunes permite delinear un cuadro bastante completo de las resistencias a las que se enfrenta cualquier fuerza política que pretenda generar cambios sociales profundos. En primer lugar, está la enorme densidad del poder establecido con sus ramificaciones en los partidos, en instituciones sociales, en los medios de comunicación, en la judicatura. Y que cuentan con un populoso ejército de técnicos, propagandistas y empleados que trabajan a su servicio. En segundo lugar, las propias limitaciones de la Administración local, no sólo en recursos económicos (por más poderoso que sea el Ayuntamiento de Barcelona) sino especialmente en recursos humanos. Tanto en cantidad como en comportamiento. Los funcionarios y trabajadores municipales no son activistas al servicio del poder, son personas con sus hábitos, sus rutinas adquiridas en años de desempeño, con sus condiciones laborales. Una máquina difícil de mover. Y, a pesar de que una parte del personal ha participado con bastante buena voluntad en la “nueva política”, hay muchas zonas de sombra y áreas donde el cambio, por moderado que sea, está lejos. En tercer lugar, está la propia complejidad de muchas de las cuestiones abordar. No sólo de tipo técnico y jurídico, también de la propia diversidad de sensibilidades sociales que coexisten en la ciudad, de tradiciones y prácticas que tienen un historial y se manifiestan en forma de rechazo ante los cambios.

Y en último, pero no menos importante, las debilidades y errores propios. Quizás el más importante es la ausencia de un proyecto organizativo sólido. Los Comuns se configuró como una confluencia de la “vieja izquierda” (Iniciativa, Esquerra Unida i Alternativa) y la “nueva izquierda” (aglutinada en torno a la figura de Ada Colau), en la que esta última tuvo una posición clara de liderazgo. Podemos ha jugado un papel secundario. En Catalunya se constituyó por adición de espacios muy diversos y con un claro predominio de personas rebotadas de mil proyectos, aunque también otras sin una experiencia militante anterior, ilusionadas por el efecto Pablo Iglesias. Gran parte de la gente que llegó a aglutinar fue desapareciendo a medida que la tormenta generada por el *procés* afectó al propio debate interno. Lo que queda de este proceso está en parte integrado en Comuns. El resultante de todos estos procesos es una organización con un predominio de personas con educación superior (aunque muchas de ellas no consolidadas profesionalmente) y una muy baja implantación en los barrios de clase obrera. Y pocas, y a menudo recelosas, conexiones con las organizaciones sociales tradicionales (sindicatos, asociaciones de vecinos). Esta débil inserción social lastra la capacidad de influencia y, a menudo, genera una desconexión entre las políticas que se llevan a cabo y su impacto social. La ausencia de una organización sólida tiene además otra derivada preocupante: la excesiva dependencia de la figura de la alcaldesa y una ausencia de proyecto claro si se plantea una situación diferente a la actual.

III

Analizando la acción de Gobierno de Comuns el balance es más positivo de lo que aparece en muchos debates. Lo que ocurre es que lo mejor es, a menudo, lo que menos luce. Los presupuestos son un indicativo cuantitativo del trabajo y en este capítulo destacan dos hechos

incontrovertibles: el aumento del gasto social y el dedicado al transporte público. El primero permite paliar muchas situaciones dramáticas, provocadas por el modelo neoliberal imperante en las políticas laborales y de vivienda (y agravado por las políticas de extranjería) y con la debilidad de no estar acompañados por buenas políticas por parte de la Generalitat (Catalunya, con Madrid, está a la cola en gasto social). También se han adoptado políticas más activas en vivienda, en participación, en la regulación del turismo y en iniciar un giro ecológico en las políticas urbanísticas. En conjunto, se ha tratado de avanzar en el programa propuesto contando con las limitaciones presupuestarias, legales, y de equilibrios políticos a los que ha tenido que adaptarse el planteamiento inicial. Quizás en ello está su fallo principal: un proceso que se inició con unas expectativas muy elevadas, imposibles de alcanzar en sus propios términos, y cuya acomodación genera desencanto en muchos sectores. Pero, visto desde una perspectiva menos radical, las políticas desarrolladas han significado un giro social y ecológico limitado, pero no intrascendente. De hecho, contrastan las críticas constantes que ha recibido el Ayuntamiento en el plano local con los reconocimientos internacionales obtenidos. Aunque siempre hay que pensar que en premios y rankings hay poca seriedad, y no se puede basar en ello ningún planteamiento político real, es cierto que visto en perspectiva hay un intento moderado de cambiar cosas básicas.

La prueba de que estas políticas algo cambian es el inclemente ataque que se ha ido desarrollando a lo largo de estos años por parte de las fuerzas vivas, de los “amos” de la ciudad. Desde la creación de prensa local dedicada a cuestionar sistemáticamente la acción municipal, hasta los intentos —infructuosos— de creación de movimientos sociales alternativos (básicamente en torno a cuestiones de seguridad). Donde la ofensiva ha sido más dura ha sido en el frente judicial, con la presentación persistente de querellas judiciales contra todos los proyectos. Y, especialmente, con una batería de denuncias contra dos aspectos importante de la política municipal: los reglamentos de participación y los convenios y ayudas a entidades sociales. O sea, fundamentalmente orientados por la vieja estrategia de segar la base social. Se trata en muchos casos de querellas infundadas, pero que son ampliamente publicitadas. Y, dado el conservadurismo de muchos jueces y su creatividad a la hora de legitimar políticas reaccionarias, no es desdeñable que consigan alcanzar el objetivo de sacar a los Comuns de la esfera institucional (ejemplos recientes ya los conocemos). De momento, estas querellas ya han conseguido paralizar procesos (como la suspensión del reglamento de participación que incluía la posibilidad de celebrar consultas sobre temas municipales), amedrentar a muchos funcionarios y dificultar la acción de las entidades sociales.

Muchos de estos procesos se presentan bajo el paraguas de extrañas entidades o particulares. Pero la labor de búsqueda de algunos buenos periodistas (en especial la revista *Crític*) ha permitido desvelar que detrás se esconden grupos poderosos, como Aguas de Barcelona, el Gremio de Restauración, o los grandes tenedores de viviendas. E, incluso, se ha detectado la presencia de militantes socialistas, posiblemente conectados con alguno de estos grupos económicos. No puede pasarse por alto que Joan Clos, exalcalde socialista, preside actualmente el *lobby* de los tenedores de vivienda de alquiler, y que el presidente del grupo Agbar fue una persona promocionada por el PSC. Grupos cuyo negocio exige mantener el viejo modelo.

IV

En las próximas elecciones las fuerzas vivas quieren recuperar “su” ciudad. Para volver a hacer

las políticas de siempre. La continuidad del modelo especulativo rentista ligado al turismo. El de la hegemonía del coche por encima de la vida social. Es significativo que en las últimas semanas el PSC se haya desmarcado de su socio de Gobierno para presentar un frente común con Junts per Catalunya y una ERC dubitativa en contra del urbanismo “verde”. El mismo PSC que pone como condición para pactar los presupuestos de la Generalitat que se incluya la inaceptable ampliación del aeropuerto y el proyecto de mega casino en Salou. Por moderadas que hayan sido las reformas comuneras, es más de lo que el *establishment* barcelonés está dispuesto a aceptar.

El resultado electoral es incierto, debido a la fragmentación de voto entre distintas fuerzas política. Los dos grandes rivales de Ada Colau, ERC y PSC, tienen un escenario diferente del de hace cuatro años. ERC consiguió en aquel momento aglutinar gran parte del voto independentista, cosa que ahora parece más problemática. El PSC ha estado en el Gobierno de la ciudad, controlando buena parte de los distritos obreros. Y aunque su gestión ha sido francamente penosa, cuenta con buenas redes clientelares, y con el aval del Gobierno central. Ha basado su estrategia en tratar de representar los intereses de la burguesía local, dando por descontada la fidelidad del voto obrero. Pero el anuncio de la candidatura de Trias puede complicarle su estrategia. Por eso, en el plano electoral las cosas siguen abiertas. Pero, aunque aún es posible una victoria electoral de los Comuns, el frente opositor tiene otras opciones, tanto políticas —la formación de un Ayuntamiento de “salvación”— como judiciales. De lo primero quizás estemos a salvo porque la cuestión nacional sigue siendo una barrera que impide determinados acuerdos (aunque bueno es recordar que Junts per Catalunya y PSC se reparten la Diputación de Barcelona). Lo segundo supone profundizar en el barrizal en el que la derecha ha enfangado la política del país.

El problema no es que los Comuns dejen de mandar en la ciudad. Lo preocupante es lo que defienden sus opositores. La continuidad de un viejo modelo de especulación, turismo masivo, desprecio ecológico, etc., que ha hecho a la ciudad muy vulnerable en todos los aspectos. Y que en lugar de salir reforzada la senda de rectificación que se ha intentado, ésta va a quedar sepultada por mucho tiempo. Todo ello en un momento en el que los movimientos sociales locales muestran signos de debilidad, por razones diversas, y no están en condiciones de plantear las batallas de otros tiempos.

Por eso, más allá de la batalla electoral, y de mejorar los contenidos de las propuestas políticas, la tarea fundamental de la izquierda alternativa debe ser la de fortalecer un tejido social, especialmente en las zonas más desfavorecidas de la ciudad, capaz de luchar y dar fuerza social a las demandas de políticas igualitarias y ecológicas que hasta ahora son más la expresión de un deseo que una propuesta sólida.

Ensayo

Antonio Antón

La unidad del espacio del cambio

El pasado 6 de diciembre se ha publicado el barómetro mensual de diciembre de la acreditada agencia de investigación 40dB. El objeto de estudio demoscópico no puede ser más relevante: las características de los electorados, principalmente de las izquierdas, con la vista puesta en las elecciones generales de fin de 2023 y, en particular, los escenarios posibles de división o unidad de la izquierda del PSOE y su configuración interna, así como sus implicaciones para la gobernabilidad progresista en la próxima legislatura.

Utilizo los propios datos de la encuesta, así como sus microdatos, algunos de ellos con una elaboración propia. Tras algunas matizaciones metodológicas y conceptuales, explico los aspectos de mayor trascendencia política para afianzar una estrategia unitaria: el marco general para una solución pactada, las características de ambos escenarios del espacio del cambio, el unitario y el dividido; el perfil ideológico de las izquierdas y los principales problemas de la gente; la composición de los electorados progresistas y las transferencias de voto; las formas de la candidatura de la izquierda alternativa y el doble sentido de SUMAR como grupo político adicional o marco organizativo común de todo el frente amplio, y termino con varias conclusiones.

Una solución pactada para sumar

De entrada hay que felicitar la iniciativa y la calidad de la investigación de 40dB, que facilita una aproximación rigurosa a un tema lleno de controversias e intereses partidistas, y condicionado por valoraciones poco fundadas en la realidad y mucho en sesgos interpretativos derivados de expectativas unilaterales o deseos voluntaristas. Hace unas semanas, en el artículo [“Sumar en la encrucijada”](#), expresé el diagnóstico y los retos del espacio del cambio, en particular la pugna por la primacía de su orientación política y su liderazgo colectivo con las diferencias entre Yolanda Díaz y la dirección de Podemos, así como sobre qué marco político-organizativo debe encauzar el proceso de cooperación y ensanchamiento en una agrupación político-electoral compartida. Y avanzaba la necesidad de un enfoque realista y unitario, basado precisamente en esos dos ejes, el principio de realidad y la actitud de cooperación, con una opción: una solución pactada.

Este estudio analiza los dos escenarios extremos, el de la unidad en una candidatura unitaria de la izquierda del PSOE (con 57 escaños) y en su división (32 escaños), 25 menos, así como las grandes diferencias de sus efectos políticos. Aunque SUMAR no ha oficializado su carácter —y su sigla— de plataforma político-electoral (y dejando al margen su voluntad de configurarse como movimiento ciudadano), la ciudadanía ya tiene una opinión formada de su papel político-institucional y está definida su intención de voto. Los resultados de la encuesta marcan un terreno más objetivo para analizar la representatividad de cada fuerza política, así como las condiciones razonables de cada parte para avanzar hacia ella y poder sortear las dificultades para avanzar en la unidad. Pero también explica la percepción de la ciudadanía ante las distintas posiciones y responsabilidades, cuya valoración es imprescindible para legitimar a los distintos actores y sus apuestas.

En particular, expresa las dos situaciones de SUMAR en ambos escenarios. En el dividido,

SUMAR sería un grupo político adicional del espacio del cambio, con 23 escaños, es decir el 40% del total, aunque si descontamos los 7 de En Común Podem y 2 de Galicia en Común, que constituyen unas confluencias autónomas, podrían quedarse en 14. Además, Podemos tendría 7 escaños, Más País/Compromís 2 e Izquierda Unida 0.

La investigación no ofrece una distribución interna del conjunto de los 57 escaños que cada grupo político conseguiría en el escenario de unidad. Planteo una hipótesis desde una distribución proporcional pura estatal. Así, con la misma proporción de porcentajes que adjudica la encuesta yendo divididos, he hecho la trasposición en el caso de ir juntos, considerando que la unidad es cosa de todos. Los resultados en escaños (con un decimal) se exponen en el gráfico adjunto.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia y proporcionalidad pura.

Como se sabe, la aplicación real de escaños provinciales, con restricción distributiva en las provincias pequeñas por la ley electoral, sería algo diferente; afecta particularmente, por un lado, a IU (7,1 escaños), que saldría beneficiada con este criterio estrictamente proporcional, y a En Común Podem (4,1 escaños), que saldría perjudicada por su concentración en Barcelona, mientras se mantienen en una situación intermedia Más País/Compromís (5,6 escaños), que rentabiliza su concentración de voto en Madrid y la Comunidad valenciana pero que su dispersión electoral en el resto del Estado no consigue escaños, y Galicia en Común (1,5 escaños). Pero lo que hay que destacar son las proporciones comparativas entre SUMAR (21,3 escaños), Podemos (17,4) y Más País/Compromís (5,6).

Evidentemente, hay un proceso político por recorrer y distintas variables políticas a considerar, pero este escenario es un punto de partida objetivo de la representatividad de cada grupo político —y a falta de otras configuraciones territoriales— en ese escenario. Cada formación política busca una doble influencia: contribuir a ampliar el conjunto y mejorar su posición relativa. Es un indicador orientativo para avanzar en una solución unitaria y pactada, para la negociación multilateral de las listas electorales y la composición del grupo parlamentario y, posteriormente, la adjudicación de las responsabilidades institucionales y gubernamentales. El acuerdo debe atender a ese doble criterio de cooperación y competencia leal para ganar todos en legitimidad y representatividad.

Esta realidad objetiva permite clarificar los distintos discursos. Algunos están basados en expectativas y deseos poco fundados y no son realistas ni unitarios; tampoco se deberían utilizar como instrumento negociador ventajoso en una dinámica corporativa o sectaria. La alternativa es avanzar hacia la unidad.

Por un lado, la posición de que Yolanda Díaz y su equipo se deben apropiarse del conjunto de los resultados del escenario unitario, como si todo fuera debido a su versión de SUMAR. Supone el no reconocimiento de la legitimidad del resto de grupos políticos del espacio del cambio ('no va de partidos'), en particular del papel de *Podemos*. Se ampara en la mayoría de las interpretaciones mediáticas, que avalan su protagonismo y el refuerzo de su hiperliderazgo para revalorizar su autonomía y capacidad de decisión unilateral. Es la idea de su monopolio en la representación y la gestión del nuevo frente amplio, sin la participación de la representación de otras formaciones políticas —salvo negociaciones informales—.

Por otro lado, es poco realista la posición de reclamar para la dirección de Podemos un papel

mayoritario o determinante en esta nueva etapa, similar al anterior; ahora su representatividad sería cercana pero algo menor que la de SUMAR, que, además, tendría un mayor valor simbólico y político por el liderazgo de Yolanda Díaz asumido por todas las partes. Este hecho hay que reconocerlo, aunque está pendiente de la combinación de su doble papel: como portavoz y líder del conjunto, que es plural y sometido a una dirección colectiva e integradora, y como la dirigente de una plataforma política particular, la más relevante ahora pero que no llega a la mitad de la representatividad de todo el espacio del cambio.

Por tanto, son interesados e irrealistas dos discursos dominantes que están en confrontación. Por un lado, las posiciones de dar todo el reconocimiento, poder o autonomía decisoria al actual equipo de SUMAR, con el argumento de que posee una legitimidad por su supuesta aportación sobre este ascenso electoral, marginando la representatividad de Podemos (y demás fuerzas). Por otro lado, es necesario la aceptación por la dirección de Podemos del hecho de la disminución comparativa de su papel prevalente hasta ahora; es una readecuación costosa pero basada en su mermada realidad representativa, aunque se valore como injusta por el acoso mediático y de los poderes fácticos, se critique la insolidaridad recibida y se evalúe positivamente la labor histórica aportada.

Desde luego, la reclamación de 'respeto' exigida por la dirección de Podemos rompe con el relato oficial de SUMAR de ser ellos la fuerza hegemónica exclusiva y su proceso constitutivo la dinámica dominante, pero, aparte del tono, sería una apuesta razonable en el marco de una negociación justa de los equilibrios a adoptar. Es lo que reafirman con el asentimiento a la candidatura de Yolanda Díaz a la presidencia del Gobierno, apoyando ese liderazgo pero con el reconocimiento de la pluralidad de fuerzas políticas implicadas y su representatividad. Ese emplazamiento se ha malinterpretado en muchos ámbitos como una amenaza de división cuando lo que se exige es una unidad equilibrada, bajo la forma de coalición.

La división, evidentemente, podría producirse, a pesar de que formalmente todas las partes se hacen portavoces de la unidad, mientras la pugna del relato competitivo apunta a echar la responsabilidad de la división en la otra parte para rebajar su legitimidad. Según la encuesta, la responsabilidad estaría repartida entre todos los actores.

Las versiones extremas incompatibles serían: la cerrazón por SUMAR en la imposición de su criterio de no reconocer la representatividad de Podemos (y demás grupos políticos) y tener el monopolio del control del espacio del cambio; la exigencia por Podemos de mantener la primacía en la dirección del nuevo frente amplio. Pero ahí nos adentramos en la problemática del escenario de división y sus causantes según la propia encuesta, que trataremos en otro lugar.

En definitiva, existen dos niveles distintos para medir la representatividad y la función política de la izquierda transformadora que convendría diferenciar con dos nombres diferentes. Siguiendo la encuesta, se puede hablar de SUMAR-Unión de la izquierda pero también de espacio del cambio, frente amplio e izquierda alternativa, y SUMAR-División de la izquierda, con las distintas opciones.

El factor diferencial decisivo que genera el resultado global más favorable es la unidad de todo el espacio alternativo. No es la aportación de la propia Yolanda Díaz y su equipo, condición necesaria pero no suficiente, sino la propia dinámica de unificación del conjunto, por su impacto político de credibilidad transformadora y capacidad unitaria y representativa, así como por la superación de las restricciones de la normativa electoral.

La conclusión general es nítida: la unidad de esa representación política a la izquierda del Partido Socialista es fundamental. No solo beneficia al conjunto de ese frente amplio, sino que garantiza la viabilidad de un gobierno de progreso en alianza con el PSOE. Lo que se ventila es la consolidación de los avances sociales, democráticos y de cohesión territorial que mejoren la situación de la mayoría social, o bien el riesgo de una fuerte involución social y democrática, derivada de las políticas regresivas y autoritarias que promueven las derechas.

Por tanto, estamos ante una situación delicada y de gran trascendencia política e institucional, para las condiciones sociopolíticas de la sociedad y el proyecto progresista de país. La responsabilidad colectiva de la representación política de ese espacio es decisiva para garantizar el escenario unitario que multiplica y evitar el escenario desunido que resta. La opción unitaria queda confirmada como la mejor para el conjunto popular y esa izquierda transformadora, y también para el país y su progreso social y democrático. La polémica se establece sobre cuáles son las mejores condiciones y procesos para construirla.

La disputa de los relatos busca la mayor legitimidad de cada actor para defender sus posiciones políticas y sus intereses particulares en la nueva configuración política, para demostrar que tienen coherencia con esa finalidad unitaria clave y los reequilibrios internos más equitativos. Doy por supuesto que nadie apuesta, de entrada, por la división, aunque se señalen los obstáculos y las condiciones para la unidad. Se abre un proceso dialogador complicado que empieza por la necesidad de escucha mutua y el reconocimiento de los interlocutores, en un plural marco organizativo deliberativo y decisorio.

Las dificultades son muchas y una de ellas es la adjudicación de las responsabilidades de los actores y las estrategias que faciliten o impidan el avance hacia esa unidad. Este campo de juego afecta a la propia interpretación de los hechos y los resultados demoscópicos. En consecuencia, es preciso el máximo rigor y objetividad en el análisis de la realidad, que profundizaré más adelante, para definir mejor el camino a recorrer. Es lo que podemos aportar desde las ciencias sociales como contribución a una solución pactada para sumar.

Precisiones metodológicas y conceptuales

Ya he avanzado la valoración positiva de esta encuesta de 40dB pionera y de calidad para poder abordar con bases objetivas este tema complejo, controvertido y crucial, y más allá de las interpretaciones periodísticas y políticas de sus resultados. La encuesta observa los estándares básicos de calidad científica para la investigación social: Una muestra de 2.000 personas, con un margen de error muestral de +/- dos puntos porcentuales y un nivel de confianza del 95%. No obstante, señalo tres aspectos concretos a matizar: La distorsión representativa por clase social; la verosimilitud de ese escenario de división, junto con el papel de Izquierda Unida y el estatus de En Común Podem (y Galicia en Común), y la identificación y nominación de ese espacio del cambio.

La distribución por clase social de la muestra (con pequeñas diferencias entre la real y la ponderada), a mi modo de ver, tiene un sesgo con sobrerrepresentación de la clase alta/medio alta (40,7%) e infrarrepresentación de la clase media baja/baja (31,7%), la típica clase trabajadora, aunque se puede aproximar el dato de la clase media (27,7%). Dejo al margen las demás variables, incluida la representatividad de cada fuerza política a partir de los resultados de las elecciones generales de noviembre de 2019.

Por otra parte, como señala la propia encuesta, la muestra de Más País y de Izquierda Unida es pequeña y, como se anuncia, hay que tomarla con reservas y acompañarla de otros estudios cualitativos. Igual sucede con la ausencia de datos distribuidos por Comunidades Autónomas, que imposibilita, por ejemplo, valorar las distintas confluencias territoriales vinculadas con el espacio confederal de Unidas Podemos.

Los escenarios expuestos son unas hipótesis extremas. No obstante, en el caso del escenario dividido es admisible la posibilidad de presentarse por separado tres opciones: SUMAR, que se constituiría como un grupo político diferenciado, Más País/Compromís/Equo y Podemos. Incluso cabe la coalición o integración de los dos primeros. Pero por los hechos y las declaraciones es inverosímil la presentación solitaria de Izquierda Unida, que parece que tiende a la alianza con SUMAR y no con Podemos, en el ámbito de Unidas Podemos, como sí es preferente para gran parte de las elecciones autonómicas y municipales.

No obstante, el aspecto más controvertido es el encajonamiento de las respuestas en las cuatro opciones estatales que afecta, en particular a En Comú Podem (y otras confluencias territoriales). En este caso no es verosímil la disolución o la división de esa alianza electoral, costosamente construida y de gran influencia política y representatividad, ni siquiera de Podem respecto de Catalunya en Común, por no hablar de IU o de ICV, y aunque ese escenario generara tensiones internas. Así, en los microdatos de las dos mil personas también aparece en Cataluña el voto a SUMAR y a Podemos, cuando la fuerza que se va a presentar es la propia confluencia catalana, por mucho que luego, al igual que en el espacio confederal de Unidas Podemos, En Comú Podem, Galicia en Común, se pudiese asociar con SUMAR como referencia estatal, así como, desde luego, en el conglomerado unitario, probablemente con su propia sigla como ahora. Además, en algunos aspectos solo aparece Catalunya en Comú y en otros la acumulación de sus datos está en el grupo de fuerzas nacionalistas y regionalistas. En especial, tiene impacto la adición de sus siete escaños que, en ese escenario de división, se adjudican dentro de los veintitrés de SUMAR sin valorar su propia autonomía.

El tercer aspecto, que no solo tiene valor simbólico, sino que expresa su perfil ideológico-político

y su estatus unitario o diferenciado, es su denominación y su sigla. Hasta hace poco se utilizaba la expresión de 'espacio del cambio'. En la encuesta se utiliza la palabra 'izquierda' en los dos escenarios 'Unión de la izquierda' y 'División de la izquierda'; me parece razonable, considerando que en torno al 80% de su electorado se autoidentifica como de izquierdas (el 55% en el caso del Partido Socialista, al que también se considera de izquierdas) y dando por supuesto que no es exclusiva esa pertenencia, sino que hay un porcentaje pequeño de personas centristas y de derechas.

Igualmente, la denominación 'izquierda del PSOE' puede ser aceptable si se clarifica su significado; está claro que las políticas y el proyecto transformador que representa este espacio del cambio (real y sustantivo) es más profundo y consecuente que el de la dirección socialista, así como la media ideológica de su electorado está algo más a la izquierda. Pero, tal como expongo en otra parte, hay que advertir que la distribución de ambas fuerzas progresistas se produce en todos los segmentos, desde la extrema izquierda hasta el centro, y esa expresión podría confundir al adjudicar la representatividad exclusiva de los sectores más radicales, cuando el PSOE (incluso según los datos del CIS) tiene una representatividad similar que UP en el electorado de extrema izquierda y es similar en la izquierda, adquiriendo ventaja en el centro-izquierda o izquierda moderada.

O sea, desde el punto de vista de sus electorados, ambas fuerzas son relativamente paralelas, ligeramente más a la izquierda en el caso de las fuerzas del cambio. No obstante, tiene otros componentes políticos e ideológicos diferenciadores, aunque con presencia en todos los segmentos de la izquierda o del centro-izquierda. Al mismo tiempo, hay que precisar cierta diferenciación político-ideológica e identitaria con las bases sociales socialistas. Así, la identificación ideológica del electorado del cambio la defino como de progresismo de izquierdas, con fuerte componente social popular, feminista y ecologista, aparte de federal/confederal, y más allá de los componentes más tradicionales en el campo socialista, más envejecido. En ese sentido, prefiero otras denominaciones utilizadas mediáticamente como frente amplio e izquierda transformadora o izquierda alternativa, sin descartar grupo o fuerza progresista.

Con respecto a la sigla, está pendiente de su formalización por parte de Yolanda Díaz y su equipo tras el proceso de escucha y la elaboración programática de sus treinta y cinco grupos de expertos. SUMAR hasta ahora tenía un sentido doble. Por un lado, era un movimiento ciudadano y, por otro lado, sería una plataforma política para apoyar su candidatura y articular su campaña en las elecciones generales de fin de año 2023. Pero, en este caso, y es una virtud de la encuesta con los dos escenarios, puede tener un doble desarrollo y distinta función: por una parte, un grupo político adicional junto con otros, en el escenario de división; por otra parte, en el caso de la unión y compartiendo con otros, un conglomerado o frente amplio que ya no sería ni se llamaría SUMAR sino que estaría abierto al proceso negociador colectivo y plural.

La falta de reconocimiento mutuo y negociación leal entre los diferentes grupos políticos abocaría a un SUMAR limitado, con una simple (y disminuida) recomposición del electorado alternativo. Dicho de otra forma, lo que multiplica, aparte del liderazgo de Yolanda Díaz, es sobre todo la configuración unitaria del espacio del cambio de progreso con una dinámica plural e integradora en los planos estatal y territorial. Lo primero es necesario, pero sin lo segundo es incapaz de desencadenar la dinámica general ilusionante y los buenos resultados electorales y políticos que vaticina la configuración del frente amplio, y solo consistiría en una transferencia de voto, con

similares resultados globales: escasa suma de votos y ligera disminución de escaños. Evitar esa necesaria negociación para una solución pactada y unitaria, imponiendo el marco organizativo de su primacía dirigente, es divisivo, incluso restaría respecto de la situación representativa actual con un fiasco de expectativas. Luego vuelvo sobre ello.

Multiplicar o restar: Los escenarios para las izquierdas

En la tabla adjunta expongo los principales resultados en votos y escaños de las distintas fuerzas de izquierda, diferenciando el Partido Socialista del espacio del cambio o frente amplio, dejando la sigla SUMAR, junto con Podemos, Izquierda Unida y Más País/Compromís, para los resultados en el escenario de división de la izquierda del PSOE, tal como distribuye la encuesta de 40dB.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

Como se ve, el total de votos de las izquierdas apenas se modifica en cualquier escenario y respecto a los resultados de las elecciones generales de noviembre de 2019 y la propia estimación de la encuesta en los tres supuestos: sin la presencia de SUMAR, con la unión y con la división de la izquierda del PSOE. No obstante, hay un desplazamiento de entre ochocientos mil y hasta un millón de votos (entre un 3% y un 4%) desde el Partido Socialista hacia el frente amplio en las dos hipótesis, de unión y de división. Paradójicamente, el frente amplio consigue más votos en el caso de ir divididos, por el rechazo de algunos sectores a la compañía y el liderazgo de otros grupos yendo juntos en la misma candidatura.

Dicho de otra forma, el ir separados no penaliza la participación y el apoyo electoral al conjunto de grupos políticos del espacio alternativo; lo que sí penaliza ostensiblemente es su traslación a escaños, dada la restricción de la ley electoral que castiga su adjudicación en las provincias pequeñas, mientras, pasando del 15% y siendo tercera fuerza, por delante de VOX, facilita su acceso en las provincias medianas. Además, con la división, el conjunto de las izquierdas baja 22 escaños hasta 136, desde los 158 de 2019; tendría 27 escaños menos que si se produce la unión de la izquierda alternativa, que alcanzaría 163 escaños, mientras las derechas se quedarían con 159 escaños (con 151 en 2019).

Por otra parte, comparadas las dos hipótesis con los resultados de la encuesta sin la participación de SUMAR, es decir, manteniendo el grupo confederal de Unidas Podemos/En Comú Podem/Galicia en Común, junto con Más País/Compromís, el electorado del conjunto del espacio del cambio apenas varía. Se quedaría en el 15%, respecto al 15,3% de las elecciones de 2019; lo que se produce es un pequeño desplazamiento del voto de los primeros a los segundos de apenas punto y medio (1,6% menos en UP y 1,3% más en MP), lo que se traduce en un total de 34 escaños (30+4), en vez de 38 (35+3).

O sea, este escenario sin la presencia de SUMAR refleja la poca aportación que podría producir este para el ensanchamiento electoral. Así, la participación de SUMAR en un escenario de división tiene un nulo efecto real para la ampliación de escaños. En esa circunstancia, solo supondría una transferencia de voto —significativa— de las dos partes, UP (25,9%) y MP (39,4%), hacia SUMAR, que, con la recuperación de 4,3 puntos porcentuales (del PSOE), sumaría hasta el 9,1% del electorado; pero como ha quedado dicho esa situación restaría la representación parlamentaria hasta los 32 escaños desde los 34 que le da la encuesta a UP/MP sin SUMAR y de los 38 que poseen actualmente.

Igualmente, su participación tampoco frenaría el supuesto descenso electoral de UP que, según la encuesta, apenas mueve su electorado, aunque se note el desgajamiento de esas preferencias de voto hacia SUMAR en el caso de que se presente. Es decir, su presencia resolvería un mejor acoplamiento de esa cuarta parte de la base social de Podemos y el 40% del electorado de Más País, que estarían más cómodos con la orientación, el estilo o la credibilidad de SUMAR y dispuestos al cambio de papeleta. Sin embargo, ese trasvase estaría lejos del catastrofismo de la hipótesis de la descomposición y la desafección del electorado de UP, cuya mayoría mantendría. Así, sin SUMAR también conservaría el grueso de este ya que, a pesar de cierto desafección, no se abstendría.

En definitiva, se trataría de un reajuste interno en el que pierden votos y escaños los tres grupos (Podemos, IU y MP) y gana SUMAR, que consigue casi la mitad del electorado alternativo, aunque descontando la representación parlamentaria de las confluencias, que tienen entidad propia, se quedaría con menos de la mitad de los escaños (14 de 32) del conjunto. Y según han dicho sus representantes, en la composición prevista para el grupo parlamentario habría prevalencia de personas independientes y sin pertenencia a ninguna organización partidaria, es decir, solo 'yolandistas', con el complemento negociador de parte de su cupo hacia IU y, por supuesto, con el reconocimiento de la autonomía de las confluencias territoriales.

Problema aparte es el encaje de MP/Compromís y el propio Podemos. Este último ya ha avanzado su propuesta, una coalición con SUMAR sobre la base del reconocimiento de la representatividad de cada cual, cuestión en disputa. En el caso de los primeros, el aspecto a destacar es la exigencia de su propia autonomía por parte de Compromís y el silencio —atronador— de Más País, cuyo estatus no saldría especialmente beneficioso en ninguna de las hipótesis. Pero, sobre todo, se constataría el cierre de su expectativa de un gran ascenso electoral y un reequilibrio más significativo en el conjunto del espacio del cambio, cuestiones que fundamentaron su separación de Podemos.

Lo que sí ofrecen estos desplazamientos electorales, que analizaremos más tarde, es que SUMAR se erigiría como el grupo político mayoritario; pero incluso así estaría en una posición menos determinante que actualmente Podemos, con 20 escaños, respecto del actual espacio del cambio, y que, junto a los 2 de Más País, 1 de Compromís, 1 de Alianza Verde, 2 de Galicia en Común, 7 de En Comú Podem y 5 de Izquierda Unida, suman 38 escaños.

Por tanto, como he aventurado en otros textos, la dinámica actual se encamina a una recomposición de la primacía dirigente de la izquierda alternativa, cambiando el actual papel determinante de la dirección de Podemos por el de SUMAR, con lo que conlleva de prevalencia en la orientación y gestión política y la distribución de cargos y responsabilidades institucionales,

en un marco plural y confederal con diversidad partidaria.

Está claro que, con el acuerdo con los grupos nacionalistas, socios de la actual legislatura, en el caso de la unión del espacio del cambio se podría reeditar el gobierno de coalición progresista, aunque en el caso de su división sería mucho más difícil y mayor el riesgo de un Gobierno de las derechas.

Por tanto, el factor decisivo es la unión de las candidaturas de ese espacio, que permitiría además un mejor reequilibrio institucional respecto de la representación parlamentaria del Partido Socialista. Su peso relativo, respecto de la del conjunto de la actual coalición de Gobierno, pasaría de una escasa cuarta parte (24%) a más de un tercio (35%) en la próxima legislatura, con el consiguiente reparto equitativo de las responsabilidades gubernamentales e institucionales, aspecto crucial para la atracción política hacia ese polo y sus principales gestores, así como para su influencia política.

Por último, el escenario unitario es más sencillo. Todos ganan. El problema político aquí es definir cuáles son las causas de esa ampliación del espacio del cambio, ya que se trata de legitimar la apropiación y distribución de los beneficios y erigirse con la representación de su gestión. Y como he avanzado, el motivo principal no es tanto el liderazgo de Yolanda Díaz o el talante más moderado que se aprecia en SUMAR, respecto de Podemos, sino el ejercicio de responsabilidad unitaria y credibilidad gestora del conjunto.

La línea programática y las estrategias políticas y de alianzas pueden ser objeto de negociación y compromiso, ya que no hay grandes diferencias, aunque sí diversos énfasis y prioridades. Pero la cuestión clave pasa por una solución pactada en la oferta político-organizativa como frente amplio unitario. Supone una articulación negociada y sujeta al principio de realidad representativa, cuyo indicio apunta esta encuesta con las hipótesis planteadas. Habrá que valorarlas en los próximos meses junto con otros estudios demoscópicos, los resultados electorales de las elecciones municipales y autonómicas, así como con las valoraciones cualitativas y realistas de las capacidades y potencialidades de los distintos grupos políticos, desechando corporativismos sectarios y pugnas destructivas. Frente al riesgo de división y sus consecuencias de restar, se trata de la apuesta por multiplicar, con una solución equilibrada.

Perfil ideológico-político y problemas de la gente

En el adjunto gráfico expongo los datos sobre la ideología de los electorados de ambas fuerzas progresistas, el PSOE y el conjunto de la izquierda alternativa o espacio del cambio, en el escenario de su unión y aquí bajo la sigla de SUMAR, tal como expresa la encuesta de 40dB.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

Se distribuye en siete opciones, desde extrema izquierda (0) hasta extrema derecha (10), aunque hay que constatar que cada segmento tiene un peso demográfico distinto que pongo entre paréntesis: 0 y 1, extrema izquierda (7,8%); 2 y 3, izquierda (o izquierda transformadora) (22,4%); 4 centro-izquierda (o izquierda moderada) (10,0%); 5, centro (23,6%); 6, centroderecha (o derecha moderada) (9,4%); 7 y 8, derecha (14,2%), y 9 y 10, extrema derecha (5,8%). He añadido el porcentaje de respuesta 'No sé' (6,9%), que es significativo en el caso del PSOE, en el escenario de unión de la izquierda alternativa o frente amplio.

Como se ve, la pertenencia a las izquierdas alcanza al 80% en el caso de SUMAR (como unión de todo el espacio del cambio), con minorías significativas en el centro y el centro-derecha. El máximo porcentaje, superior a un tercio, se sitúa entre la extrema izquierda y la izquierda transformadora en cuyos tramos supera en representatividad al PSOE.

En el siguiente gráfico expongo la posición ideológica de los cuatro dirigentes más significativos de las izquierdas: Pedro Sánchez, del Partido Socialista, Íñigo Errejón, de Más País, Yolanda Díaz de SUMAR y Jone Belarra de Podemos. Comparo las opiniones de los electorados de los tres actuales grupos políticos progresistas, PSOE, Más País y Unidas Podemos, tal como indica la encuesta de 40dB; además, señalo cuál es la media de la identificación ideológica de cada uno de esos tres electorados por parte de la población. Todo en la escala de Izquierda (0) a Derecha (10).

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

No comento los datos, que son suficientemente expresivos. Solo destaco dos aspectos. Uno, la discordancia de los electorados de cada una de las tres fuerzas en la valoración del presidente, Pedro Sánchez. Su base social socialista lo coloca en la izquierda moderada —centroizquierda, lo llama la encuesta— (4,2), y la de Unidas Podemos en el centro (5,2). Otro aspecto es la ubicación por parte de la población en general de los tres grupos políticos en la izquierda transformadora (que incluye los segmentos 2 y 3), aunque con una gradación, desde UP, significativamente, más a la izquierda que MP y éste, a su vez, un poco más a la izquierda que el PSOE y cercano a él.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

En el gráfico adjunto he seleccionado la opinión de los votantes de *Unidas Podemos* con respecto a los cinco grupos políticos de las izquierdas, para explicar sus diferencias y similitudes, en relación con cuatro temas de relevancia pública para una identificación sociopolítica y comprobar sus afinidades políticas: *Comprometido con la clase trabajadora*, *Escucha a la ciudadanía*, *Comprometido con el feminismo* y *Comprometido con los colectivos vulnerables*. Cabe destacar las altas valoraciones que tienen sobre Podemos, particularmente en el compromiso con el feminismo, y la distancia significativa respecto de la también bien valorada opinión sobre SUMAR, aunque lo ponen por debajo incluso en la escucha a la ciudadanía. Al contrario, en los cuatro casos considerados hay una escasa valoración del PSOE y de Más País y un criterio intermedio en el caso de Izquierda Unida.

En la siguiente tabla destaco los porcentajes de la población a los que le preocupan, *bastante o mucho*, los seis problemas más relevantes que, como se puede observar, tienen un impacto

material y vital fundamental para la gente. Constituyen los retos para las instituciones y las fuerzas políticas, empezando por el primero y muy generalizado, la inflación y el coste de la vida, que implican la necesidad de unas políticas públicas más contundentes, una regulación de los mercados y los beneficios empresariales y un freno a la devaluación salarial.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

La segunda tabla expone los tres grandes segmentos en que se distribuye la sociedad respecto de la situación económica de su hogar o su familia: los que tienen una posición económica holgada (45,7%), los que llegan justos a fin de mes (37,3%), en una dinámica precaria, y los que no pueden afrontar todas sus necesidades de gasto (17%), en una trayectoria de empobrecimiento. Es decir, hay una mayoría de más del 54% con grandes dificultades socioeconómicas y constituye un desafío para la credibilidad de las fuerzas progresistas y su gestión reformadora.

Composición de los electorados y transferencia de votos

El siguiente gráfico detalla, en el caso de división del espacio del cambio y según la encuesta de 40dB, la composición de los actuales electorados de los grupos de izquierdas (SUMAR, Podemos, Más País/Compromís e Izquierda Unida) en función del recuerdo de voto que mantuvieron en las elecciones generales de noviembre de 2019. Están agrupados en cinco categorías: PSOE, Unidas Podemos, Más País/Compromís, Otros (donde incluyo pequeños porcentajes de grupos nacionalistas y de derechas), y Abstención.

Como se expresa, la gran mayoría —cerca de los dos tercios— de la intención de voto hacia Podemos e Izquierda Unida procede del voto anterior a Unidas Podemos, aunque es significativo en ambos casos la procedencia de voto al PSOE, en torno al 10%, y de la abstención, en torno al 13%. En el caso de Más País/Compromís, retiene sólo poco más de un tercio de su antiguo electorado, aunque recupera una parte de votos que votaron al PSOE y que ahora constituiría más de otro tercio de su electorado. En relación con el voto estimado hacia SUMAR, el 38,5% de su electorado provendría del voto al Partido Socialista, el 29,3% del voto a Unidas Podemos y el 6,4% de voto a Más País; en este caso, con pequeñas diferencias respecto del resto, es de reseñar que en su composición recoge un pequeño porcentaje mayor de votos de otros grupos de derecha y algo menor que los demás de la abstención.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

El gráfico sobre las transferencias de voto, en el escenario dividido que plantea la encuesta de 40dB, es muy significativo. Desde las tres fuerzas que se presentaron en las elecciones de 2019, Unidas Podemos y confluencias, Más País/Compromís y Partido Socialista, se detalla la movilidad y trayectoria de los votantes de los grupos políticos en el escenario de división de la izquierda del PSOE.

Hay una limitada fidelidad de voto en los dos casos: del 43,3% en UP que se distribuyen en el 32,2% para Podemos y el 11,1% para IU; y del 38,9% de Más País/Compromís, que además hay indicios de que afectaría, sobre todo, a su electorado fuera de Madrid y Comunidad valenciana, que son sus feudos, en un porcentaje superior a esa media y, como también aparece, el mayor porcentaje de trasvase (39,4%) se realiza de esa fuerza política hacia SUMAR.

Por otra parte, en el caso de la trayectoria de votantes de Unidas Podemos que, no olvidemos, se presentaron y conforman el grupo confederal con las dos confluencias, En Comú Podem y Galicia en Común, como ya he señalado respecto de la intención de voto, en la encuesta se fuerza a que se definan por un grupo estatal, y en el caso catalán hay una mayoría que se definen por SUMAR, no por Podemos. Pero todo indica que esas confluencias se mantienen como oferta política y electoral autónoma para las elecciones generales. Es decir, del 25,9% que se cita de transferencia de Unidas Podemos/En Comú Podem/Galicia en Común, habría que rebajar el porcentaje del electorado de esas dos confluencias, al menos en torno a la quinta parte del conjunto, similar a su peso electoral, más de cinco puntos porcentuales; o sea, quedaría una transferencia de un 20% del voto del grupo confederal de UP hacia SUMAR.

Por otro lado, el PSOE, tiene una mayor fidelidad de voto, casi los dos tercios, con una fuga limitada hacia SUMAR (12,4%), aunque al tener un mayor volumen para este grupo político es un refuerzo significativo. Y un último dato, aunque puesto en cuarentena por la posible deficiencia de la muestra, es la fuga del 8,2% del electorado de Más País/Compromís hacia los partidos de derechas.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

El siguiente gráfico detalla la forma preferente de candidatura de SUMAR, en el escenario de unión de la izquierda alternativa o frente amplio, comparando la opinión de los electorados de los tres grupos de izquierdas: Unidas Podemos/En Comú Podem/Galicia en Común; Más País/Compromís, y Partido Socialista. En el total queda reflejada la opinión del conjunto de la población, es decir, incorporado al amplio electorado de las derechas y el de los grupos nacionalistas. En este caso solo hay que reseñar que el 24,1% contesta 'No sé' y el 16,4% 'Ninguna de las anteriores', y baja la definición expresa a esas tres opciones explícitas.

Fuente: 40dB, Barómetro de diciembre de 2022, con elaboración propia.

Por otra parte, podemos considerar una diferencia menor la que hay entre 'un nuevo partido' y 'una plataforma política independiente', aunque se puede interpretar que la primera opción supone un grupo político adicional en un escenario de división y el segundo la plataforma del modelo oficial del equipo de SUMAR, que solo lo prefiere en torno a un 20% de los electorados progresistas —menos en el caso de UP y PSOE y algo más en el de MP— y un 15,4% la ciudadanía en general. La otra opción, 'Una coalición de partidos', es la propuesta oficial de Podemos. Pues bien, ahí están los datos. Hay una mayoría clara de más del 40%, en el caso de UP/confluencias y de MP/Compromís, por esta fórmula organizativa de coalición de partidos, e incluso es mayoritaria entre los votantes del PSOE (31,6%), que también con un significativo 29,1% respalda que SUMAR constituya un nuevo partido.

En todo caso, en la pregunta se deducía un marco para el conjunto de la izquierda alternativa. En

ese sentido, y a falta de un auténtico proceso constituyente pactado, es de sentido común contemplar una coalición de grupos políticos con una sigla diferenciada para denominar el conjunto del frente amplio, a negociar por parte de todos los interlocutores. Por otro lado, estaría la constitución de SUMAR como agrupación política diferenciada de otras, cuya sigla también está pendiente de confirmar. Pero estaríamos antes dos procesos políticos distintos, como se ha ido valorando en este texto y ha reflejado la encuesta de 40dB, aunque confluyan en el tiempo.

Por tanto, para evitar confusiones lo adecuado es identificarlos con dos denominaciones o siglas diferentes, respetando sus distintas articulaciones. Aparte queda la otra función legitimadora como movimiento ciudadano que los promotores de SUMAR quieren desarrollar y que también estaba en los planteamientos iniciales de Podemos con su caracterización de ser un partido-movimiento o 'construir pueblo', dentro de una concepción nueva de la acción política. Sin embargo, como se ha visto, esa doble función no se ha desarrollado, y el peso decisivo lo ha terminado por tener su papel de organización política-electoral y de gestión institucional, mientras la actividad cívica de los movimientos y grupos sociales, más o menos fragmentaria y diversa, ha seguido por sus propios derroteros autónomos.

Por último señalo, según la encuesta de 40dB, las responsabilidades sobre una hipotética fractura. He acumulado los tres líderes de Podemos y, por otra parte, he sumado el 21,1% de respuestas que adjudican la responsabilidad de 'todos por igual', a la opción individual de cada cual. El 22,8% no sabe. Los datos son los siguientes: Pablo Iglesias/Jone Belarra/Irene Montero, 51,8%; Yolanda Díaz, 33,9%; Íñigo Errejón, 26,2%; Alberto Garzón, 24,8%; Ada Colau, 23,5%, y Mónica Oltra, 22,5%. Así, la suma de la responsabilidad individual, en la que destaca Pablo Iglesias, con la crítica colectiva que se hace a todos ellos, permite valorar mejor la amplitud de la exigencia de responsabilidades a estos dirigentes.

Los representantes de *Podemos* tienen un problema de legitimidad sobre su posición de emplazamiento para la unidad, y aunque la gran mayoría de los medios se han volcado en interpretarla como de preparación rupturista y señalar su responsabilidad, cuestiona, al menos, su línea comunicativa. Por otro lado, aunque esos medios han exculpado la responsabilidad de Yolanda Díaz (y los demás líderes), es significativo el tercio de personas que la señala igualmente como responsable de la fractura (el resto también son señalados por en torno a una cuarta parte). La conclusión es que a nivel ciudadano la responsabilidad de la fractura, aunque con cierta gradación, afectaría al conjunto de los dirigentes del espacio del cambio que deberían mostrar una mayor disposición unitaria efectiva.

Conclusiones: articulación política y cívica

Estamos en una encrucijada histórica con el riesgo de una fuerte involución social y democrática de la mano de unas derechas cada vez más regresivas y autoritarias. La activación y firmeza de las fuerzas progresistas es fundamental para avanzar en un proceso igualitario y democratizador. Se necesita el impulso reformador de progreso en los cuatro ámbitos, socioculturales, económico-productivos, territoriales y político-institucionales. El fortalecimiento y la cooperación de las izquierdas es decisivo.

En los últimos años, se ha producido cierto agotamiento del impulso participativo y unitario de cambio progresista junto con un avance en su cristalización institucional a través del gobierno de coalición progresista, y en otros ámbitos municipales y autonómicos, que ha supuesto mejoras

significativas para la mayoría social y un camino de colaboración de las izquierdas, cuestiones ambas a consolidar. Tenemos el reto de las elecciones municipales y autonómicas y, sobre todo, las generales para fin de 2023, con el desafío de profundizar en el cambio de progreso y consolidar una etapa igualitaria y democratizadora.

El proceso de renovación, fortalecimiento y ampliación del frente amplio es decisivo para incrementar su representatividad popular, reequilibrar favorablemente su influencia en el conjunto de las izquierdas y fuerzas progresistas y garantizar una dinámica transformadora.

Como se ha analizado exhaustivamente a partir de la encuesta 40dB, la iniciativa de SUMAR es positiva, pero a condición de que forme parte de un proceso unitario del conjunto de fuerzas que representan la izquierda transformadora. Ello supone una negociación multilateral desde el respeto y el reconocimiento de la representatividad de cada grupo político con la apuesta por una solución pactada, unitaria y justa para todas las partes. Es la condición para avanzar y que todos ganen de forma equitativa. Supondría una modificación de la primacía dirigente del equipo de SUMAR respecto de la prevalencia ejercida por la dirección de *Podemos* hasta ahora, que debería admitir su readecuación a los actuales equilibrios representativos justos y realistas.

Pero esa reconfiguración a negociar estaría lejos de la posición extrema, defendida en diversos ámbitos, del monopolio de SUMAR por la descomposición de *Podemos* o la conveniencia política de su completa marginación. La solución es una alternativa unitaria y pactada. Queda un año y diversos acontecimientos, entre ellos las elecciones municipales y autonómicas, la experiencia de la gestión política, así como la de esta trayectoria de articulación del frente amplio. Todo ello permitirá definir mejor la potencialidad de la unidad y su carácter, así como el reconocimiento del valor de cada parte para confluir en una oferta político-electoral unitaria para las elecciones generales.

La otra opción contemplada es la división en la que SUMAR sería un grupo político adicional que rellena un hueco significativo con una parte de los electorados que se transfieren de los anteriores de Unidas Podemos y Más País, así como del PSOE, pero que en su conjunto apenas sumaría, particularmente, en escaños, que incluso podrían disminuir. En ese caso solo se produciría un reajuste en la representación interna del espacio del cambio. La alternativa, pues, es la unidad en la oferta político-electoral-institucional, que es el factor clave que garantiza la ampliación electoral y especialmente su traducción institucional en escaños parlamentarios y presencia institucional. Y ello debería estar combinado con la pluralidad de sensibilidades y agrupaciones políticas internas que debe reconocerse, arbitrando su regulación deliberativa y decisoria común, particularmente para confeccionar las listas electorales y los puestos de salida, junto con su correspondiente sigla representativa de todo el frente amplio.

Queda pendiente un proceso de articulación cívica del conjunto de movimientos sociales, mundo asociativo y sociedad civil progresista, con una dinámica transformadora y un proyecto sociopolítico y cultural complejo, plural y unitario, con el respeto a la propia autonomía de las organizaciones sociales respecto de las agrupaciones estrictamente político-electorales-institucionales. Eso son palabras mayores y sería un proceso ambicioso, cuya relevancia política y teórica se ha puesto de manifiesto en esta larga década frente a la crisis socioeconómica y su gestión regresiva y autoritaria por el bipartidismo, con la activación de un movimiento popular progresista y la recomposición de la representación política de la mano de Podemos y sus aliados

y, ahora, mediante el proceso de formación de un frente amplio.

En el plano cívico, y con su respectiva autonomía sociopolítica y orgánica en su propio ámbito, conllevaría la articulación desde los sindicatos, que son la principal estructura social popular, hasta el tejido asociativo feminista, el ecologista, el vecinal o el de solidaridad. Su cooperación se ha producido en ocasiones específicas como procesos de activación cívica popular, incluso aunque la iniciativa y la polarización temática la llevase una parte de esos movimientos o su representación cívica, como aglutinante de aspiraciones sociales y democráticas más generales.

Hay experiencias históricas de esta convergencia progresista, democrática y popular, desde el propio movimiento antifranquista hasta el movimiento anti-OTAN y el sindical con sus amplias movilizaciones y huelgas generales, ambos grandes protagonistas en las décadas de los ochenta, el modelo de campañas masivas aunque más cortas, como la movilización contra la guerra de Irak, y hasta el movimiento 15-M, en sentido amplio de todo el proceso de activación cívica del lustro 2010-2014, o la reciente cuarta ola feminista.

Pero este breve y limitado proceso de escucha de Yolanda Díaz, aun con valor simbólico y práctico, no alcanza esa dimensión global y es insuficiente como proceso articulador unitario. Esa dinámica participativa actual tiene, sobre todo, la función política inmediata de avalar una candidatura a la presidencia del Gobierno y una plataforma electoral particular para las elecciones generales de 2023.

En definitiva, falta la configuración real de todo el frente amplio en la doble vertiente, de proceso de unidad, fortalecimiento y renovación de la representación político-institucional, y de estímulo y articulación de una convergencia de la acción cívica y popular que afronte los retos de la sociedad, con la apuesta por un cambio sustantivo de progreso bajo los valores de carácter igualitario-emancipador-solidario.

Lo decisivo ahora es la unidad de todo el espacio del cambio.

El extremista discreto

El Rombo

Kakademia, IV

XIII

El Metepatas
no falta jamás
en un Departamento
bien ordenado.
El nuestro
es blancuzco
y cuatro ojos,
y nunca está
donde debe
pero destroza
cualquier equilibrio de tendencias
trabajosamente alcanzado
al llegar tarde y preguntar
lo primero y sin mirar
Qué hay de lo mío.
Todos somos hipócritas
y le tratamos
como a cualquiera
deseando, sin embargo,
que Dios le confunda
o se lo lleve
con nuestros

queridos
enemigos.

XIV

Los cuchillos se afilan
si hay concursos
a la vista
por unas pocas,
miserables, plazas.

Amigos desde siempre
buscan
y encuentran
razones para odiarse,
sobre todo
cuando no hay
juego limpio;
sí, impertérrito lector:
a veces
y no insólitamente
el pescado
está vendido
de antemano
y hasta hiede;
entonces se necesita
valor
para denunciar

la farsa,
pues hasta los magníficos
rectores
se te echarán encima
y exquisitos
colegas
neutrales
dirán
que rompes
la baraja.

XV

Tenía yo
una admiradora
en México,
una profesora;
leía, se me dijo
cuanto yo publicaba.
Mi decano fue de gira
por allí
y ella se congratuló
con él
a mi propósito.
¡Qué va! —dijo el ínclito decano—
Está gagá,
escribe tonterías

y nadie le hace caso.

Cuando otro viajero

le dijo no ser cierto

nada de eso

la profesora

aliviada

me mandó

ánimos y

recuerdos.

¡Para una que tengo

ni sé cómo se llama!

XVI

El punto más alto

(et pour cause)

de mi digamos

trayectoria

iba a alcanzarlo cuando

subido a la cátedra

demasiado elevada,

más bien púlpito,

de aquel malhadado

y feo Paraninfo

por motivos rituales

debía disertar.

Mas el coro arrancose

interponiéndose
con el *Veni Creator*,
y yo
para estar a la altura
de tan insólita circunstancia
—el Santo Espíritu por mi boca—
decidí levitar
subiendo paso a paso,
insensiblemente,
escalón a escalón
un escabel
que había allí por si el orador era bajito,
hasta que mis tobillos
cubiertos por la toga
quedaron casi al borde de la barandilla
y yo a un tris
de romperme
la crisma.
Así levité
a la vista de todos.
Calló el coro,
y me puse a salvo también yo;
operé lentamente,
como correspondía.
Mas comprendí *ipso facto*,

en el mismísimo momento
de tomar tierra
que el espíritu
sólo me había soplado
el muy avaro
palabras insulsas,
cortas, catetas,
cacasenas,
del todo insuficientes
para loar a un grande
como
Pietro Ingrao,
doctor honoris causa.

De otras fuentes

Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate y Juan Hernández Zubizarreta

La Unión Europea en la tormenta perfecta

La agenda energética impulsada por la UE es un fiel indicador de su desempeño general en los últimos años: se azuza la espiral belicista, se desarrollan estrategias erráticas y se une la suerte del continente a los intereses privados de las empresas transnacionales, en un marco de creciente autoritarismo y conflictividad.

* * *

“Una crisis como nunca se ha vivido, fuente de potenciales disturbios socioeconómicos en 2023”. Esta es la contundente caracterización de David Beasley, director ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos (PMA), sobre el actual horizonte global. La Organización Meteorológica Mundial, por su parte, ahonda en la misma línea argumental cuando alerta sobre un “cambio climático que se intensifica a velocidad catastrófica”, principal conclusión de su reciente informe presentado en la COP27 celebrada en Egipto. Tampoco se aleja mucho de este diagnóstico el Fondo Monetario Internacional (FMI), que titulaba “Panorama sombrío e incierto” su última actualización sobre las perspectivas económicas a escala planetaria. Ni el Banco Mundial o la Oficina Nacional de Estadística de China, que atisban un “riesgo real de estanflación”, esto es, una compleja y poco habitual combinación de frágil crecimiento económico e inflación.

En Europa, escenario directo de una guerra de proyección y escala internacional, este clima de incertidumbre, fragilidad y crecientes tensiones se hace todavía más evidente. Josep Borrell, alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, constata —o se jacta de— que “la política de la fuerza ha vuelto”, mientras Paolo Gentiloni, comisario europeo de Economía, habla de “aguas turbulentas” como metáfora de la situación social en el viejo continente. Incluso el Banco Central Europeo (BCE) ya no oculta “su creciente preocupación por una recesión inminente”.

Estos titulares denotan, ahora sí, un cierto consenso —incluso institucional—, sobre la extrema gravedad de la situación que atravesamos. Este, no obstante, salta por los aires cuando se señalan causas y responsables de la misma. Las élites económicas, políticas y mediáticas, empeñadas en la defensa de un *statu quo* del cual dependen sus privilegios, nos bombardean con un imaginario que sitúa la guerra en Ucrania cómo génesis de todos los males presentes y por venir, haciendo pasar consecuencias como causas y sentando las bases para aplicaciones futuras de la *doctrina del shock*. Evitan de este modo un análisis integral de las dinámicas económicas, ambientales y geopolíticas hoy en flagrante tensión —tensión que antecede al conflicto bélico en ciernes—, ofreciendo a cada problema soluciones parciales y/o de corte tecnológico (digitalización, capitalismo verde, atlantismo) como señuelo para impedir las profundas transformaciones sistémicas que hoy precisamos.

Frente a este ejercicio alienante de ideología capitalista, desde múltiples instancias sociales y académicas hace tiempo que se viene situando la raíz de la profunda crisis actual en la [tormenta perfecta](#) a la que nos aboca el capitalismo. El desarrollo de este enfrentaría así la acción combinada y simultánea de cuatro límites estructurales (crecimiento estancado, ultraendeudamiento, cambio climático desbocado y agotamiento de energía fósil, materiales

estratégicos y alimentos), un inédito callejón sin salida de funestas consecuencias sobre los ecosistemas, los pueblos y la clase trabajadora, génesis además de crecientes conflictos de todo tipo, Ucrania incluida.

La Unión Europea, lejos de asumir el reto de enfrentar la tormenta perfecta, ha contribuido y sigue contribuyendo a su gestación, desarrollo y enconamiento. El belicismo creciente y la sumisión a Estados Unidos mostrado en lo geopolítico, el carácter timorato y en favor del poder corporativo de sus apuestas económicas, así como el sentido antagónico a una verdadera transición ecosocial de su agenda energética, alimentan una peligrosa espiral en la que se entrelazan oscuros sabotajes, desmantelamiento de derechos, precariedad generalizada, violencia e, incluso, amenazas nucleares.

Es por tanto necesario forzar, desde la movilización social, un profundo cambio de rumbo político en el viejo continente. Bajo esta premisa este artículo alerta, en primer lugar, sobre el grado de desarrollo y horizonte futuro de una tormenta perfecta que no deja de fortalecerse. En segundo término, disecciona críticamente el rol geopolítico, económico y energético que la Unión Europea está asumiendo en este contexto global, planteando en última instancia algunas claves desde las que, en vez de avivar la tormenta, tratemos de desactivarla.

La tormenta perfecta que no cesa

Iniciamos nuestro análisis del devenir de la tormenta perfecta a partir de los dos vértices que delimitan la base física de actuación del capitalismo: el cambio climático, por un lado, y el agotamiento de energía fósil, materiales estratégicos y alimentos, por el otro.

En lo que respecta al cambio climático, y pese a los cantos de sirena de la apuesta por la descarbonización, seguimos alcanzando año tras año un nuevo récord de emisión de gases contaminantes a la atmósfera. En 2022 la temperatura media general se situará ya en [1,15 °C](#) por encima de la existente en la época preindustrial, cuando el Acuerdo de París estableció 1,5 como límite de referencia antes de que se activaran bucles de retroalimentación de nefastas e impredecibles consecuencias. De mantenerse los patrones actuales de desarrollo, alcanzaríamos la cifra de 2,8 °C al finalizar el presente siglo, según los [recientes informes](#) del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) o el Climate Action Tracker (CAT). El alarmante dato de una Amazonía otrora “pulmón verde del planeta”, hoy en gran parte [emisora neta de carbono](#), no es sino un botón de muestra de la senda sin retorno en la que parecemos adentrarnos.

Pese a ello, la voluntad política de la comunidad internacional para reducir emisiones de manera explícita y vinculante, incidiendo en consecuencia sobre la lógica capitalista de acumulación y crecimiento a escala global, sigue siendo nula. La COP27 celebrada en Egipto no es sino la última constatación a tal efecto: se evita a toda costa cualquier compromiso de reducción, mientras se vende como éxito la creación de un difuso fondo —aún sin dotación económica ni marco de actuación— para ayudar a los países más vulnerables a enfrentar el cambio climático.

En consecuencia, se vislumbran en el horizonte próximo notables impactos en términos de acidificación de océanos, degradación de tierras, proliferación de desastres, desplazamientos ambientales, aceleración del deshielo y liberación del metano oceánico, etc. Impactos que ya son evidentes en 2022: el verano más cálido registrado nunca en Europa, las inundaciones en

Pakistán e India, las sequías en Kenia, Somalia, Etiopía y el oeste de EE. UU., o el incremento en 10 milímetros de la altura del mar respecto al baremo de 2020, son solo algunos ejemplos de ello.

El segundo límite físico que atenaza al sistema vigente es el agotamiento de energía fósil, materiales estratégicos y alimentos. Si crecimiento capitalista e incremento en el consumo de dichos elementos son fenómenos históricos indefectiblemente unidos, hoy el capitalismo enfrenta el reto de crecer con una base energética y material explícitamente menor.

En lo que se refiere al petróleo —gran hegemón de la matriz energética actual—, una vez superado su pico, sufre actualmente un paulatino proceso de desinversión. Un estudio de la transnacional saudí Aramco incide en esa línea, augurando una reducción de la producción global del 30% en los próximos ocho años. Aunque el deshielo del ártico y las coyunturas favorables que pudieran crearse al calor del vaivén de unos precios que toman forma de “dientes de sierra” mitiguen dicho proceso, este parece tendencialmente irrefrenable. Por su parte, el gas seguirá esta misma evolución, aunque un poco más pausada, alcanzando su pico a lo largo de la presente década. Mientras, el carbón pudiera contar con un plazo más amplio, y vuelve a la primera plana de la mano especialmente de Alemania y China que, ante la espiral de precios del gas, lo usan de nuevo de manera masiva, pese a su incidencia exponencial en términos de cambio climático.

Este horizonte a corto y medio plazo de los combustibles fósiles no es ni mucho menos baladí, si tenemos en cuenta que estas tres fuentes de energía, junto a la nuclear —también el uranio está en declive, descendiendo su extracción un 20% desde 2016— suponen el 90% de la energía primaria a escala global. Si combinamos este dato con otro que señala que solo en torno al 20% del consumo energético final es en forma de electricidad, podemos concluir que por mucho que se avance en términos de electrificación, incluso vía renovables, será imposible llenar el vacío que vayan dejando el petróleo y el gas sin reducir el consumo. Un misil en toda regla a la línea de flotación de la acumulación capitalista.

En todo caso, esta relación paradójica entre necesidades capitalistas y límites físicos no se circunscribe únicamente a la energía fósil, sino que amplía su radio de acción a la minería metálica, como bien señala la Agencia Internacional de la Energía (IEA). El [capitalismo verde y digital](#), hoy convertido en falso imaginario de disputa con la tormenta perfecta, desarrolla una práctica depredadora de muy diversos materiales (litio, cobalto, cobre, níquel, circonio, wolframio, tierras raras, etc.), que ya han llegado a su cenit o están cerca de hacerlo. Junto al canto de sirena de la descarbonización, el de la desmaterialización de la economía vía digitalización también cae por su propio peso. Por poner solo un ejemplo, la IEA ha señalado que el litio, elemento fundamental para la producción de baterías eléctricas de todo tipo, podría sufrir [carencias ya en 2025](#), si se mantiene al actual ritmo de crecimiento de la demanda.

Pero incluso la producción de alimentos también da signos de agotamiento, fruto de la acción combinada del cambio climático, el modelo agroindustrial y la carencia de fertilizantes. Todo ello, por supuesto, agravado por la guerra entre Ucrania y Rusia como “graneros del mundo” y principales productores de dichos abonos químicos. Si sumamos este progresivo agotamiento al incremento de precios provocado por el [carácter especulativo](#) de los mercados alimentarios, obtenemos como resultado un panorama realmente crítico, al que se abona no solo el director del PMA con la frase que abría este artículo, sino también el Banco Mundial, cuando afirma que

dicho incremento tendrá un [“efecto devastador en las familias más pobres”](#). La Asociación Internacional de Fertilizantes, mientras tanto, asegura que ya en 2022 hay una [“clara probabilidad de escasez en ciertos fertilizantes”](#).

En definitiva, la tormenta perfecta limita cada vez más el “marco de lo posible” para el sistema capitalista, conduciéndole a un callejón sin salida: crecer más con menos recursos —cuestión que nunca ha logrado en su historia—, en un marco de creciente vulnerabilidad climática. Si bien es cierto que se trata de tendencias ecológicas que se proyectan en el medio y largo plazo, ya están teniendo su impacto directo también en el corto en términos de degradación, escasez y alza de precios.

Uno de los principales factores que inciden en la galopante inflación actual, como posteriormente analizaremos, está directamente vinculado al agotamiento de energía, materiales y alimentos, con un efecto integral sobre el conjunto de la economía y de la sociedad. Si [Jason W. Moore](#) ya alertaba sobre la incapacidad del capitalismo de reproducirse sin un marco de abundancia y bajos precios de trabajo, energía, materias primas y alimentos (“los cuatro baratos”), hoy evidentemente se enfrenta a un momento más que crítico.

Completamos nuestro análisis de la tormenta perfecta abordando sus dos vértices de carácter económico: el crecimiento estancado y el ultraendeudamiento. Además de que el marco ecológico convierte el crecimiento en una quimera como tendencia, las propias dinámicas de acumulación capitalista —recordemos, principal seña de identidad del sistema— llevan dando señales de alarma por sí mismas hace mucho tiempo. Estas jamás han reeditado las tasas de crecimiento de los *treinta gloriosos* del siglo pasado, mientras el Banco Mundial asegura que “durante el quinquenio 2020-2024 se ha reducido en un 20% el crecimiento tendencial del periodo 2010-2019”. Ahora, en un contexto de guerra, se atisban, como ya hemos señalado, síntomas de recesión.

En este sentido todas las perspectivas elaboradas por organismos multilaterales (FMI, [BM](#), [OCDE](#), [BCE](#), [CEPAL](#)) son notablemente pesimistas. En grado creciente, como se puede comprobar, según se van actualizando datos. Como corolario de todas ellas destacamos la conclusión del FMI, que afirma que [“un tercio de la economía mundial entrará próximamente en recesión”](#), dentro de un marco de prácticamente nulo crecimiento para todas las regiones del planeta en 2023 (a excepción de China, aunque a un ritmo menor que en décadas precedentes).

La digitalización, gran esperanza capitalista, no ha mostrado capacidad alguna de generar una nueva onda expansiva que, a partir de incrementos sólidos y generalizados en la productividad, dé pie a aumentos en las tasas de ganancia, inversión, consumo y empleo. Al contrario, como señala [Michael Roberts](#), “el crecimiento de la productividad se ha ido desacelerando hacia cero en las principales economías durante más de dos décadas, y particularmente en la larga depresión desde 2010”.

Además, este magro desempeño económico se enfrenta a una alta inflación, dando lugar al fenómeno de la estanflación. Hablamos de una inflación fundamentalmente de oferta —salvo parcialmente en el caso de Estados Unidos—, provocada por diversos factores entrelazados: el agotamiento antes señalado de recursos como lógica tendencial, el mantenimiento generalizado de los márgenes empresariales de beneficio, el carácter especulativo, autorregulado y errático de parte fundamental de los mercados de futuros en los que se deciden los precios de energía,

materias primas y alimentos, así como el impacto de la guerra. El resultado es un incremento de precios sostenido en el tiempo, que alcanza el 10,6% en la Eurozona, y que no desciende del 8% en EE. UU. y América Latina, siendo 9% la media estimada para los países miembros de la OCDE. Se trata de un fenómeno por tanto muy sustantivo, que incide aún más en la incertidumbre a la hora de realizar inversiones —pese a la precarización evidente de los salarios, que no se actualizan al [ritmo de la inflación](#)— y, en consecuencia, sobre las dinámicas de acumulación de capital.

Precisamente por ello, y pese a no ser producto en términos generales de un exceso de demanda, las principales autoridades monetarias han comenzado una espiral de subida de tipos de interés como arma de lucha contra la inflación, ahondando aún más en las posibilidades de recesión vía “enfriamiento de la economía”. La Reserva Federal de EE. UU. (FED) ha elevado los tipos hasta el 3,75-4%, mientras que el BCE lo ha hecho hasta el momento en un 2%, perfilando el euribor hacia el 3%. El dogma neoliberal se impone de nuevo: “Siempre hay un riesgo de ir demasiado lejos o de no hacer lo suficiente, aunque por encima de todo está el temor a no cumplir con el juramento de tener los precios bajo control”, afirma Jerome Powell, presidente de la FED.

El resultado de este proceso, más allá de un efecto directo en términos de precariedad del trabajo, es una vuelta de tuerca más en el horizonte de recesión y, muy especialmente, un aldabonazo en el cuarto vértice de la tormenta perfecta: el ultraendeudamiento de hogares, corporaciones y Estados. Si hasta el momento el lánguido devenir del capitalismo se sostenía mediante la respiración asistida de una deuda barata, la espiral aún no concluida de incrementos en el coste de la misma amenaza seriamente la frágil estabilidad financiera global.

Tengamos en cuenta que la deuda global roza los [300 billones de dólares](#) (3,5 veces el PIB mundial); que la deuda pública ha aumentado en 2022 un 7,8% respecto a 2021, fruto de los programas de recuperación, alcanzando la cifra de 65 billones; que, según [Roberts](#), “la nueva recesión será provocada por el colapso de la ingente deuda corporativa”; y que parte significativa del consumo de la ya de por sí precarizada clase trabajadora se sostiene sobre la deuda. La inestabilidad, por tanto, está servida.

En esa línea, ya se están dando los primeros [casos de impago](#) (Sri Lanka, Líbano, Surinam, Zambia), mientras otros países solicitan “ayuda” al FMI (Pakistán y Bangladesh) y muchos otros afrontan graves problemas financieros (Chile, Polonia, India, Filipinas, Tailandia, Egipto, Ghana, Túnez). Las trompetas de la austeridad, por lo tanto, comienzan a atronar, y los países mencionados son solo el comienzo. A su vez, la proliferación de “corporaciones zombi” (aquellas capaces únicamente de pagar los intereses de su deuda), amenaza muy seriamente la economía global, dado su tamaño y la interdependencia de la economía. Finalmente, los riesgos de [explosión de burbujas](#) como la generada en 2008 por las hipotecas *subprime* en EE. UU. se incrementan exponencialmente en el marco de un sistema financiero desproporcionado y desregulado.

En definitiva, el capitalismo nos aboca a una tormenta perfecta de desempleo, desindustrialización, recesión, insostenibilidad, inestabilidad financiera y precariedad generalizada. Su versión actual, más *cool*, verde y digital, no hace sino ahondar en dicha tormenta. No hay salida, pues, dentro de un sistema que alienta el cambio climático, agota sin

control democrático los escasos recursos estratégicos, amplía el marco del desempleo —muy relevantes los despidos ya previstos en las [corporaciones tecnológicas](#)—, [empobrece a la clase trabajadora](#) e incrementa la cifra de [personas con hambre](#) hasta los 828 millones.

El intento de atajar uno de los vértices de la tormenta perfecta desde las señas de identidad del capitalismo agrava la situación del resto de vértices, sentando en consecuencia las bases que impiden siquiera cualquier avance en dicho intento parcial. Una verdadera aporía, un problema sin solución.

Pese a ello, el empeño por mantener la acumulación de capital como premisa indiscutible, los mercados globales como escenario prioritario, las empresas transnacionales como protagonistas y los megaproyectos como herramienta básica de actuación, ahonda en una lógica de reforzamiento de la impunidad corporativa y desmantelamiento de derechos colectivos. Tormenta perfecta y autoritarismo creciente, por tanto, van indefectiblemente unidos.

Así, por un lado, se sigue profundizando en el blindaje de los intereses corporativos mediante la proliferación de tratados de comercio e inversión, el desarrollo de nuevas figuras jurídicas “de urgencia” que limitan el control público y el análisis de impacto ambiental, así como el desarrollo de fórmulas como la [diligencia debida](#), que pretenden impedir la regulación democrática de las actuaciones de las grandes empresas.

De manera complementaria, los derechos humanos sufren un [quíntuple proceso de descomposición](#): desregulación en masa, pasando la precariedad a formar parte constituyente de sus núcleos centrales; expropiación a las mayorías sociales y pueblos mediante la ofensiva corporativa antes expuesta; reinterpretación de los mismos desde los intereses de las élites político-económicas, situando la propiedad privada y la especulación en el vértice del orden normativo; zonificación, lo que implica que se encarcela, encierra y aísla a pueblos y personas, en el contexto de un confinamiento estructural de parte de la población; y finalmente destrucción, por la vía de la guerra, la militarización, el racismo, el patriarcado y la xenofobia jurídica.

Blindaje político-jurídico autoritario, en definitiva, que acompaña a una ofensiva económica sin salida. Este es el horizonte que nos ofrece un capitalismo inserto en el laberinto de su tormenta perfecta.

La UE, agente activo en la tormenta perfecta

El rol de la Unión Europea en la gestación y desarrollo de la tormenta perfecta ha sido y sigue siendo clave. Su participación en el impulso de la [agenda neoliberal](#) a lo largo de más de tres décadas, así como en la consolidación de un tablero internacional crecientemente inflamado —también en [Ucrania](#)—, es innegable.

Partiendo de esta responsabilidad histórica, nos centramos ahora en el análisis de sus políticas en el último trienio, incidiendo de manera específica en tres ámbitos complementarios de especial significación: el geopolítico, el macroeconómico y el energético.

La sumisión a los dictados de EE. UU. —por ende, de la [OTAN](#)— y un creciente belicismo son las principales características de su desempeño geopolítico. En vez de hacer valer su poder económico (mayor mercado del mundo) y geoestratégico (parte de Eurasia, territorio clave dentro

de la muy actual [teoría de Mackinder](#)) para convertirse en fiel de la balanza de la disputa por la hegemonía entre EEUU y China, la UE ha tomado partido. Se ha convertido así en cómplice de una estrategia norteamericana que pretende sostener su rol imperial a cualquier precio, azuzando los conflictos que fueran necesarios con tal de aislar a Oriente y blindar el atlantismo europeo. Ucrania, en este sentido, sería un conflicto condicionado por dicha estrategia.

La guerra, con el aval de la UE, se impone así a la búsqueda de la paz, el unilateralismo a la pretensión de un mundo multipolar. El relato bélico extiende sus alas y se adueña del debate político. Se entrelazan de este modo, dentro de una peligrosísima espiral militarista, análisis simples y dicotómicos de la realidad, ocho rondas de sanciones a Rusia —considerado ahora como “Estado terrorista” — de un impacto y [eficacia más que dudosos](#), presupuestos de “defensa” que duplican su tamaño, entrenamiento de tropas y venta de armamento pesado a Ucrania, un grave sabotaje no aclarado del Nord Stream —aunque todo apunta a EE. UU. y/o a sus aliados—, señalamiento de China —mayor socio económico europeo— como “desafío estratégico”, amenazas más o menos veladas de ataque nuclear, etc.

Frente a la determinación de poner fin a esta deriva e imponer de manera rotunda la vía diplomática, la UE ha decidido asumir el lamentable papel de “tonto útil” de EE. UU.. Mientras este refuerza su posición internacional y amplía los mercados para su industria militar y energética —venta de gas licuado a la UE en sustitución del ruso—, es la población europea la que vive en sus propias carnes y de manera exponencial los impactos del conflicto.

Avanzando en nuestro análisis al ámbito macroeconómico, es precisamente la primacía del interés del poder corporativo sobre los derechos de la ciudadanía lo que destaca como *leitmotiv* de la política de la UE. Aunque los [fondos de recuperación \(NGEU\)](#) y la suspensión temporal del Pacto de Crecimiento y Estabilidad se pretendieron vender como un [giro neokeynesiano](#) frente al dogmatismo neoliberal, eran en realidad medidas directamente vinculadas al rescate de unas grandes corporaciones europeas zarandeadas por la tormenta perfecta, así como por su retraso respecto a las chinas y norteamericanas en los principales nichos del capitalismo verde y digital.

Esta mutación en la captura corporativa de las instituciones continentales no ha alterado por tanto las prioridades, tal y como estamos ya observando: se prima la lucha contra la inflación —aunque esta tenga origen en la oferta, no en la demanda—, subiendo los tipos de interés aun a riesgo de ahondar en el horizonte de recesión; se anuncia una [revisión de la política fiscal](#), que devolvería a medio plazo los límites de déficit (3%) y deuda pública (60%), en un marco de reformas dictadas por la Comisión y el Consejo; se asume como premisas el incremento del gasto militar y el pago de una voluminosa deuda, engordada por el apoyo público a grandes empresas, así como por el carácter especulativo de la política monetaria de expansión cuantitativa; se refuerzan las alianzas público-corporativas para el desarrollo de megaproyectos, una verdadera alfombra roja para las empresas transnacionales; se impide cualquier atisbo de lesionar los privilegios de estas (control de precios, coto a los mercados marginalistas oligopólicos, fin de los paraísos fiscales), salvo quizá el timorato y aún cuestionado gravamen a los “beneficios caídos del cielo” de las corporaciones energéticas; y se insiste en reformas lesivas para la clase trabajadora (laboral, [pensiones](#)), vía chantaje en la negociación de los fondos europeos.

En definitiva, lo sustancial de la agenda capitalista se ha mantenido inalterable, aunque en un nuevo marco que refuerza el rol del Estado en la lógica de acumulación, así como en un contexto

político de reequilibrio de las correlaciones de fuerzas entre “halcones”, PIGs y países del Este.

La sociedad europea, en consecuencia, se está ya enfrentando a una coyuntura de inflación galopante, tipos de interés en espiral alcista y una economía paralizada. Pero el horizonte es todavía más turbio, a las puertas de una recesión —con sus derivadas en términos de desindustrialización, desempleo y austeridad—; enfrentando un panorama de escasez energética a partir de 2023, cuando ya se hayan agotado las reservas actuales de gas, en el marco de una guerra que se proyecta en el largo plazo; en un momento en el que vuelven a evidenciarse las tensiones internas y la prioridad por “salidas individuales” frente a las colectivas, fundamentalmente de los países más poderosos como Alemania, y ante una dinámica progresiva de descomposición de derechos, con el neocolonialismo encarnado en los nuevos tratados de comercio e inversión con Mercosur y México, el avance de la diligencia debida, el reforzamiento de la Europa Fortaleza, la imposición de figuras como los megaproyectos de interés común, etc.

Estas apuestas macroeconómicas en favor del poder corporativo se trasladan de manera coherente al estratégico ámbito de la energía. El relato verde y los objetivos de cero emisiones netas, que acapararon la agenda mediática en la fase de recuperación de la pandemia, ha sido en la práctica atravesado y cercenado por la apuesta hegemónica por el acceso a combustibles fósiles del programa [RepowerEU](#), respuesta de la UE ante el impacto de la guerra y la espiral de sanciones.

La taxonomía europea que considera el gas y la energía nuclear como limpias define a las claras las erráticas prioridades de la UE: desarrollo de infraestructuras y dinámicas de mercado que garanticen el acceso a combustibles fósiles (sobre todo gas), resurrección del debate nuclear, y avance en iniciativas de carácter renovable —incluyendo burbujas como la del [hidrógeno verde](#) o la [captura de carbono](#)— como nuevos espacios de capitalización.

Todo ello, bajo un esquema de actuación similar: impulso de estrategias diversas de muy ambiciosos objetivos, sin ningún tipo de contraste democrático; desarrollo, en base a estas, de modelos energéticos centralizados a escala continental, unidos por nuevas infraestructuras de interconexión eléctrica y gasística; proliferación de megaproyectos de todo tipo, articulados mediante dichas infraestructuras de interconexión, incluyendo iniciativas fuera del territorio de la UE, en plena actualización de una dinámica colonial de depredación de recursos; protagonismo absoluto de las empresas transnacionales mediante alianzas público-privadas, dada la escala de las estrategias energéticas impulsadas, y con un peso específico muy significativo de las corporaciones gasísticas; y finalmente, mantenimiento de los mercados oligopólicos y de carácter marginalista, dominados por dichas compañías.

Estas son, en síntesis, las características del modelo que se impone, tanto para la fósil como para la renovable. Gas, petróleo, carbón, hidrógeno, eólica y fotovoltaica, todo vale, aunque [sus metas sean contradictorias](#), y aunque dicho modelo sea ineficiente y consuma una ingente cantidad de energía y materiales. El modelo no se toca: acumulación de capital, intereses corporativos y de reconversión de sectores en crisis, por encima de las necesidades colectivas. Mirada continental centralizada, en oposición a planificaciones democráticas de carácter descentralizado que definan prioridades sociales. Lo corporativo, frente al desarrollo de lo público y/o lo comunitario. Los megaproyectos, frente al desarrollo de otras fórmulas que, incluyendo también la posibilidad de iniciativas de cierta escala, desarrollen un marco más amplio de

instrumentos (autoconsumo, autoproducción, pequeños y medianos proyectos, iniciativas urbanas, etc.).

El avance de la tormenta perfecta y la guerra en Ucrania provocan que esta estrategia y este modelo energético-corporativo muestren ya sus grietas. Partiendo de la gran dependencia externa y en combustibles fósiles del continente, la escasez y el incremento de precios están haciendo mella ya en los bolsillos de la clase trabajadora, en las perspectivas de sectores industriales clave (como el [metalúrgico](#)), y en última instancia en el conjunto de la economía, vía recesión y desabastecimiento futuro de gas, principalmente.

Frente a ello, la UE apeló a una “intervención de emergencia”, que inicialmente se concretó en cinco medidas complementarias: límite proporcional al consumo de gas por país, teniendo en consideración la “excepción ibérica”; aprobación de un sistema continental de compra conjunta; establecimiento de un tope al precio del gas, en el marco de un nuevo índice alternativo al TTF de Ámsterdam (que refleje mejor la creciente pujanza del gas natural licuado); imposición de un gravamen coyuntural a los “beneficios caídos del cielo” de las empresas energéticas; y aceleración de los proyectos de energía renovable. Medidas todas ellas forzadas por una coyuntura crítica, pero que en ningún caso alterarían en demasía —ni durante demasiado tiempo— las lógicas de un mercado que, según la propia Von der Leyen, “[ya no funciona](#)”.

Pues bien, tras pasarse la pelota la Comisión, el Consejo y otras estructuras comunitarias durante los últimos meses, aún [no hay acuerdo](#) para una cuestión tan urgente, sobre todo en lo que se refiere al tope del precio del gas. Mientras países como Alemania y Austria presionan en favor de no establecer tope alguno para evitar que se cierren mercados, confiando en su particular capacidad de compra en los mercados, 15 estados miembros sí apuestan por definir un máximo. La pelota, de nuevo, se sitúa en el Consejo Europeo de los días 13 y 14 de diciembre, mientras el techo propuesto como eje del debate por la Comisión ([275 euros el megawatio](#)) es considerado una “broma” por algunos países, dado su nulo carácter práctico. La Unión Europea, como el capitalismo, en su laberinto.

En definitiva, la agenda energética impulsada por la UE es un fiel indicador de su desempeño general en los últimos años: se azuza peligrosamente una espiral belicista de enormes consecuencias sobre la ciudadanía, se desarrollan estrategias erráticas de carácter antagónico con la lucha contra la tormenta perfecta, y se une la suerte del continente a los intereses privados de las empresas transnacionales, en un marco de creciente autoritarismo y conflictividad.

Cambiando de rumbo

Es fundamental, por tanto, un profundo cambio de rumbo. La transición ecosocial se va a dar, sí o sí, y está abierto el debate sobre la dirección que esta toma. Frente a la espiral de conflictos ecosociales y geopolíticos a la que nos aboca la tormenta perfecta, debemos apostar desde ya por una superación emancipadora del capitalismo. Y Europa tiene un rol fundamental en este sentido.

Acabamos bosquejando una serie de claves que apuntarían en esa dirección, incidiendo precisamente en los tres ámbitos de análisis priorizados. Así, en lo geopolítico, Europa debería poner todas sus capacidades político-diplomáticas —que no son pocas— para forzar, junto a una comunidad internacional mayoritariamente no alineada, una definitiva negociación de paz entre

Rusia y Ucrania. Una negociación que asuma las máximas de justicia, verdad, reparación y garantías de no repetición, señalando las responsabilidades de todos los agentes en la conculcación de derechos humanos y la comisión de actos delictivos. Desactivar la guerra y el belicismo —no solo en Ucrania, sino también en Taiwán y otros conflictos vigentes—, poner freno a la [trampa de Tucídides](#) a la que nos lleva EE. UU., avanzar en términos de un mundo multipolar, esta es la condición básica para enfrentar la tormenta perfecta.

En lo referente a la agenda económica, el desmantelamiento de la hegemonía de los mercados y las empresas transnacionales debería ser una prioridad. Si la pandemia nos ha mostrado la fragilidad de un capitalismo globalizado, la fase bélica actual de la tormenta perfecta pone a las claras su falta de rumbo, así como el antagonismo entre poder corporativo y clase trabajadora. Revisar el conjunto de su arquitectura (Tratado de Lisboa, Pacto de Crecimiento y Estabilidad, autonomía del Banco Central Europeo) debería ser posicionado, en consecuencia, en nuestro horizonte continental. Más a corto plazo, la intervención pública de los mercados (acabar con oligopolios energéticos y mercados de futuros, establecer topes máximos y mínimos de precios de alimentación, vivienda, energía, etc.) podría convertirse en una práctica democrática común, que nos permitiera avanzar hacia la publicación —en alianza público-comunitaria— de sectores estratégicos. A su vez, una redistribución radical de riqueza, trabajos y patrones internos de desarrollo es imprescindible, primando la fiscalidad progresiva y el reequilibrio territorial.

Respecto a la energía, y en coherencia con las propuestas anteriores, se debería poner fin al modelo corporativo y centralizado. Este, lejos de atender a la necesidad de solidaridad interna, responde a una lógica de acumulación de sólida matriz neocolonial respecto a los países empobrecidos. Por ello, la planificación democrática de recursos y necesidades a escala estatal y subestatal es una premisa básica para enfrentar las consecuencias de la tormenta perfecta. En función de ello, el protagonismo de la propiedad y control público-comunitario del sector frente a lo corporativo es la senda incuestionable por la que avanzar, definiendo una serie amplia y diversa de instrumentos mediante los que alcanzar los objetivos marcados en las planificaciones. La energía no puede ser una mercancía, ese es el principal aprendizaje del funesto actuar actual de la UE.

En todo caso, también es preciso poner coto a la ofensiva política autoritaria que acompaña a la tormenta perfecta, denunciando los tratados de comercio e inversión en vigor, eliminando la excepcionalidad jurídica que acompaña a los megaproyectos, impulsando la creación de instancias y normativas de regulación internacional de las grandes corporaciones y, en última instancia, reinterpretando [desde abajo](#) el derecho internacional de los derechos humanos.

Un último apunte político: este cambio de rumbo será imposible sin un notable incremento del volumen y audacia de la movilización social. Nos adentramos en un escenario muy incierto, no solo por lo excepcional del grado de desarrollo de la tormenta perfecta, sino también de las mutaciones y alcance en la respuesta social. Viejas y nuevas fórmulas tendrían que articularse para lograr posicionar, desde lo local a lo continental, una agenda de transición ecosocial como la que hemos bosquejado, sostenida en la calle y sobre el conflicto. Una agenda que trascienda la tibia trinchera que frente al neofascismo y el poder corporativo supone la alianza social-liberal. Un reto, sin duda alguna, a la altura de la tormenta perfecta.

[Fuente: [El Salto](#). Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate y Juan Hernández Zubizarreta son miembros del Observatorio de Multinacionales en América Latina (OMAL) – Paz con Dignidad]

Daniel Yebra

Michael Roberts: «Los beneficios empresariales son la principal contribución a la inflación»

El economista británico defiende que “los trabajadores no tienen que disculparse si piden una subida de sueldo” porque “la espiral de precios y salarios es un mito”

* * *

Michael Roberts, cabeza de cartel del cuarto congreso “Trabajo, Economía y Sociedad” de la Fundación 1.º de Mayo, es un reconocido economista marxista que ha batallado durante décadas en la City de Londres. El británico advierte de una pérdida “sin precedentes” del poder adquisitivo de las familias europeas en [esta crisis de inflación](#). Y recuerda que solo unos sindicatos más fuertes pueden hacerla frente.

“Ha habido una reducción drástica del empleo en la industria manufacturera, en el Reino Unido, en los EE. UU. y [en España](#). Y las nuevas industrias no están sindicalizadas. Ni las industrias tecnológicas, ni el sector de los medios de comunicación, ni los nuevos sectores minoristas tampoco”, lamenta. Aunque saca optimismo: “Esto está empezando a cambiar. Estamos empezando a ver organización en Amazon, en Starbucks, incluso en Google”.

“También estamos viendo luchas serias en Asia, América Latina y África. Vamos a ver muchas más. Y posiblemente también organizaciones independientes no solo en el Sur Global, sino también en el Norte Global en las nuevas industrias”, reflexiona Michael Roberts.

En la crisis de inflación de los 70, se daban por hecho las subidas salariales para recuperar el poder adquisitivo. Hoy, instituciones y empresas ni se plantean aumentos de sueldo con el IPC con el argumento de evitar un espiral de precios y salarios, ¿tienen realmente que conformarse los trabajadores y sufrir una grave pérdida de poder adquisitivo?

En los años 70, muy a menudo había lo que llamaban indexación de salarios para que hubiera un aumento automático de sueldos a la par con el aumento de precios. Por supuesto, esto era extremadamente costoso para los empleadores si no estaban realmente en la posición de aumentar aún más los precios. Pero es un mito que entonces hubiera una espiral de los salarios. No es verdad. Si se observan los datos, se puede ver que los salarios reales también cayeron durante ese período, a pesar de que en algunas industrias y algunos sectores hubo esa indexación, particularmente en el sector público pero también en algunos de los sectores industriales.

¿Cuándo se perdió esa indexación?

Todo eso se eliminó durante las décadas de 1980 y 1990. Durante todo ese tiempo llamado período neoliberal, se redujo el poder sindical de los trabajadores y se introdujo una legislación para impedir que pudieran mantener sus salarios altos, hemos visto una caída muy pronunciada

en la participación de los salarios como porcentaje del PIB en todos los países de Europa. En la OCDE en general, mientras que en promedio los salarios representaban alrededor del 75% del PIB en la década de 1970, ahora está sobre el 65%. Esa es una caída bastante grande. ¿Dónde está eso? ¿Ha desaparecido? Obviamente se ha ido al incremento de la participación de los beneficios (empresariales) en el PIB. Así que tenemos [una transferencia de salarios a beneficios](#). Y lo que estamos viendo en la espiral inflacionaria actual se debe a que no hay indexación y a que la legislación es muy dura contra los trabajadores. Y también porque las organizaciones sindicales son mucho más débiles y es mucho más difícil para los trabajadores aumentar sus salarios para igualar los aumentos de precios. Y la evidencia es clara de que los salarios reales han caído a un ritmo en la mayoría de los países europeos que no tienen precedentes. Estamos hablando de [una caída del 6%, 7% u 8% en los ingresos reales en un año](#). Si solo estamos midiendo los salarios contra los precios, eso es una gran caída, que no se debería de dar. No va a ser compensado.

Los trabajadores de algunos sectores están consiguiendo más subidas que otros...

Recientemente IG Metall, la Unión Industrial Alemana llegó a un acuerdo, que suena bien, pero si lo miras, puedes ver que está muy por debajo de la tasa de inflación que está experimentando Alemania este año y el próximo, por lo que los trabajadores están sufriendo una pérdida salarial real. Entonces, la idea de que los aumentos de salarios provocan aumentos de precios no tiene sentido. Empíricamente, podemos ver que no es así, de hecho, y también podemos ver particularmente en este período que la principal contribución al aumento de precios ha sido, en primer lugar, el aumento de los precios de las materias primas energía, alimentos y otras materias primas subiendo. Y, en segundo lugar, los enormes aumentos de precios por parte de los empleadores. Los beneficios (empresariales) han sido la principal contribución a los aumentos de precios, no los aumentos de salarios, en esta espiral inflacionaria. Entonces, los trabajadores no tienen que disculparse si piden un aumento salarial, ni preocuparse de que de alguna manera provocarán una espiral de precios. Esto es un mito y una propaganda que nos cuentan los empresarios y sus representantes.

Las economías europeas se han transformado: oligopolios, multinacionales, más servicios y menos industria... ¿los sindicatos se han sabido adaptar?

Bueno, lo que hemos visto es una transformación de los sectores en los últimos 30 o 40 años, particularmente con la gran caída en la rentabilidad de la fabricación en la década de 1970 en la mayoría de las grandes economías, y una gran depresión a principios de la década de 1980. La actitud de los empleadores en las grandes multinacionales de tratar de trasladar sus industrias, el empleo y la tecnología fuera de Europa y América del Norte hacia lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo y que ahora llamamos el Sur Global. Hacia todos los países donde había mano de obra barata y la oportunidad de construir fábricas con salarios bajos. Esa fue la transformación.

¿También en España?

Si observamos lugares como España fue ligeramente diferente porque recibió inversiones de Alemania y Francia cuando se unió a la Unión Europea, y vimos la expansión de la industria. Pero en general, ha habido un éxodo de empleo manufacturero en todos los ámbitos al mismo tiempo que crecía el sector servicios, lo que significa que, particularmente en países como el Reino Unido donde estoy, estas economías ahora están dirigidas a economías en las que viven de los

beneficios obtenidos por las multinacionales, donde el Reino Unido opera como un centro financiero para redistribuir y generar ganancias para estas empresas en varias partes del mundo. Así que no ha habido adaptación de los sindicatos. Ha habido una reducción drástica del empleo en la industria manufacturera, en el Reino Unido, en los EE. UU. e incluso en España. Y las nuevas industrias no están sindicalizadas. Ni las industrias tecnológicas. El sector de los medios de comunicación tampoco. Y, por supuesto, los nuevos sectores minoristas tampoco. Esto está empezando a cambiar desde el final de la gran recesión. Estamos empezando a ver organización en Amazon, en Starbucks, en otros sectores nuevos que no existían antes, incluso en Google. Así que esto es quizás una indicación de una nueva tendencia en los trabajadores de la próxima generación que va a transformar el movimiento sindical.

¿Cómo podría crecer la densidad sindical y la fuerza de los sindicatos en este contexto?

Hemos visto una reducción masiva en la participación de la sindicalización de alrededor de dos tercios, es enorme. En los últimos 30 o 40 años, ha habido una disminución dramática en la proporción de personas en los sindicatos en comparación con la fuerza laboral total. Esto se ha dado, como decía antes, por el gran cambio desde el sector manufacturero a los servicios, particularmente en el Norte Global, y hacia nuevas industrias que no están sindicalizadas. Creo que existe una posibilidad cada vez mayor de que las nuevas industrias tengan un papel determinante, como ya ocurrió en el siglo XIX cuando la gran transformación en el movimiento sindical se dio por el cambio desde las industrias artesanales como la carpintería, la plomería... a los sindicatos de masas en las grandes fábricas, en los muelles, en el transporte, etc. Y vimos el desarrollo de los sindicatos de masas a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX. Luego hemos visto esta aniquilación en la segunda mitad del siglo XX. Pero creo que ahora tenemos toda una capa de nuevas industrias, donde los trabajadores apenas comienzan a organizarse. Y la gente no debe olvidar que la mayor proporción de trabajadores en todo el mundo no se encuentra en el Norte Global. Están en Asia, están en América Latina. Están en África. Aquí es donde el proletariado, usando la antigua frase, es de largo mayor. La clase trabajadora del mundo nunca ha sido mayor y nunca ha sido mayor como porcentaje de la población adulta total y la población activa. Y se basa principalmente en el Sur Global ahora, donde hay mucha actividad. Esta semana vemos lo que pasa en Foxconn, que es una gran empresa taiwanesa que opera en China, donde los trabajadores están luchando contra sus empleadores porque no les están pagando lo que acordaron pagar. Así que ha habido luchas serias como esa, vamos a ver muchas más. Y posiblemente también organizaciones independientes no solo en el Sur Global, sino también en el Norte Global en las nuevas industrias. Soy optimista.

¿Qué herramientas tienen los sindicatos para luchar a día de hoy?

Siempre existe la herramienta básica, que es que los empleadores no pueden conseguir las cosas ni los servicios que quieren vender a menos que los trabajadores trabajen. Es algo muy básico. Karl Marx dijo una vez, todo niño sabe que si la gente deja de trabajar, entonces no se hace nada. Ese es el poder básico que tienen los trabajadores, porque los empleadores no tienen poder, en realidad, dependen completamente de su fuerza laboral para entregar lo que se requiere. Los empleadores usan lo que pueden usar para evitarlo y eso lo puede hacer más difícil, pero el poder básico que tienen los trabajadores de retirar su trabajo todavía está ahí. Pero no solo eso. También hay muchas otras formas en que los trabajadores pueden mejorar sus

condiciones. Los sindicatos brindan un nivel de apoyo en seguridad, y también en horas y condiciones de trabajo. Una cosa es decir que te pagan mejor, pero si estoy trabajando en pésimas condiciones, si estoy trabajando por turnos o trabajando muchas horas, entonces las condiciones de trabajo no son seguras. Los sindicatos tiene el poder de organizarse contra eso también. Todas estas son áreas importantes en las que los sindicatos juegan un papel y tienen que jugar un papel cada vez mayor en el futuro. Entonces, podrías decir, bueno, eso no es nada nuevo. Lo que quiero decir es que hay nuevas áreas en las que vamos a ver ese desarrollo y los sindicatos tienen que estar familiarizados con la tecnología, deben ser inteligentes acerca de los nuevos desarrollos que están ocurriendo en las industrias para construir la organización que necesitan los trabajadores.

¿Las huelgas han perdido efectividad en un mundo globalizado?

Si el argumento es que si se declara una huelga, la empresa trasladará su ubicación a otro lugar donde la gente no hace huelgas y donde es más barato, en realidad no es tan fácil para las empresas hacer eso inmediatamente. Y también, los sindicatos deben luchar no solo en el frente económico, sino también políticamente para garantizar que los gobiernos no permitan que las multinacionales simplemente saqueen la infraestructura y la tecnología y se la lleven a otra parte. Si los trabajadores están luchando por mejores condiciones, las dos cosas deben ir juntas. Sí, todo es más difícil por ser internacional, pero tampoco es imposible para los sindicatos organizarse internacionalmente. Lo hemos visto en muchas ocasiones en los últimos años en varias industrias, particularmente en la industria del transporte, donde el comercio tiene lugar entre buques portacontenedores, conductores de camiones portuarios. O incluso desde el conflicto de Ucrania, hemos visto esfuerzos de los trabajadores para combinar todos estos temas. Entonces sí, es difícil. No es fácil para los sindicatos organizarse, ni para los trabajadores porque se enfrentan a las fuerzas de los medios, los gobiernos, las leyes, y, por supuesto, a los intentos de los empleadores de debilitar su capacidad de funcionar. Pero no es imposible. Históricamente podemos ver que a veces tuvo un gran éxito en la transformación de la realidad.

¿Están sabiendo incorporar los sindicatos el papel transformador del feminismo?

Cuando observamos la situación económica general, podemos ver que todavía hay una marcada diferencia entre el salario promedio de los hombres en industrias y servicios, y el de las mujeres. Y, sin embargo, las mujeres ahora constituyen en muchos países, la mayoría de la fuerza laboral, no solo una pequeña minoría. Y ha habido una transformación en los últimos 50 años en los que las mujeres han llegado al sector laboral en grandes masas, particularmente en industrias clave como la salud, la educación y los servicios públicos, los servicios sociales, donde las mujeres son dominantes. Si miramos el liderazgo de los sindicatos, es cierto que esto no siempre se ha visto reflejado, pero es algo que está comenzando a cambiar. El sindicato industrial más grande del Reino Unido ahora tiene a una mujer como secretaria general, y eso también se aplica en otros sindicatos. Entonces hay una transformación en ese sentido pero todavía hay una brecha enorme entre el nivel de los salarios medios de los trabajadores masculinos y femeninos. Eso se debe en parte a que las trabajadoras tienen trabajos peor pagados y no consiguen los mejores trabajos que pagan mejor. También aunque existe una legislación en contra de la igualdad salarial no siempre se aplica. Pero lo que creo es que la organización sindical y la expansión de los sindicatos ayudará a reducir esa brecha entre el empleo masculino y femenino.

¿Y cómo deben sumarse los sindicatos a la transición verde?

Creo que esta pregunta es muy importante porque este es uno de los problemas clave al que nos enfrentamos en el siglo XXI. Tenemos que hacer algo para detener el calentamiento global, las emisiones de carbono y el impacto que está teniendo lo vamos a sufrir todos, no solo en el Sur Global donde ya lo están sufriendo, sino también en Europa, donde vamos a ver condiciones climáticas extremas, etc., que van a afectar a la vida y las condiciones de las personas. Y tenemos que hacer algo al respecto. Cualquier sindicato que se precie tiene que mirar no sólo el tema de los salarios y las condiciones de sus miembros, sino también al panorama más amplio de lo que está sucediendo en la economía, particularmente lo que están haciendo las empresas y lo que están haciendo los gobiernos. Solo así podemos hacer frente a esta peligrosa crisis que se avecina. Entonces, me parece que la formación tiene un papel clave en la lucha para que sus empleadores adopten políticas ambientalmente mejores, para que los gobiernos comiencen a hacer algo con respecto a las emisiones de combustibles fósiles.

Y ahora, ¿qué pasa con todos esos trabajadores que trabajan en la industria de los combustibles fósiles? ¿Cómo va a lidiar el sindicalismo con eso? Eso plantea un problema político, pero los trabajadores de la industria del petróleo o de la industria del gas, que en realidad es una fuerza laboral bastante pequeña, ¿cómo van a mantener sus trabajos si queremos eliminar este tipo de energías? Bueno, requiere un plan nacional, un plan internacional, a través de la eliminación gradual de las industrias de combustibles fósiles. Y volver a capacitar y cambiar a los trabajadores a nuevas industrias renovables, donde también tienen habilidades o se puede redirigir, para asumir la expansión de las industrias renovables y de otras industrias ambientales que generarán una gran cantidad de puestos de trabajo disponibles para los trabajadores que en este momento están trabajando en industrias que quizás se están sumando a la crisis de emisiones de carbono. Puedes verlo con otra analogía, ¿qué pasa con los trabajadores que trabajan en la industria armamentística? No queremos más armas. Queremos eliminarlas gradualmente pero los trabajadores perderán sus empleos, y es un argumento que a menudo dan los sindicatos. Bueno, hay muchas otras construcciones civiles que debemos hacer en las que las habilidades de los trabajadores que tienen las habilidades de la industria de armas se pueden usar, como en todo tipo de áreas de transporte, medio ambiente, etc. Necesitamos un plan. Y eso significa que los sindicatos no solo pueden mirar lo que está sucediendo en su lugar de trabajo, sino que también deben analizar cuestiones políticas más amplias y involucrarse en ese plan que logre esa transformación del desequilibrio que tenemos en este momento en el empleo, con los objetivos equivocados y los trabajos equivocados. Necesitamos los objetivos correctos y los trabajos correctos.

[Fuente: eldiario.es]

Rafael Poch de Feliu

Resignados a una larga guerra

Solo Lula podría mediar con credibilidad en el conflicto de Ucrania, condenado a eternizarse por los intereses de las potencias y el estancamiento en el campo de batalla

* * *

El 5 de diciembre Ucrania atacó dos bases de la aviación estratégica nuclear rusa, en Riazán y Sarátov, a centenares de kilómetros de su frontera. Inmediatamente después, el secretario de Estado Antony Blinken dijo que Washington “ni anima ni contribuye a que los ucranianos ataquen territorio ruso”, [pero fuentes militares americanas y rusas](#) apuntan que esos ataques, con viejos artefactos soviéticos TU-141 de los años setenta reconvertidos en misiles de crucero, han sido posibles gracias a modernos sistemas de comunicación y navegación satelitales de Estados Unidos. El 16 de diciembre, la [agencia Tass](#) mencionaba a una empresa de Arizona como fabricante de los sistemas utilizados en diversos ataques a territorio ruso e incluso citaba el nombre del aeropuerto polaco (Rzeszow) en el que se habrían hecho las pruebas y montajes de los aparatos.

La implicación directa e intensa de recursos militares de la OTAN, no solo con armas y dinero, sino también con fuerzas especiales y todo tipo de recursos electrónicos y de posicionamiento de última generación, y no ya desde el inicio de la invasión sino desde inmediatamente después del cambio de régimen en Kiev del invierno de 2014, es algo conocido y admitido:

“Lo que hicimos a partir de 2014 fue crear las condiciones”, explicó, entre otros, el jefe de operaciones especiales, Richard Clarke, en agosto en una [entrevista con David Ignatius en The Washington Post](#). “Cuando los rusos invadieron en febrero llevábamos siete años trabajando con las fuerzas especiales ucranianas, con nuestra asistencia crecieron en número y sobre todo crearon capacidad tanto en combates de asalto como en operaciones de información”.

Atacar las bases rusas es perfectamente legítimo para Ucrania, tanto más cuando los bombarderos estratégicos rusos TU-95 han lanzado misiles contra objetivos ucranianos tras despegar de esas bases, pero desde el punto de vista de la dialéctica de las superpotencias nucleares, el asunto es una jugada de alto riesgo. Produce escalofríos imaginar que China o Rusia hicieran posible con su tecnología militar ataques de México a una base nuclear de Estados Unidos en California o Minnesota. Y eso es lo que está ocurriendo.

Un funcionario del Ministerio de Exteriores ruso dijo que la utilización de satélites de Estados Unidos convierte a su vez a esos recursos en legítimo objetivo militar ruso y un conocido analista militar chino del portal [guancha.cn](#) ha recomendado a los rusos que no se metan en tal “peligro mortal”. Putin convocó al Consejo de Seguridad nacional tras los ataques del 5 de diciembre, pero, afortunadamente, los rusos saben a lo que se exponen si atacaran satélites de Estados Unidos, y parecen coincidir más con el analista chino que con su elocuente diplomático.

Ese es el tipo de insensata ruleta al que se está jugando en Ucrania. Ilustra perfectamente la múltiple y contradictoria naturaleza de esta guerra. Múltiple porque la criminal invasión rusa de

Ucrania, que tantos sufrimientos está causando a la población civil, no habría sido posible sin los elementos de guerra civil que el cambio de régimen de 2014 desencadenó en el interior de Ucrania, mediante la imposición de la narrativa nacionalista antirrusa y atlantista a los grandes sectores de la población que no estaban de acuerdo con ella, especialmente, pero no solo, en Crimea y en el Dombás. Lo uno no habría sido posible sin lo otro.

Contradictoria, porque con esa importante reserva, uno puede defender el legítimo derecho de los ucranianos a su soberanía e integridad territorial y oponerse al mismo tiempo a la guerra por procuración que Estados Unidos y la OTAN están llevando a cabo en Ucrania contra Rusia, con China en mente. A estas alturas, resulta imposible hacer pasar por abstracta especulación este planteamiento, abiertamente suscrito sin el menor tapujo por sus protagonistas. El último de ellos en explicarlo ha sido el jefe del Stratcom, Charles Richard, uno de los máximos jefes militares de Estados Unidos:

“Esta crisis de Ucrania en la que ahora estamos es solo un precalentamiento. La gran crisis (*‘the big one’*) está por venir y no tardaremos mucho en ser puestos a prueba en formas que no hemos conocido en mucho tiempo”, explica Richard en una entrevista publicada por [The New York Times el 22 de noviembre](#). Ucrania es un campo de pruebas en el que se están midiendo las capacidades rusas y “probando y observando nuevos avances en tecnología y adiestramiento que están cambiando la forma de combatir”, explica el diario en el mismo informe.

Este es el aspecto esencial que impide a la izquierda abrazar la causa ucraniana al lado de quienes acaban de incendiar el Oriente Medio desde Libia a Afganistán, pasando por Siria, Yemen e Irak con el resultado de más de tres millones de muertos y cuarenta millones de desplazados y refugiados, y que ahora calientan motores para la tercera guerra mundial. Y este es, precisamente, el panorama que determina la posición mayoritaria del Sur global en este conflicto, mientras en Europa una pseudoizquierda de derechas (la divisoria entre izquierda y derecha es el apoyo al neoliberalismo y al belicismo) baila al son de los tambores de guerra y del militarismo envuelta en la bandera ucraniana.

La mayoría de los países del mundo han condenado en la ONU la agresión rusa a Ucrania y al mismo tiempo se han desmarcado de las sanciones contra Rusia diseñadas para “arruinar” a ese país (según la ministra de exteriores alemana, Annalena Baerbock), y “desmantelar paso a paso la capacidad industrial de Rusia” (Ursula von der Leyen), por citar solo a dos políticos europeos fallidos protagonistas de una sanciones tan ruinosas para la UE como beneficiosas para Estados Unidos económica y geopolíticamente. Aún menos consenso obtiene en el mundo la línea occidental de armar sin límite a Ucrania y la mala fe negociadora demostrada en los acuerdos de Minsk de 2015, cuyo objetivo era “ganar tiempo” (Angela Merkel en declaraciones a *Die Zeit*) con el fin de “crear unas fuerzas armadas poderosas” (Petró Poroshenko, expresidente de Ucrania) y en el manifiesto desinterés por una solución de paz negociada demostrado en los últimos meses. ¿Qué pasa mientras tanto en Moscú?

Sesión de noche en el primer canal de la tele rusa. Aquellos rostros irritados de estrellas fachas de la televisión, aquellos semblantes cabizbajos de patrióticos expertos y analistas, de los meses de septiembre y octubre con motivo de la exitosa contraofensiva ucraniana, han dado lugar a otra cosa. Ahora los mismos personajes desprenden una chulesca confianza. Anuncian un próximo giro de la situación en el frente. La economía rusa funciona, se

adapta, las relaciones exteriores se transforman y estrechan. El comercio ruso con China no solo no se encoge, sino que aumenta dinámicamente, confirma [The Wall Street Journal](#). Las sanciones son impotentes. En Europa crecen las tensiones y las dificultades. Privada de energía eléctrica, Ucrania se vacía y envía allá a sus centenares de miles de refugiados que se harán cada vez más engorrosos. La sociedad rusa se conforma con las versiones oficiales, [como hacía la sociedad americana](#) con la guerra de Irak, tragándose los argumentos justificatorios con la misma tranquilidad. Los Patriot que los americanos van a entregar a Ucrania, son los modelos antiguos, no demasiado eficaces y carísimos, se dice. ¿Cuánto tiempo podrán aguantar americanos y europeos tan ruinosa subvención de guerra? En Estados Unidos el establishment está dividido, con el Departamento de Estado dispuesto a continuar la guerra hasta el último ucraniano y el Pentágono mucho más cauto, como si se tomara en serio lo de la “ofensiva de invierno” rusa. Hasta el jefe del Estado Mayor del ejército, General Mark Milley, advertía en noviembre que no hay victoria a la vista en esta guerra... Por lo demás, el parte diario de ataques ucranianos indiscriminados contra ciudades del Dombás (escuelas, hospitales), condecoración de heroicos defensores de la patria, y un Putin relajado y en plena forma copando largos segmentos del telediario. ¿Occidente se cansará?

En Afganistán tardaron veinte años en cansarse de aquella guerra absurda en la que se gastaron 2,3 billones de dólares y cuando lo hicieron fue para concentrarse mejor en la actual jugada contra Rusia y China, por lo que el asunto tampoco pinta bien para Moscú. Incluso si los militares, apoyados por Washington, acaban desplazando a Zelenski en Kiev con miras a una negociación, será muy difícil que Ucrania acepte los que los rusos definen como “las realidades sobre el terreno”: cederles los 100.000 kilómetros cuadrados que ocupan, de los 600.000 que tiene Ucrania. Y todo lo que no sea eso —y puede ser mucho menos— sería una pérdida para Rusia, cuyo régimen se juega su existencia en esta guerra. Respecto a Occidente, cualquier paz con aspecto de victoria rusa será una derrota que confirmaría su declive ante la mayoría del mundo. Así que todo apunta hacia una larga guerra.

Con ese pronóstico, la pregunta es quién podría remediarlo, ¿quién podría mediar?

El presidente brasileño, Luiz Inácio Lula da Silva, tomará posesión de su cargo el 1 de enero. Su reconocimiento del estado palestino en las fronteras de 1967, secundado por media docena de países latinoamericanos, su exitosa mediación con Irán, que hizo posible el acuerdo nuclear del que Estados Unidos se desdijo y, sobre todo, su liderazgo en la integración continental sudamericana y consolidación de los países emergentes con objetivos comunes de integración política, reforma de las “instituciones internacionales” de Occidente y desdolarización, enfureció al imperio y explica, según su propia versión, el golpe seguido de encarcelamiento que Lula sufrió en Brasil en 2018. Ahora sus circunstancias son muy diferentes a las que le llevaron al poder en 2003: ha ganado las elecciones por los pelos, no hay una buena coyuntura expansiva para el reparto de renta sino al contrario, y, además, tiene enfrente a una poderosa extrema derecha *bolsonarista* con enorme respaldo social. Como ha apuntado [Steve Ellner](#), el mejor terreno para afianzar su mandato Lula lo tiene en la política exterior: volver a afirmar un liderazgo brasileño al frente de un gran movimiento internacional de países no alineados.

El conflicto de Ucrania, la demostrada incapacidad de las potencias por resolverlo y su común apuesta por una larga y desastrosa guerra que no parece poder tener vencedores, ofrece a Lula un reto para demostrar su credibilidad a la hora de alcanzar un acuerdo con el respaldo de la

verdadera “comunidad internacional” que desde la ONU ha marcado la línea: condena de la invasión rusa y al mismo tiempo oposición a una guerra del hegemonismo occidental que debilite el papel ruso en el equilibrio mundial. Ese debilitamiento tendría consecuencias desastrosas no solo para la potencia nuclear rusa, con los peligros que ello conlleva, sino para todo el sur global en su pulso con el hegemonismo belicista occidental.

Estas son consideraciones que no cuentan en Europa y Estados Unidos, pero que son básicas en América Latina, Asia, África y Oriente Medio. Con una mediación hábil en Ucrania, Lula podría ser el abanderado de los intereses de la mayoría de la población mundial.

[Fuente: [Ctxt](#)]

Mateo Aguado y Nuria del Viso

Desigualdades climáticas, una nueva fuente de injusticia social

No cabe duda de que el cambio climático antropogénico es hoy una realidad incontestable. Una realidad que, si no lo es ya, se convertirá en los próximos años en el mayor desafío reconocido que haya tenido jamás la humanidad. El deshielo de los casquetes polares y zonas frías del planeta, la subida del nivel del mar y eventos meteorológicos extremos como los ciclones, las inundaciones, las sequías o las olas de calor son fenómenos cada vez más frecuentes que arrojan cada año miles de pérdidas humanas en todo el mundo y constituyen ya la principal causa mundial de nuevos desplazados forzosos dentro de los países.

Buena parte de los debates de la COP27, recientemente finalizada, se han centrado en determinar quién asume y cómo se reparten los costes de financiación de los impactos del cambio climático en los países más pobres. Esto es, el debate de fondo de esta Cumbre ha tratado las diversas desigualdades existentes en torno al cambio climático y cómo manejarlas en términos políticos: las responsabilidades históricas diferenciadas de los distintos territorios y modos de vida en la desestabilización del clima, los impactos desiguales geográfica y socialmente que el cambio climático ya está causando y la responsabilidad moral y política de apoyar a los países más frágiles para que eviten basar su desarrollo en los combustibles fósiles. Pese a los compromisos anteriores, y a falta de ver acciones futuras, los países ricos muestran poca predisposición a asumir la factura del cambio climático, y el fondo de 100.000 millones creado a tal efecto en la Cumbre de París sigue prácticamente vacío. Las desigualdades frente al cambio climático constituyen, por tanto, un tema central de nuestro presente.

La importancia de rescatar el relato político de la *injusticia climática*

Existe un mensaje profundamente extendido entre la sociedad y los medios de comunicación que invita a pensar que el problema del cambio climático es cosa de todos, y que todos debemos aportar nuestro granito de arena para tratar de resolverlo. Este planteamiento, sin embargo, resulta algo engañoso, pues lo cierto es que no todos somos igualmente responsables del cambio del clima en nuestro planeta y no todos sufrimos ni sufriremos por igual sus consecuencias. Las causas y efectos del cambio climático antropogénico están atravesadas por multitud de desigualdades que articulan lo que se ha venido a llamar *injusticia climática*, según la cual son las personas más pobres y los grupos sociales más marginados y discriminados los principales damnificados por los problemas ambientales y eventos extremos derivados de una alteración climática cuya responsabilidad principal se halla en el modo de vida de los más ricos, en el plano micro, y en las grandes estructuras de poder del capitalismo (que funciona a base de cargar sobre otros grupos y territorios los costes del sistema productivo), en el plano macro.

Son, por lo tanto, estos grupos de riqueza y de poder quienes en el fondo acaparan el grueso de la violencia estructural que la atmósfera de la Tierra está sufriendo, y cuyas consecuencias afectan tanto a los ecosistemas y la biodiversidad del planeta como a las personas más pobres y vulnerables que sobre él habitan (aunque al final nos alcanza o alcanzará a todos y todas). Así, a día de hoy probablemente cabría extender la noción de violencia estructural popularizada en

1969 por el sociólogo y matemático noruego [Johan Galtung](#) —referida a aquel tipo de violencia que, siendo infligida de forma difusa e indirecta por las estructuras dominantes de poder, tiene efectos negativos sobre las oportunidades de supervivencia, bienestar y libertad de otras personas o grupos sociales— a la idea de violencia climática, referida, específicamente, a esa forma difusa de violencia que es ejercida sobre el sistema climático global por las personas, grupos y sectores más contaminantes de la sociedad, que son quienes acumulan, como es sabido, la mayor parte de la responsabilidad del cambio climático en curso.

Siguiendo el rastro de las emisiones

Las emisiones globales de gases de efecto invernadero, que constituyen la causa principal del calentamiento global, muestran enormes diferencias entre ricos y pobres, ya se trate de países o de grupos sociales. Según han concluido dos estudios recientes, publicados ambos en la prestigiosa revista *Nature Sustainability*, son los [países más ricos](#) y con mayores niveles de consumo, así como las [personas y clases sociales más adineradas](#), quienes acaparan el grueso de la responsabilidad ligada al problema del cambio climático. Solo el 10% más rico de la población mundial es responsable aproximadamente del 48% de las emisiones globales de CO₂. Por su parte, la huella de carbono del 1% más rico del mundo —que constituye un grupo de personas que cabría holgadamente en un autocar de medianas dimensiones— es unas 80 veces mayor que la huella conjunta de los 4.000 millones de personas más pobres del planeta. Son por tanto las clases más acomodadas de las naciones enriquecidas, así como las elites más pudientes de algunos países emergentes y pobres, las que a través de un consumo excesivo de energía y materiales [acumulan la mayor parte de la responsabilidad](#) del cambio climático.

Pero no solo las causas del cambio climático están sujetas a fuertes desigualdades. Si atendemos a sus consecuencias vemos cómo, nuevamente, afloran notorias injusticias, pues son principalmente las personas más pobres de los países del Sur las que, pese a apenas haber contribuido a ello, más sufren y sufrirán la subida del nivel del mar, las sequías, los ciclones, las olas de calor o las inundaciones asociadas a la alteración antropogénica del clima global. Cabe señalar, además, que junto al nivel de riqueza existen otros vectores de desigualdad que con frecuencia afloran ante los damnificados de los eventos meteorológicos extremos causados por el cambio climático, como las desigualdades raciales y de género. Existe [constancia](#) de cómo en las últimas décadas este tipo de eventos severos ha golpeado con especial virulencia a las comunidades marginadas y de bajos ingresos, a los grupos raciales segregados y, dentro de todos ellos, a las mujeres y a la infancia. Basta con ver lo que sucedió en EE. UU. —el país más rico del mundo— durante el huracán Katrina que arrasó Nueva Orleans en 2005, donde la mayoría de las víctimas fueron [mujeres afroamericanas con sus hijos](#). Igualmente, durante el desastre del [ciclón](#) que asoló Bangladesh en 1991, de las 140.000 personas que murieron, el 90% fueron mujeres. Un caso paradigmático a este respecto es el del tsunami que arrasó las costas del océano Índico en 2004, y cuya consecuencia en forma de defunciones fue [un 70% más elevada](#) entre las mujeres que entre los hombres. De este modo, y según señalan algunos [trabajos](#), las mujeres y la infancia tendrían hasta 14 veces más probabilidades de morir que los hombres durante este tipo de desastres.

Avanzar hacia una justicia climática y social

Es poco probable que las políticas de reducción de emisiones y adaptación al cambio climático

puedan tener éxito si no comienzan a reconocer y visibilizar las enormes injusticias existentes a su alrededor. La transición a la sostenibilidad que tenemos por delante debe involucrar grandes reducciones en el impacto ambiental promedio de la humanidad. Pero estas reducciones han de ser mucho más profundas y tempranas entre aquellos cuyas huellas de carbono son más grandes. Es irreal pensar que podremos resolver los problemas ligados al cambio climático si paralelamente no abordamos los clamorosos niveles de desigualdad social que existen en el mundo, pues ambos problemas están interrelacionados y se refuerzan. Trabajar en favor de la igualdad es un imperativo moral que, además de conllevar enormes provechos sociales, reporta grandes beneficios ambientales, pues tiende a mitigar muchos de los peores efectos del cambio climático al [contener el consumo global](#) de materiales y energía. Debe entenderse, por tanto, que luchar hoy por un mundo más justo es luchar por un mundo más sostenible. Reconocer esto, convenientemente ignorado hasta hoy por las grandes estructuras de poder, convierte el propósito de la justicia global en una [cuestión socio-ecológica](#) intrínsecamente ligada al ejercicio de la política.

Ha llegado el momento de aceptar que el cambio climático no podrá resolverse únicamente desde la esfera tecnocientífica; hacen falta profundas transformaciones políticas, económicas y culturales orientadas a construir horizontes de mayor justicia y solidaridad en el mundo. Sostenibilidad ambiental y justicia social son dos caras de una misma moneda cuya arista climática representa, en el fondo, solo uno más de los variados problemas socioecológicos que comprometerán el devenir de la especie humana en los próximos años. Se ha terminado el tiempo para las medias tintas. Es hora de adoptar el compromiso político firme que necesitamos: uno que abogue por una reorganización total del sistema económico mundial basada en el decrecimiento planificado de las economías y sectores más ricos y contaminantes. Solo esto nos permitirá avanzar hacia horizontes civilizatorios de mayor justicia, bienestar y sostenibilidad. No hay tiempo que perder.

[Fuente: [Ctxt](#). Mateo Aguado y Nuria del Viso pertenecen al área ecosocial de FUHEM]

Ernest Cañada y Nuria Alabao

Los cuerpos rotos de los empleos feminizados I: camareras de piso

La precariedad laboral tiene múltiples dimensiones. Por un lado, salarios bajos e inciertos que condenan a la pobreza incluso aunque se tenga empleo. La indeterminación en la duración del contrato, de la jornada, o incluso que los horarios de trabajo se conozcan el día anterior, hace casi imposible ocuparse de personas dependientes o criar en condiciones, pero también planear la vida y proyectarse en el futuro. A la hora de defender tus derechos, el tipo de contrato hace muy difícil conseguir poder de negociación, ya sea de manera individual o colectiva; además, los convenios y la legislación que afectan a estos sectores son absolutamente insuficientes. Sin embargo, hay un factor esencial que a menudo permanece oculto, que es la cuestión de la salud y la enfermedad. Estamos hablando de la [exposición a situaciones de riesgo](#) —que pueden acabar en accidentes laborales graves— y las condiciones laborales que provocan sufrimiento psíquico o que implican el desarrollo de enfermedades profesionales que se arrastrarán de por vida. Si la inseguridad es el estado permanente de quien trabaja en condiciones precarias, su traducción material es un estado de salud profundamente deteriorado que acaba por determinar la vida cotidiana, hacerla dolorosa o limitar sus posibilidades. La cuestión de clase aquí se juega en cómo el trabajo se ceba en los cuerpos. Las rentas inmobiliarias no producen dolencias en el túnel carpiano; limpiar y hacer camas en un hotel con ritmos infernales, sí.

La división sexual del trabajo ha desvalorizado algunos empleos relacionados con aquellas tareas que han sido naturalizadas para las mujeres: todas las que tienen que ver con la reproducción social. Al mismo tiempo, el hecho de inscribir a la mujer en este ámbito —la mayoría de trabajo todavía se realiza en el hogar de manera gratuita— tiene el efecto de restarles valor como mano de obra —su lugar “natural” sería en la casa desarrollando tareas no remuneradas—. Si la frontera es la que convierte a los migrantes en mano de obra barata, el hogar, la familia, hacen lo mismo con las mujeres —al menos con las pobres—. Así, los empleos fuertemente feminizados acaban coincidiendo con buena parte de los más precarios. En ellos, el estado de salud de las trabajadoras es indicativo del nivel de explotación que sufren. Unas mujeres a las que las propias condiciones materiales en las que viven ellas y los suyos dificultan que sean atendidas en condiciones cuando el deterioro que el trabajo les provoca se ensaña en ellas. ¿Quién cuida a las cuidadoras?, se preguntan las trabajadoras organizadas.

Es habitual encontrar en ellas distintas dolencias, tanto físicas como psíquicas, que son consecuencia de la forma de organizar el trabajo —ritmos, condiciones ergonómicas, duración de la jornada, etc.—. Para sobrevivir, para poder seguir trabajando a ritmos excesivos, muchas dependen del consumo de fármacos, es decir, de drogas, estas sí legales, porque les permiten seguir produciendo mientras continúan machacando sus cuerpos. No es solo el acceso a recursos o el nivel de vida el que mejor retrata la pobreza y la desigualdad, [la salud es, en realidad, su principal indicador](#). En esta serie, desgranaremos algunos de estos sectores a partir de cómo enferman los cuerpos y mentes de sus trabajadoras.

Camareras de piso

Las trabajadoras encargadas de la limpieza de habitaciones de hotel, conocidas popularmente como “las Kellys”, emergieron en 2014 explicando cómo se estaban dejando la vida en el trabajo. Explotaron porque ya no podían más y se autoorganizaron e hicieron visibles como recurso desesperado para poder transformar sus condiciones laborales. Las denuncias de las múltiples enfermedades que sufren a causa de los movimientos repetitivos y los ritmos de trabajo extenuantes, la dependencia de fármacos para poder continuar con ellos, la ansiedad con la que viven el día a día, y la imposibilidad de seguir trabajando hasta la edad de jubilación, golpearon la conciencia de un país que año tras año batía récords en el número de turistas internacionales.

Aunque el trabajo de las camareras de piso siempre fue físicamente duro, con la reforma laboral del 2012 las empresas pudieron externalizar actividades troncales de su actividad. Esto les permitía rebajar los costes laborales por debajo de su convenio sectorial, en este caso, el de hostelería. [Los hoteles aprovecharon para despedir a sus trabajadoras y subcontractar a empresas multiservicios](#) que se regían por convenios de empresa o de ámbitos de actividad con menor reconocimiento profesional y retribución, como el de limpieza. Esto provocó una hecatombe, empeorando considerablemente las condiciones laborales, tanto los salarios, como las cargas o ritmos de trabajo e hizo perder derechos a las trabajadoras, lo que dificulta todavía más su organización sindical.

Este mecanismo fue especialmente usado en los departamentos de pisos de los hoteles. [La reforma laboral de 2021, si bien consolidó avances en la contratación indefinida, no puso freno a los procesos de externalización](#), que era la principal demanda de las Kellys. En su preámbulo se sugería que las condiciones de las trabajadoras de las empresas externalizadas debían ser las de la actividad de la empresa principal en cuestiones como el salario, pero no en la totalidad de las condiciones. Además, esto no se aclaró en el articulado, por lo que son los jueces quienes deben interpretarlo en caso de que haya denuncia, una circunstancia poco habitual porque la presencia sindical es escasa en muchos hoteles. En consecuencia, no se han conseguido paliar los principales efectos de las externalizaciones. La gran cuestión que queda por resolver sigue siendo la de las cargas de trabajo, tanto la cantidad como el ritmo, acentuadas tras la reactivación pospandemia.

No podemos parar

“Yo trabajo en un hotel de cinco estrellas, que supuestamente tiene una categoría para los clientes, pero para el trabajador no, porque tenemos que trabajar como máquinas”, [dice Esperanza](#), una camarera de piso de Barcelona. Los relatos se repiten en otras regiones o ciudades. “Trabajo seis días por semana, en dos hoteles distintos. En el grande, nueve o diez horas. Y en el pequeño, los miércoles, doce horas seguidas: estoy sola de camarera de piso, de recepcionista, de camarera del bar, de todo. Entro a las siete y salgo a las siete. Cuando salgo no puedo ni hablar, ni tenerme en pie, no sé quién soy. Solo quiero tumbarme, desaparecer”, [explica Lucía](#), una joven que estudió Bellas Artes pero que no encontró otro trabajo.

También destacan la falta de control sobre el propio trabajo, los tiempos o las pausas. “Entras a las siete de la mañana y son las cinco de la tarde y no has pegado bocado. Ahí ya te lo decían cuando llegabas por la mañana y te daban todo el material: ¡Ni comer ni mear! ¡A tirar, venga! ¡A tirar millas!”, cuenta María. También Juliana, pues las historias se repiten. “Yo he estado días trabajando y no he podido pararme ni un minuto, porque los tres pisos que me ponían eran

grandes y estaban separados, cada uno en una punta. Y he llegado a estar mal por no pararme a comer, me temblaba el cuerpo y me sentía fatal”.

No hay lugar para la queja. Lo que suelen escuchar es: “Esto es lo que hay, si no te gusta, hay otras esperando”. Muchas veces el trabajo está sometido a condiciones disciplinarias estrictas y abusivas. En ocasiones hay denuncias de situaciones de maltrato por parte de las responsables directas, gobernantas y supervisoras. [María](#), terminó por abandonar el sector. “Ahora no quiero más hoteles, por cómo nos trataban, por cómo nos hablaban. La gobernanta era asquerosa. ¡Madre mía! Es que es inhumano. Tienes que pasar por cosas que son inhumanas.”

Trabajar duele

La precariedad impacta en su salud. Una primera manifestación cotidiana es el cansancio y agotamiento permanente. “¿Cómo acabas al final del día? ¿Qué les dices a tus niños? Dame un vaso de agua para tomarme una aspirina, y a acostarte a la seis o las siete de la tarde, cuando llegues, para el otro día levantarte a las siete de la mañana, para volver otra vez, y así durante siete u ocho días seguidos”, relata Esperanza. La vivencia de Lucía es parecida: “No puedes hacer nada más que trabajar, cuando salgo el día de fiesta lo paso tumbada porque el cuerpo me lo pide, son niveles de cansancio muy extremos”.

Las rodilleras, las fajas, las muñequeras se convierten en parte del uniforme ya que muchas acaban desarrollando trastornos musculoesqueléticos. De forma recurrente, las trabajadoras señalan dolor en la nuca, espalda, hombros, lumbares y brazos, que ellas mismas asocian a los movimientos repetitivos, sumados a las posturas forzadas, que son muy difíciles de evitar a causa del ritmo de trabajo tan intenso y la presión a la que están sometidas. Muchas camareras de piso que llevan años trabajando en el sector han tenido que ser operadas a causa de hernias o de lesiones en el túnel carpiano. Esto le ha pasado a Carolina, una trabajadora de Sevilla: “Tengo ya 46 años y estoy con una lista de secuelas que me ha ido dejando el paso de los años en esta profesión, como una operación de hernia inguinal, el nervio del metacarpiano de la mano izquierda jodido, las cervicales mal, tomo Diazepam para los mareos y para relajarme por las noches y poder descansar, tengo las vértebras de media espalda con las almohadillas gastadas y artrosis en rodillas, codos, caderas y manos. Estoy tomando tratamiento contra esto desde hace ya seis años.”

Estas dolencias se agudizan a medida que pasan los años. Carmen, de Sevilla, explica que con la edad se hace progresivamente más difícil mantener la carga y ritmos de trabajo. “Van pasando los años y cada vez te va doliendo más el cuerpo, porque se te desgastan los huesos de tanto esfuerzo físico que sacas de tu cuerpo. Y van pasando los años y tú vas haciendo el trabajo cada vez más lenta porque ya no puedes más y cuando llegas a una cierta edad, tú dices, dentro de nada ya no me llaman, ya no me llaman porque antes hacía las habitaciones en media hora y ahora las hago en tres cuartos de hora.”

No son problemas de salud mental, es explotación

En este contexto, trabajar produce angustia porque, aunque se esfuercen, aunque quieran cumplir con las exigencias del trabajo, no pueden. “Siempre quieren más. Al colapso, llegas al colapso”. Yo cogí una baja, porque me daban ataques de ansiedad. Oye, que cojan a más personal, que cojan a más chicas, si ya no podemos tirar. En los hoteles es un colapso de faena y

de habitaciones. Les da igual que hagas jornada completa, que media jornada, que tienes que ir corriendo y volando. Yo tenía seis horas de trabajo y nunca hacía las seis horas, hacía más, me iba entre las cuatro y las cinco de la tarde. Dieciocho habitaciones en media jornada más las zonas comunes, es que no era posible. Una locura”, explica María.

Las Kellys explican cómo se combinan unas altas exigencias, que no tienen en cuenta las capacidades de cada trabajadora, con la falta de control sobre el trabajo, y la percepción de inseguridad en el empleo. Lejos de mejorar, la reactivación turística pospandemia ha generado una intensificación del trabajo motivada porque falta personal y porque se han aumentado las exigencias. El resultado es explosivo para la cabeza. “Ya no es sólo el trabajo, lo indignante que es, la constante frustración, como te pases a pensarlo: qué coño de vida es ésta”, dice Lucía. La mayoría de las trabajadoras de este colectivo sufren las consecuencias del estrés, y relatan historias de ansiedad e insomnio. “Yo acababa de los nervios. Destrozada. Lloraba por los rincones. Yo he llorado mucho, pero mucho, por las habitaciones. Vamos, muy mal. Y luego insomnio, depresión”, cuenta Ana María de Valencia. Esto ha dado lugar a que los trastornos psicológicos sean frecuentes, concretamente la ansiedad o la depresión. “A mí me cuesta muchísimo dormir. Y muchas veces sueño que no consigo acabar los pisos, que los dejo a la mitad y me cae una gran bronca, o sea que cuando duermo todavía tengo pesadillas”, explica Juliana.

La solución para seguir el ritmo: medicación crónica. Los bolsos están llenos de pastillas de todo tipo. Durante años dicen tomar analgésicos, antiinflamatorios, ansiolíticos y antidepresivos para aguantar los dolores, el cansancio y el estrés. A menudo se automedican. “Para el dolor tomo ibuprofeno o Voltarén, según como me encuentre. Y para dormir tomo Diazepam. Toda la gente que está trabajando en el hotel se medica continuamente. La mayoría toma ibuprofeno y hay mucha gente que toma también Diazepam, como yo, para poder dormir”, dice Míriam de Barcelona. A pesar de estas situaciones, a la mayoría no se les ocurre coger una baja porque saben que pueden despedirlas.

Estos últimos años, las luchas de las Kellys han ido adquiriendo visibilidad y una gran legitimidad, pero los resultados todavía no implican cambios radicales. “Está claro que #kellyshaciendohistoria pero no nos ha servido de nada, las compañeras siguen con más carga laboral de lo normal, siguen enfermas y sin bajas por enfermedad profesional, siguen sin una jubilación digna, sin derechos en la mayoría de los casos”, [decían Kellys Unión Málaga en un tuit](#)

[Fuente: [Ctxt](#)]

Antonio Antón

La comunidad y lo común

En esta ponencia explico cuatro aspectos encadenados: 1) El concepto de comunidad y el vínculo social de los individuos, con el doble sentido del proceso de individualización. 2) La interacción entre intereses y derechos individuales y colectivos, es decir, entre procesos de empoderamiento personal y relaciones comunitarias. 3) El carácter de la solidaridad (fraternidad y sororidad) y su relación con la igualdad y la libertad y cómo se configuran en el contrato social y la experiencia del feminismo. 4) Los sujetos y la democracia participativa, en particular el papel de los movimientos sociales y las identidades parciales y su relación con un sujeto global y el universalismo.

Como se puede ver son temas complejos y de fuerte debate en las ciencias sociales y la filosofía política, así como con importantes implicaciones sociopolíticas para la acción colectiva y la transformación social de carácter igualitario-emancipador-solidario. Será preciso detenerse en algunas clarificaciones del sentido de algunos conceptos básicos sometidos a polémica interpretativa. Parto del marco sociopolítico explicado en el libro [*Dinámicas transformadoras. Renovación de la izquierda y acción feminista, sociolaboral y ecopacifista.*](#)

El concepto de comunidad y el vínculo social de los individuos

Quizá los autores que más han desarrollado este concepto de comunidad con la diferenciación con el de sociedad y el papel del individuo hayan sido los dos sociólogos clásicos alemanes Max Weber y Ferdinand Tönnies. Señalan dos características básicas.

Por una parte, constituye una relación social de individuos que tienen unas tradiciones y cultura comunes, unos intereses similares y una dinámica vital con experiencias y proyectos compartidos. En ese sentido, comunidad es una relación sociohistórica y dinámica alejada, por un lado, del esencialismo y del determinismo económico, étnico o biológico, y por otro lado, de la simple interacción mercantil e instrumental. Existen distintas concepciones de 'pueblo soberano', 'comunidad nacional' y 'Estado y entidad política', complejizados con la construcción europea, junto con el sentido de pertenencia e identificación de individuos y grupos sociales a esos conglomerados sociales/comunitarios. Básicamente hay dos polos interconectados: el estatus (sociopolítico) de ciudadanía, y el sentido de pertenencia (relacional y cultural) a una colectividad.

Por otra parte, esos autores, al igual que la mayoría en las ciencias sociales, asocian esas relaciones comunitarias a las situaciones premodernas, de mayor densidad de los lazos comunitarios y menor desarrollo de las dinámicas individualizadoras que son, precisamente, las que configuran las modernas sociedades donde los vínculos sociales de los individuos serían más débiles e instrumentales (o racionales en función del interés propio). Es la interpretación liberal dominante.

En resumen, para las ciencias sociales convencionales la comunidad sería el pasado premoderno y la sociedad de individuos libres sería el presente y el futuro. En el centro de la polémica está la concepción del individuo y sus vínculos sociales, es decir, su carácter doble: individual y colectivo. Por tanto, hay una controversia por la relación entre la densidad de lo compartido o

bien común y la dimensión del beneficio propio compatible con el interés general como agregado de los intereses individuales. Se trata de explicar el proceso de individualización y la nueva rearticulación de los vínculos sociales y comunitarios.

Desde el Renacimiento y el desarrollo del humanismo y las guerras de religión, particularmente, en los siglos XVII y XVIII, se produjo una prolongada y fuerte pugna ética y cultural por la prevalencia del individuo frente a distintas comunidades premodernas del Antiguo Régimen, tanto las dirigentes (monarquía, aristocracia, clero...) cuanto las subalternas (costumbres populares, gremios, comunas rurales...). Se fue afianzando la hegemonía de la nueva clase social emergente (burguesa y colonial) por su dominio económico y después político, al mismo tiempo que cultural, a través de la representación universal de la humanidad.

Así, en el marco occidental, el individuo es la fuente de legitimidad como nuevo sujeto de la modernidad (y la posmodernidad). A través del beneficio propio (el egoísmo o el vicio) se conseguiría el interés general (la virtud o el crecimiento económico). Pero esa profunda transformación frente a las estructuras comunitarias de la vieja aristocracia, controladora de la vida social y representadas por la Monarquía absoluta y la Iglesia, en nombre de la libertad individual y del individuo libre de ataduras colectivas, también pretende llevarse por delante las costumbres populares en común y su experiencia sociohistórica y relacional. Por tanto, desde el punto de vista popular y de progreso, se produce una dinámica contradictoria.

La individualización tiene un doble sentido

El proceso de individualización tiene un carácter doble, como la propia modernidad. Por un lado, libera a las personas de las ataduras de las rigideces estamentales y las estructuras sociales y de poder premodernas, poniendo el énfasis en la igualdad y la libertad de los individuos. Por otro lado, tiende a destruir los vínculos sociales y comunitarios que reforzaban las experiencias y las costumbres comunes de las capas populares que se enfrentan a los nuevos poderes emergentes (económicos e institucionales) que constriñen las bases para su libertad y su igualdad reales.

Existe una relación dicotómica en varios campos: individualización / vínculos sociales; libertades individuales / derechos sociales; identidades personales / identidades colectivas; beneficio privado / bien común. Son constitutivas de la modernidad (y la posmodernidad). Su interacción y su combinación explican sus diferentes fases y tendencias sociopolíticas y culturales. Es, pues, un tema recurrente en la teoría social que, últimamente, ha adquirido mayor relevancia pública por la emergencia de dinámicas populares de indignación cívica.

La experiencia y el significado de lo común, al igual que la individualización, tampoco son unívocas. La solución no está en la premodernidad comunal; tampoco en una posmodernidad con acentuación del individualismo. *La interacción y el reequilibrio de los dos componentes, individual y colectivo, es imprescindible para una nueva modernidad más equilibrada y justa.*

Se trata de respetar al individuo, al ser humano con sus derechos, y combinarlo con el bien común, ambos siempre en disputa por su sentido, su representación y su equilibrio. Pero ello supone volver a los fundamentos de la sociabilidad (u orden social), es decir, a valorar el carácter doble del individuo en su componente individual y su carácter social, de vínculo colectivo y pertenencia a unas redes sociales. Es un proceso que no es natural sino construido de forma sociocultural, estructural e histórica en el que importa la agencia humana y la subjetividad, empezando por la propia ética progresiva y los valores de libertad, igualdad y solidaridad.

No entro a valorar los matices distintivos de las diversas corrientes teóricas y filosóficas, unas más tendentes a destacar el componente colectivo (marxismo, comunitarismo, populismo, conservadurismo...) y otras el componente individual (liberalismo...) pasando por tendencias intermedias (republicanismo cívico, contractualismo...) o ciertas interpretaciones mixtas de las anteriores. Solo hay que destacar el desarrollo en los últimos tiempos de posiciones populistas reaccionarias justificadas en ideas absolutas y homogéneas de la nación o el pueblo, asociadas a un neoliberalismo extremo y una articulación política autoritaria, como instrumentalización de nuevas/viejas élites para su supremacía política y sociocultural.

En conclusión, hay una insuficiencia del sentido de la polarización individuo/comunidad y el carácter de cada polo. Ambos pueden ser progresivos o regresivos, complementarios o antagónicos. Y hay que valorarlos según su función ética-política en cada contexto, dentro de la ambivalencia moral del ser humano. El criterio sustantivo para enjuiciarlos debe basarse en los derechos humanos, los valores democráticos y de justicia social, no solo como ética trascendental (kantiana) sino insertos en la práctica social y las relaciones sociopolíticas y económicas.

Por tanto, hay que superar la unilateralidad de las versiones colectivistas totalizadoras con subordinación y sometimiento de los individuos concretos y sus derechos, así como de las versiones individualistas radicales que desprecian los compromisos colectivos y el contrato social de cooperación y reciprocidad. No se trata de una opción intermedia, sino superadora de ambas dinámicas parciales, con un enfoque multilateral, realista y sociohistórico aquí defendido. Se trata de combinar y articular un equilibrio entre esos dos polos que están en la base del propio individuo y el orden social: su componente estrictamente individual, sus derechos y libertades personales, y sus vínculos sociales o pertenencias colectivas, con sus obligaciones y derechos públicos.

La interacción entre intereses y derechos individuales y colectivos

En el desarrollo del capitalismo se encadenan tres procesos: individualización, fuerza de trabajo (libre e igual en lo formal) y economía de mercado como nueva relación de dominación de las nuevas élites (burguesas). Es en ese marco en el que autores como el sociólogo Andrés Bilbao explican la justificación liberal de la relación del nuevo individuo como fundamento de la sociabilidad, entendida como nuevo orden social... capitalista. Siguiendo a Karl Polanyi, supone una profunda crítica a los fundamentos individualistas del liberalismo que apunta a generar otras bases de la sociabilidad, que no pueden ser las de la sociedad tradicional desigualitaria y dominadora de las viejas élites premodernas y conservadoras que pretendían representar su particular bien común estamental o corporativo.

La alternativa liberal dominante es partir del interés individual (el egoísmo) como elemento base del que se formaría el interés general. Es ahí cuando aparece la diversidad de justificaciones sobre si es suficiente esa espontaneidad regida por las leyes del mercado sin intervención estatal (Smith, Mandeville), o es insuficiente para garantizar la sociabilidad y es preciso la articulación externa al individuo y a la economía por parte del Estado (el Leviatán de Hobbes), ya sea en la versión autoritaria o en la democrática. Por otra parte, también existen formulaciones intermedias de una ética pública que defina valores y derechos humanos (Kant).

Pero el núcleo duro del individuo, como base del orden social, se mantiene como fuente de legitimidad, junto con el apoyo de las instituciones públicas, más o menos subsidiarias. Se combina la cultura individualista liberal, con una amalgama de estructuras sociales e intereses y valores globales, constituyéndose la dominante tendencia liberal-conservadora.

Por tanto, existe una tensión, sin descartar la complementariedad, entre intereses y derechos individuales y colectivos; entre empoderamiento personal y relaciones comunitarias. A veces lleva a fuertes dilemas morales y de justicia en la relación entre el bien (común o la decisión de la mayoría democrática) y el mal (definido por los poderosos o estructuras dominantes minoritarias) siempre justificado por un supuesto bien más general (del Estado, la Patria, la Humanidad... o Dios).

Los dilemas morales se complican cuando la elección no puede ser entre el bien o el mal (aceptados democráticamente) sino como nos enseñaron ya desde la tragedia griega la elección solo es posible entre dos males. Y el sentido trágico consiste en escoger el mal menor a sabiendas de que causa también sufrimiento o negativas consecuencias materiales y morales aunque menos que la otra opción, el mal mayor.

No obstante, para evitar la mera resignación o el simple posibilismo adaptativo y sabiendo que siempre es una opción mala o con componentes problemáticos, es imprescindible un esfuerzo práctico, moral y estratégico, para construir el bien y superar ese mal, aunque sea relativo. Es decir, en sentido realista, tener capacidad para soportar el mal, a corto plazo, pero sin legitimar la situación y el equilibrio de fuerzas causante y, al mismo tiempo, poner las bases sociopolíticas y culturales para su superación a medio plazo.

En esta sociedad hedonista y con la búsqueda legítima de la felicidad en todo momento y circunstancias nos enfrentamos a profundos procesos de involución social y democrática con amplio sufrimiento y malestar popular. Las dinámicas transformadoras conllevan conflictos morales, particularmente entre el interés individual inmediato y el colectivo, entre los objetivos particulares y los generales como los compromisos sociales y comunitarios. La realidad sociohistórica, las relaciones familiares, interpersonales e internacionales, así como la descripción literaria y cinematográfica abundan en ejemplos de esos conflictos morales, irresolubles por la simple regla democrática de mayorías y minorías, ni por la prioridad absoluta y rígida de lo individual o de lo colectivo.

En definitiva, la democracia es un marco institucional de diálogo, deliberación y decisión del pueblo soberano, articulado en mayorías y minorías, con procedimientos regulados y, en su caso, de consensos amplios o mayorías reforzadas, con tolerancia, respeto, reconocimiento y convivencia para individuos y minorías, bajo el doble criterio ético del bien común y el bien de los

individuos.

La solidaridad y su relación con la igualdad y la libertad.

Los tres valores relacionales, *solidaridad (fraternidad y sororidad)*, *igualdad y libertad* (más la democracia y la laicidad) están interrelacionados y deben contemplarse en su interacción en su conjunto. Desde ese punto de vista conviene diferenciar los tres tipos de justicia: igualdad de trato (sin discriminación), según méritos (equidad), según necesidad. No los detallo, lo he desarrollado en otro texto: [*Igualdad y libertad: fundamentos de la justicia social.*](#)

La solidaridad, como valor individual y comunitario fundamental, hay que diferenciarla en un doble plano. Por una parte, la solidaridad institucionalizada, el Estado de bienestar, y el contrato social (y laboral). Por otra parte, la solidaridad comunitaria, el apoyo mutuo y la reciprocidad (y el afecto) en las relaciones interpersonales y familiares, el asociacionismo cívico y el cooperativismo. Ambos suponen una experiencia solidaria, de superación del simple criterio del beneficio propio como guía del comportamiento humano. Tienen, pues, un componente educativo y ético, además de un criterio de compensación y reciprocidad y unos efectos redistributivos e igualitarios y, por tanto, de garantía de la libertad individual y colectiva para decidir sobre el propio destino y el de la colectividad.

En particular, el feminismo ha sido y es un profundo proceso igualitario-emancipador-solidario, tal como he señalado en el libro "[*Identidades feministas y teoría crítica*](#)". Se ha enfrentado al reparto desigual de papeles sociales en la reproducción y los cuidados, y frente a la discriminación femenina. Ha desarrollado múltiples experiencias solidarias y liberadoras, con un nuevo modelo de familia y de relaciones sexuales e interpersonales más justo y equilibrado, superadoras del sometimiento a esa estructura familiar tradicional y patriarcal ('comunitaria' pero regresiva) y a las desventajas desigualdad de género con el dominio y las ventajas de los varones. La división por sexo/género es funcional para el orden institucionalizado desigual que ampara el poder establecido. Aquí, solo destaco que el empoderamiento individual y la liberación personal junto con la solidaridad y la igualdad han constituido las bases de un feminismo crítico y transformador, inserto en las propias trayectorias vitales y la interacción de lo personal y lo público. Constituye una experiencia más profunda y multidimensional que otros movimientos y trayectorias sociales en esta temática que nos ocupa.

Sujetos y democracia participativa

Sujeto colectivo es un concepto relacional y sociohistórico. Está asociado a una identidad colectiva, una experiencia y unos vínculos entre sí con una realidad similar, unos rasgos socioculturales comunes, incluido un relato interpretativo, y un proyecto transformador compartido. Es un paso más profundo y duradero que el simple actor o agente social.

La democracia y los derechos humanos constituyen un universalismo moral y democrático antiautoritario de los pueblos (y élites) vencedores en la Segunda Guerra Mundial, base constitutiva de la ONU. La democracia como soberanía popular, con esa base ética, entra en conflicto con las clases dominantes, en particular con las tendencias reaccionarias y neoliberales, que intentan legitimarse como representación del interés general, nacional o de la humanidad.

No obstante, es preciso el realismo para valorar la existencia de fuertes fracturas sociales: El

conflicto de clases, la diversidad étnicocultural y de sexo-género. En ese sentido, es fundamental, desde una perspectiva de progreso, la participación cívica y el pluralismo político.

En el plano sociocultural hay una tensión entre, por un lado, el identitarismo parcial y el relativismo cultural y, por otro lado, la conformación de un sujeto global (diverso y plural, con identidades mestizas, múltiples e integradoras), basado en un universalismo moderado. Y ambos niveles, grupal y general, aparte de poder ser ambivalentes, progresistas o regresivos, abiertos o rígidos, interactúan con los individuos concretos y sus derechos personales y colectivos.

En definitiva, los riesgos para la democratización son las tendencias hacia la hegemonía y el autoritarismo de los poderes fácticos desligados de la voluntad popular. Pretenden la representación hegemónica del interés general, como primacía del poder establecido y la jerarquización de intereses e identidades particulares de la minoría dominante. Con ello se produce el debilitamiento de la democracia sustantiva y procedimental. Persiguen el consenso u homogeneidad sociocultural y la legitimación política de las élites dominantes con el riesgo del autoritarismo y el cierre de la democracia. La alternativa es una democracia social avanzada, basada en los grandes valores de igualdad, libertad y solidaridad y en un equilibrio variado según los contextos entre los intereses y derechos individuales y los colectivos, entre empoderamiento personal, sociabilidad democrática y desarrollo comunitario.

[Fuente: [Rebelión](#). Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid (diciembre de 2022)]

Dolores Medina Foussadier

La renta básica universal ante los programas de rentas mínimas

El conocimiento sobre la renta básica universal (RBU) se ha extendido muchísimo y llega ya a muchos ámbitos y sectores de la sociedad: el secretario general de la ONU, António Guterres, el papa Francisco o el *Financial Times* se han referido a ella como una medida a tener en cuenta, y en los últimos dos o tres años se han firmado numerosos manifiestos a favor de una RBU. Para quien oye hablar de ella por primera vez, la RBU es una asignación monetaria individual, incondicional, universal, suficiente y regular. Se otorgaría a la persona independientemente de su unidad de convivencia, no haría falta cumplir ninguna contraprestación para recibirla y tampoco está orientada a ningún grupo concreto de la población, es decir, todo el mundo la recibiría. Es básica porque su cuantía ha de ser suficiente para cubrir las necesidades materiales consideradas elementales y es regular porque el pago se haría periódicamente, y no de en una sola vez.

Hace 20 años casi nadie conocía o hablaba de la RBU excepto algunos académicos e investigadores sociales en las universidades. En aquella época yo era estudiante en la Facultad de Sociología de la Universidad de Barcelona (UB). Recuerdo con mucha emoción aquellos años, cuando el profesor y presidente de la Red Renta Básica en Catalunya Daniel Raventós nos presentaba la RBU como una propuesta de política social transformadora y emancipadora, basada en el derecho a la existencia.

Los errores de concepción de las prestaciones asistenciales

La lógica de los programas de rentas mínimas es la de dibujar una línea divisoria entre personas merecedoras y no merecedoras, entre pobres y no pobres, con la finalidad de otorgar unos recursos, de forma temporal, destinados a cubrir la ausencia o insuficiencia de ingresos. De forma temporal, porque se espera que la persona sea capaz de, a partir de la ayuda proporcionada, obtener rentas a través del trabajo asalariado. Aparte de la estigmatización que comporta distinguir entre pobres y no pobres, el problema principal de este tipo de programas no es de gestión, sino de concepción, como bien expuso Daniel Raventós en su comparecencia en el Parlament de Catalunya para tratar la propuesta de modificación legislativa de la renta garantizada de ciudadanía (RGC).

La política de garantía de ingresos se ha orientado hacia la individualización del problema de la pobreza. Existe un discurso dominante que tiende a pensar que la pobreza es un asunto individual, y se responsabiliza a la persona pobre de encontrarse en esta situación: “lo es porque no quiere trabajar, porque es perezosa y no se esfuerza lo suficiente en encontrar un trabajo.” La creencia que sólo por uno mismo se conseguirá salir de la situación de precariedad económica ha llevado a desarrollar programas de garantías de ingresos basados en los principios de activación de la fuerza de trabajo y en la condicionalidad de las prestaciones asistenciales. Pero los estudios realizados demuestran que este tipo de prestaciones focalizadas y condicionadas no acaban de conseguir el objetivo para el que fueron diseñadas. La precariedad e inseguridad económica son problemas estructurales: según el Institut d'Estadística de Catalunya (Idescat), en 2021 la tasa de

riesgo de pobreza en España era del 27,8% y del 25,9% en Catalunya. Un porcentaje que, en los últimos años, se mantiene alrededor del 23-26%. Y después de transferencias sociales aún se muestra constante, alrededor del 20%.

Estos programas comportan todo un conjunto de errores de diseño: 1) Insuficiente cobertura: un porcentaje muy pequeño de la población teóricamente destinataria termina recibéndolas y las cuantías otorgadas se sitúan por debajo del umbral de la pobreza; 2) No solicitudes: un alto porcentaje de personas que sí cumplirían con los requisitos no las solicitan; 3) Los “falsos positivos” y “falsos negativos”: el primero implica una mayor carga y coste administrativo al tener que centrar los esfuerzos en evitar que ninguna persona que no lo merezca o lo necesite reciba la ayuda, mientras que el segundo supone la exclusión de personas que por definición tendrían que recibir la ayuda y no superan la compleja prueba de requisitos; 4) La “trampa de la pobreza”: los programas de rentas mínimas son incompatibles con un trabajo remunerado, recibir este tipo de ayuda representa, pues, un desincentivo al trabajo remunerado y hace que la persona quede atrapada en la situación de pobreza por el riesgo que supone perder la prestación. Ante un trabajo precario, temporal y mal pagado, prefiere no moverse y no cambiar su situación por el riesgo que supone perder un ingreso que se percibe como seguro y estable.

El laberinto burocrático

Recuerdo la primera persona que acompañé durante todo el proceso de solicitud de una ayuda económica. Era un señor de 63 años, trabajador del campo, sin estudios. En la última empresa en la que trabajó de temporero le hicieron firmar la finalización voluntaria de contrato cuando en realidad lo estaban despidiendo. Sobrevivía de los préstamos de algunos amigos. Constaba empadronado en casa de un hermano muerto el año anterior, cuando en realidad realquilaba habitaciones, que no podía pagar. Entre la solicitud inicial y la concesión de la ayuda pasó un año. Un año intentando demostrar, entre recursos y nuevas solicitudes, su situación de precariedad.

Otro caso fue el de una mujer sola con tres hijos menores de edad, víctima de violencia de género. Se encontraba desorientada y angustiada porque en cada organismo gestor de ayudas al que había ido a informarse la acababan derivando a otro diferente y la información que recibía era incomprensible para ella en algunos casos y, en otros, contradictoria. La fragmentación del sistema de prestaciones lleva a que una persona deba recorrer los diferentes órganos gestores de prestaciones que existen en Catalunya explicando su situación una vez y otra en todos y cada uno de ellos para conocer cuál (o cuáles) de las ayudas económicas puede tener derecho a solicitar en su caso. Cada prestación tiene sus propios requisitos, siguiendo una lógica administrativa que estructura el orden por el cual han de pedirse. Un entramado administrativamente complejo que confunde a la ciudadanía, incrementando los estados previos de incertidumbre, inseguridad y frustración que ya sufre la persona por su situación de riesgo. Pasado un tiempo, la mujer acudía a la oficina para consultar cómo afectaría a su prestación aceptar una oferta de empleo: temporal, de bajo salario y con un horario poco compatible con la conciliación familiar de una mujer sola con tres hijos menores de edad. El resultado del cálculo era obvio: “mejor me quedo como estoy”. La “trampa de la pobreza” se hacía evidente.

Éstos son dos casos de los muchos que se dan cada día que evidencian la fragilidad de un sistema que, a pesar de la cantidad de ayudas económicas que existen, se muestra incapaz de

dar respuesta a una problemática social que va más allá de la propia responsabilidad individual y que vulnera el derecho a la vida, la libertad y la seguridad personal.

La universalización de un ingreso individual, incondicional, regular y suficiente como la RBU permitiría que las personas no tuviésemos que suplicar para tener un trabajo, unas condiciones laborales dignas o recibir asistencia social una vez se cae en una situación de precariedad sin tener que estar expuestas a la fiscalización y las buenas intenciones de aquellos a quienes acabamos pidiendo ayuda, ya sean personas o instituciones. En definitiva, que ninguna persona viese perturbada sus elecciones arbitrariamente y sufriese la incertidumbre, la ansiedad o la incapacidad de planificar la propia vida.

En Catalunya en los últimos veinte años se ha andado mucho camino por lo que respecta a la RBU como una medida posible de implementar. Tanto es así que hoy se está trabajando en el diseño de un plan piloto para implementar la renta básica universal desde el propio Govern de Catalunya.

[Fuente: elDiario.es]

Boaventura de Sousa Santos

Las razones y las emociones del futuro de hoy

Nunca vivimos realmente en el futuro (ni en el pasado). Por otro lado, lo que llamamos presente es solo el momento que conecta el recuerdo reconfortante o inquietante de lo que fuimos y la anticipación, auspiciosa o fatídica, de lo que seremos. Los finales de año se prestan a que este momento, que siempre está presente, se manifieste en forma de interpelación. En esto consisten los balances y los planes. Esta enigmática dinámica temporal, centrada en lo que ya no vivimos y lo que nunca viviremos, ocurre tanto a escala individual como a escala social. Mi enfoque está en lo social, pero el análisis es válido, con adaptaciones, en todos los niveles de la vida humana.

La memoria y la anticipación no son cosas distintas. Son diferentes formas de evaluar la condición existencial en función del miedo y la esperanza que despiertan. Cuatro combinaciones son posibles: la memoria inquietante y la anticipación fatídica son el espejo del miedo sin esperanza; la memoria reconfortante y la anticipación auspiciosa son el espejo de la esperanza sin miedo; la memoria reconfortante y la anticipación fatídica son el espejo de la pérdida y de los límites impuestos por determinaciones, imposiciones o fatalidades; la memoria inquietante y la anticipación auspiciosa son el espejo de la resistencia y de las posibilidades, de la desestabilización de los límites, de la resistencia a las imposiciones y de la falibilidad de los determinismos. Este es el momento en que cada individuo, grupo social o sociedad trata de definir su condición existencial. Es a su luz que se afirman los propósitos y se toman decisiones. En los tiempos de globalización fracturada y que fractura en los que vivimos, otros dos niveles de evaluación condicionan todos los niveles anteriores. Me refiero a los niveles mundial y planetario.

Este año, los europeos en general parecen condenados a combinar la memoria inquietante con una anticipación fatídica, lo que debería generar mucho miedo y muy poca esperanza. Esta es la combinación ideal para desalentar el activismo ciudadano y alimentar la extrema derecha. Para justificar esta afirmación es necesario combinar las razones y las emociones. Esta combinación ha sido ajena a todo el pensamiento político y económico liberal que domina en los países occidentales. Para esta línea de pensamiento, el comportamiento humano se basa en decisiones humanas racionales y en los cálculos que fluyen de ellas. Las razones y los cálculos son estables y pueden medirse o evaluarse racionalmente. La idea de que puede haber decisiones políticas y cálculos irracionales siempre ha sido relegada al campo de las patologías. Rara vez se tiene en cuenta que Tucídides, el gran historiador de la guerra del Peloponeso, consideraba que “los hombres están motivados por el honor, la avaricia y, sobre todo, por el miedo”. O se reconoce que uno de los fundadores del pensamiento liberal, Thomas Hobbes, consideraba que las pasiones y las emociones son naturales e ineludibles, desde la compasión, el deseo y el honor hasta el desprecio, la envidia y la tristeza. Según Hobbes, las pasiones descontroladas convierten a los seres humanos en inseguros y traicioneros. Clausewitz, por su parte, argumentó que la guerra, como fenómeno total, era una mezcla de razones, suerte, probabilidades y fuerzas ciegas, como la violencia, el odio y la enemistad. Más recientemente se ha considerado que las ansiedades individuales están en la raíz del nacionalismo y que esto no se explica sin la propagación de sentimientos de odio (contra otros, denominados enemigos) y amor (hacia aquellos que consideramos que son los nuestros).

Las razones. Se conocen las razones del exceso de miedo a expensas de la esperanza por parte de los europeos. Es el continente que, a pesar de las asimetrías internas, ha brindado más bienestar a más personas durante los últimos setenta años. Tal distribución fue designada políticamente como socialdemocracia y su reflejo social fueron las amplias clases medias. Muchos países del sur y del este de Europa habían vivido más tiempo bajo la dictadura que bajo la democracia, pero el final de la guerra, el fin de las dictaduras del sur de Europa en los años 70 y la caída del Muro de Berlín a finales de los 80 hicieron creer que la democracia estaba plenamente consolidada y duraría para siempre. El mito de la convergencia progresiva entre los niveles de desarrollo fomentados por la Unión Europea ha fomentado esta creencia. El hecho de que Portugal, por ejemplo, dejara de converger hace más de veinte años no afectó en modo alguno al sentido común de que la convergencia era el destino. Todo esto se ha racionalizado como resultado de la superioridad de los europeos sobre otros países, muchos de ellos antiguas colonias europeas.

Resulta que todo esto solo fue posible porque Estados Unidos lo hizo posible en su calidad de superpotencia, emergiendo de la Segunda Guerra Mundial como el país más poderoso del mundo. Fue por iniciativa de Estados Unidos que la inmensa deuda externa acumulada por Alemania en dos guerras perdidas se condonó en buena medida. Fue Estados Unidos quien permitió a los países europeos no gastar sus presupuestos en gastos improductivos y potencialmente destructivos, como armamentos militares. Organizaron la OTAN, el simulacro colectivo del poderío militar estadounidense. Todo fue bien hasta que las condiciones de acumulación de capital a escala mundial hicieron ver a EE. UU. que Europa se estaba desarrollando a un ritmo “excesivo”, especialmente Alemania, que, sobre todo tras la caída del Muro de Berlín, se estaba expandiendo hacia el este, creando fuertes lazos económicos y políticos con la rival Rusia (hasta el punto de que un ex primer ministro se convirtió en consejero delegado de una empresa rusa, Gazprom) y abriendo los brazos a China, más allá de lo que permitía la geopolítica estadounidense. La política estadounidense de contención a Europa comenzó ya a mediados de la década de 1980 con el Consenso de Washington y la consagración global del neoliberalismo que legitimó el capitalismo liberal estadounidense como el único viable. El Consenso de Washington fue una espada apuntando al corazón de Europa.

De repente, la socialdemocracia era insostenible y se decía que la economía europea era poco dinámica, no tanto por la primera crisis del petróleo una década antes, sino sobre todo porque las democracias europeas estaban especialmente cargadas con un exceso de derechos sociales y de bienestar para amplios sectores de la población. Fue así como se construyó la crisis de la socialdemocracia. Y, como siempre, las presiones externas nunca operan sin contrapartes internas. El primero fue Tony Blair y la tercera vía (siempre Inglaterra incapaz de dejar de ser un imperio). Luego fue la Unión Europea y, concretamente, la Comisión Europea. Como los países europeos individuales tenían un comportamiento diversificado y, a veces, “irrazonable”, la Comisión se convirtió en el objetivo principal de la restricción. En términos proporcionales, el número de grupos de presión de empresas estadounidenses en Bruselas es comparable al que tienen en el Congreso, en Washington. Los menos distraídos habrán notado el entusiasmo de Durão Barroso por la invasión ilegal de Irak, cuando muchos países europeos se habían expresado en contra. Y también habrán notado que, ya en la época de Barack Obama, el único gobernante europeo cuyo teléfono fue espiado por Estados Unidos con fines de competencia industrial fue Angela Merkel, la primera ministra de la principal economía de la UE. Y también

habrán notado que la OTAN, aunque su nombre indica que pretende defender exclusivamente el Atlántico Norte, se ha puesto al servicio de los designios estadounidenses en Libia, Afganistán, Siria y mañana ciertamente en el mar de la China Meridional.

Ha quedado claro que en la política internacional nadie regala nada. Pero la segunda parte del precio a pagar aún estaba por venir. El pretexto fue la guerra de Ucrania. Un acto ilegal, apresurado y condenable de Vladímir Putin fue utilizado por Estados Unidos para poner finalmente a Europa en orden, tanto política como económicamente. No solo por eso, obviamente. También para contener a China, neutralizando a su aliado más importante y, si es posible, cerrar el camino de acceso de China a Europa a través de Eurasia. Pero los europeos y especialmente el martirizado pueblo ucraniano son, por ahora, los grandes perdedores de una guerra que podría haberse evitado y que, después de la eclosión, habría terminado fácilmente y sin un gran sufrimiento humano. Sin sus propias armas disuasorias ni sus recursos naturales, Europa estará siempre a merced de Estados Unidos. Primero, la guerra fue económica, luego militar y geoestratégica. En sus relaciones con EE. UU., la Europa que saldrá de la guerra de Ucrania será un “estado asociado” de EE. UU., es decir, un enorme Puerto Rico.

Los más distraídos seguirán sorprendidos por la dedicación patriótica de la señora Ursula von der Leyen a los intereses geopolíticos de Estados Unidos, aunque es obvio que el empobrecimiento de Europa y el enriquecimiento de Estados Unidos, por todas las razones y especialmente por el armamento pesado que venden a Europa y que Europa tendrá que pagar algún día, una enorme deuda que los ciudadanos tendrán que pagar, aunque no se les haya escuchado para aprobarla. La democracia europea ha trabajado para imponer hechos consumados a ciudadanos incautos e impotentes, víctimas de la mala costumbre de confiar en que en Bruselas alguien vela y cuida por el bienestar de todos. Como Europa es un jardín, no hace falta democracia para ocuparse de ella; basta con que sirva de lección y modelo para los pueblos que viven en la selva. A esos sí, es necesario imponerles la democracia para que se conviertan también en jardines por donde los europeos puedan pasear.

En definitiva, las razones del exceso de miedo y de la falta de esperanza radican en que no se ve el final de la guerra y no se sabe hasta dónde llegará el empobrecimiento resultante de sus consecuencias.

Las emociones. La psicología social estudia desde hace tiempo las emociones que condicionan la participación política. La gran mayoría de los estudios, en la tradición de la ciencia positivista, se preocupan poco por saber al servicio de qué fuerzas políticas pueden las emociones ser movilizadas, pero los resultados que nos proporcionan siguen siendo útiles. ¿Cómo se pueden utilizar las emociones de los europeos cuando las consecuencias de la catástrofe ucraniana agravada por la catástrofe ambiental y la crisis de los servicios de salud pública en el período de pandemia intermitente en el que estamos entrando se hacen más evidentes y visibles en los presupuestos y la calidad de vida de las familias? Dado que el sistema democrático será tan culpable de sus decisiones como de su omisión al no decidir, es natural que las emociones se centren en la idea de antisistema. Como en un sistema democrático las fuerzas políticas más visibles están integradas en el sistema, clamar por lo antisistema es una demagogia que pretende encubrir el objetivo real: la lucha contra la democracia y el deseo de autocracia, o incluso del fascismo.

Obviamente, la abrumadora mayoría de los que se unen a esta protesta y votan por los partidos fascistas no son autócratas ni fascistas. Son solo personas empobrecidas y defraudadas por la democracia, y que no ven otra alternativa. Pero los fascistas saben que necesitan esta masa de votantes. Después de todo, en última instancia, siempre es el pueblo el que oprime al pueblo. En la Alemania nazi era gente común que iba a denunciar a las SS que “mi vecino es judío”. Pero para esto, ¿qué emociones hay que movilizar? Los psicólogos sociales han estudiado con especial atención la ira/rabia, la ansiedad, el miedo y el entusiasmo. Los estudios demuestran que la ira o el odio son las emociones que desencadenan más intensamente la disposición activa (votar, por ejemplo) porque son las que definen más claramente al enemigo que necesita ser derrotado. También señalan que esta participación tiene un perfil muy específico. Aquel que no acepta información fiable que contradiga las razones de la ira o el odio. Por tanto, tiende a ser una participación irracional, en el sentido de que se basa en una realidad paralela que nada tiene que ver con la realidad real y con la que no se deja confrontar. Cualquiera que esté observando el discurso de la extrema derecha en Europa, ya sea Santiago Abascal en España o André Ventura en Portugal, podrá observar el proceso gradual de creación de realidades paralelas a través de la movilización de la ira y el odio. El triunfo de esta realidad significa el fin de la democracia.

[Fuente: [Público](#). Traducción de Bryan Vargas Reyes]

Manuel Rivas

El silencio bruto, la guerra «civilizada»

Frente a los que atizan la guerra, no puede extinguirse el periodismo como espacio de los porqués.

* * *

Nací de la mirada de los muertos / envuelto en gas mostaza / y amamantado en una trinchera. Es un fragmento de *Autorretrato 1914-1918* de John Berger, una estrofa que constituye el centro radical de este poema que es, a la vez, el más imprevisible y certero “parte de guerra”. Una información básica que no figura en los tratados históricos: la Gran Guerra no comenzó ni terminó cuando dicen.

— 0 —

Ernst Toller, autor de *Una juventud en Alemania*, vivió los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial con el fervor nacionalista y el entusiasmo de muchos jóvenes, no solamente alemanes. Las filas de voluntarios eran interminables en otros países europeos, como Francia o Reino Unido. Había que ir rápido, sin demora: “Cuando lleguemos a la línea del frente, ya no hay guerra”. Iban alegremente cara al infierno y la masacre. En el laberinto ciego de las trincheras enlameadas, mezcla de niebla tóxica y costra de mierda y sangre, inmovilizados por un horizonte de alambradas, la producción industrial de las espinas de Cristo, Toller nos describe también el corazón central de la historia: “Una noche comenzamos a oír alaridos como los de un hombre que sufre dolores espantosos. Luego se hace el silencio. Le pegarían un tiro mortal. Al cabo de una hora vuelve el alarido y ahora ya no cesa. Ni esta noche ni la siguiente. Es un lamento desnudo, sin palabras. No sabemos si lo exhala la garganta de un alemán o de un francés. El grito vive para sí, acusa a la tierra y al cielo. Nos tapamos los oídos con los puños para no oír los lamentos, pero de nada nos sirve: el alarido gira como un trompo en torno a nuestras cabezas, alarga los minutos hasta convertirlos en horas, y a estas en años”.

— 0 —

Muchos intelectuales azuzaron y azuzan las guerras. En Alemania, en esa Primera Guerra Mundial, fue célebre el llamado Manifiesto de los Noventa y Tres: “Creed que llevaremos esta guerra hasta el final como una nación civilizada”. Un texto que se hizo público después de la quema de la biblioteca de Lovaina, que ocurrió en la noche del 25 de agosto de 1914. Reconstruida, la biblioteca de Lovaina volvería a ser quemada por los nazis en la noche del 16 de mayo de 1940.

— 0 —

En *LTI. La lengua del Tercer Reich*, el filólogo Víctor Klemperer relató de manera minuciosa, como un entomólogo, la vida de las palabras, el proceso de intoxicación y apropiación del lenguaje, y cómo se fue pavimentando así el camino hacia la indiferencia y el odio. Como cada día se le administraba una gota de arsénico a las palabras. Vencido Hitler, el filólogo judío

superviviente entabló conversación en un tren con una mujer que había estado en la cárcel durante el régimen nazi. Era una persona no señalada de antemano, una alemana “aria”, pero que había ejercido con valor esa última facultad de no dar consentimiento a la injusticia.

—Pero ¿por qué estuvo en la cárcel? —preguntó el filólogo.

Y ella respondió: “Por un puñado de palabras”. En la obra de Klemperer todo es interesante, aprovechable, pero ahora no se me va de la cabeza esa imagen del “puñado de palabras” que llevó al presidio a aquella mujer anónima. No puedo dejar de ver ese puñado en el sentido literal, una mano llena de palabras inquietas como libélulas, catarinas, ciempiés, grillos, hormigas, escarabajos, luciérnagas, abejas y falenas.

En *Si esto es un hombre*, Primo Levi cuenta como en un campo de exterminio, al volver de una jornada de trabajos forzados, un preso esquelético, que camina arrastrándose, acaba derrumbándose en la noche sobre la nieve. Un guardián, joven y corpulento, lo patea en el suelo. Aunque sabe que se juega la vida, Levi no puede resistirse e interpela al matón:

“—*Warum?* —pregunté en mi pobre alemán.

—*Hier ist kein warum* (“Aquí no hay ningún porqué”) me contestó, echándome dentro de un empujón”.

El lugar donde no existen los porqués. Eso es el infierno.

— 0 —

¿No oís el alarido? ¿Estamos a punto de que estalle la Tercera Guerra o estaremos ya en ella, bajo sordina, en un maldito simulacro “civilizado”? A Ilya Yashin, disidente ruso, lo acaban de condenar a ocho años y medio de prisión en Moscú por interpelar a Putin para que ponga fin a esta locura. Pablo González, periodista español, lleva ocho meses en una mazmorra en Polonia, acusado de espía ruso, sin que se respete su presunción de inocencia. Frente a los que atizan la guerra, no puede extinguirse el periodismo como espacio de los porqués. Ni renunciar, cada día, cada uno, a un buen puñado de palabras.

[Fuente: [Ctxt](#). Este artículo se publicó en gallego en la edición impresa de la revista [Luzes](#)]

José Antonio Sánchez Román

Los museos y nuestro pasado colonial

Los defensores del statu quo museístico tiran de simplificaciones y mitologías para oponerse a cualquier revisión o discusión sobre las colecciones de arte y su posible origen en algún proceso de expolio.

* * *

Supongo que los defensores de la preservación del *statu quo* en los museos, es decir, de que no se discuta o revisen las colecciones teniendo en cuenta su origen en algún proceso de expolio colonial podrán ofrecer argumentos de tipo museístico, filosóficos o de otra clase que justifiquen su postura. Pero si pretenden convencer a los que en principio somos partidarios de la revisión en los museos deberán aportar argumentos más sofisticados que la serie de simplificaciones y mitologías que el profesor Manuel Lucena despliega en su artículo “La descolonización no puede ser, y además es imposible” (ABC, 13-11-2022).

La primera idea del artículo es que no se pueden descolonizar los museos porque España nunca tuvo colonias, sino “reinos, provincias, y señoríos”. Aquí se cae en un nominalismo absurdo. En muchas sociedades y durante mucho tiempo no existió la palabra esclavo. Sin embargo, esto no significa que no existiera la esclavitud. Igualmente, otros imperios europeos, incluido el británico, no siempre usaron la palabra colonia para definir sus posesiones, y parece que esos casos según el autor del artículo sí que eran efectivamente colonialistas. (Por cierto, que la India fue gobernada a partir de un determinado momento por un Virrey, lo que debiera sonarle familiar a Lucena).

La pieza sigue argumentando, para demostrar que los territorios españoles en América no eran colonias, que en realidad “la metrópoli fueron ellos: Manila, La Habana, México, Bogotá, Nueva Orleans y Buenos Aires”. Esta caracterización burda encierra, no obstante, una parte de verdad. Una historiografía reciente muy sofisticada sobre los imperios (en el plano internacional se podría mencionar a Frederick Cooper y en España a Josep Maria Fradera) ha puesto de relieve cómo los imperios no se constituían sobre la base de una mera relación unidireccional en la que una metrópoli le imponía las decisiones a una periferia. En el siglo XIX, la política colonial española se decidía en Madrid, pero también en La Habana o Manila. Igualmente, por poner otro ejemplo, la estrategia británica durante la Primera Guerra Mundial se decidió en Londres, pero también tuvo que tomarse en cuenta lo que se discutía en Egipto, la India o Australia. En la política británica sobre el sur de África, la Unión Sudafricana tenía probablemente más peso que Inglaterra. Pero ninguno de estos historiadores llegaría a la absurda conclusión de que, dado que la toma de decisiones era compleja e incluso policéntrica, no existían colonias ni relación colonial. Como lo definieron Jürgen Osterhammel y Jan Jansen, “el colonialismo es una relación de dominio entre colectivos, en la que las decisiones fundamentales sobre la forma de vida de los colonizados son tomadas y hechas cumplir por una minoría cultural diferente y poco dispuesta a la conciliación...”, y esto podemos aplicarlo a la India británica, la Argelia francesa o la América española. En última instancia, los imperios se parecían bastante más que lo que sus apologetas nacionalistas están dispuestos a conceder.

Un último argumento resulta sorprendente. Según Lucena las colecciones “depositadas” en nuestros museos son el resultado de una “política científica multiseccular”. La Corona española protegió, desde Felipe II en 1558 hasta la regente María Cristina en 1898, la difusión científica y el desarrollo tecnológico en la España europea y en las “Españas ultramarinas”. Más allá de la absurda idea de algo parecido a una política científica imperial española constante entre los siglos XVI y XIX, hoy en día conocemos bien, gracias a una muy abundante historiografía, las vinculaciones entre colonialismo y estudios y misiones científicas, no sólo obviamente para el caso español. Que las relaciones entre ciencia y colonialismo pudieran ser complejas y cambiantes no lo dudo, pero la afirmación de Lucena es otro brochazo que oscila entre la ingenuidad y el panegírico.

Los defensores del *statu quo* en los museos, si no quieren conformarse con una narración mítica, deberían buscarse otro paladín.

[Fuente: [Ctxt](#). José Antonio Sánchez Román es profesor de Historia Contemporánea de la UNED]

Agustín Moreno

Ayuso, la dinamitera

Cuenta Rafael Chirbes en sus imponentes Diarios (3 y 4) que al visitar el MoMA de Nueva York vio el famoso cuadro de Robert Rauschenberg (*Twin*), que es un lienzo absolutamente blanco. La madre de todos los monocromos. Reflexiona sobre cómo a veces el arte actual es una forma de ingenio, una cadena de ocurrencias, como si valiera el código, la explicación y la palabra más que la obra. Como si cierto arte moderno necesitase arropar la obra con la reflexión y el relato, hasta el punto de que suele tener más peso que lo material. Lo contrasta con la pintura clásica que no necesita de explicaciones porque se basta sola. Y concluye diciendo que, si viniera un exégeta de un cuadro clásico a explicártelo, acabarías diciéndole: “Cállate ya y déjame mirar”.

Algo así deberíamos de hacer con la presidenta de la Comunidad de Madrid. Porque hay que reconocer que Isabel Díaz Ayuso es una artista en provocar alboroto con groserías y distracciones. Refuerza su discurso con una altivez agresiva y un aire permanente de enfado con todo el mundo. Su estrategia de polarización política busca poner el foco en lo que le interesa para que lo importante quede en la sombra y no hablemos de ello. Así, con barbaridades diarias y con la bronca en sesión continua, se habla menos de desigualdad y del retroceso en cohesión social, del desmantelamiento de los servicios públicos o de que en este Madrid de cañas y tapas la democracia está en retroceso y conviven obscenamente la opulencia y la pobreza.

Son los hechos y no la propaganda los que mejor la definen. Si hacemos un breve repaso a su historial reciente, la lista de rupturas, víctimas y enemigos que tiene es larga. Por sistematizar, las agruparemos en bloques que resumen sus principales características como política.

1. **INTRIGA.** No se lleva bien ni con los suyos. La principal pieza que se ha cobrado fue el presidente del Partido Popular, Pablo Casado. Es una historia suficientemente conocida. Pero conviene resaltar dos cuestiones: [no tuvo reparos en movilizar a sus seguidores ante la sede del partido contra el entonces presidente del PP](#) y hasta hacía poco gran amigo suyo; no tiene límite en sus ambiciones. Feijóo no duerme tranquilo.
2. **CONTRARIA A TODO.** Siempre chocando con el Gobierno central. Ni siquiera ha sido capaz, en los momentos más difíciles, de mantener un mínimo de lealtad institucional, algo que debería ser obligado en beneficio de la ciudadanía madrileña. Es muy larga la lista de enfrentamientos con el Gobierno de coalición que preside Pedro Sánchez: medidas frente al covid, escudo social, salario mínimo, reforma laboral, impuestos a las eléctricas, topes al gas, tres PGE, toda ley progresista (LOMLOE, Libertad Sexual, Memoria Democrática, Trans y derechos LGTBI...). Y ha desbarrado gravemente al llamar “tirano” al presidente del Gobierno al que acusa de preparar una “dictadura” republicana. Es su manera de impulsar sus ambiciones y debilitar al líder de turno del PP. Y conseguir que se hable de lo que dice y no de lo que hace: de su agenda ultraliberal al servicio de ricos y poderosos.
3. **FUNDAMENTALISTA.** Su rigidez la incapacita para llegar a acuerdos con la oposición. Igual da que sea la derecha o la izquierda. Acabó rompiendo con Ciudadanos, con quien cogobernaba, y convocando elecciones anticipadas a mediados de legislatura, algo insólito en Madrid. Ahora tampoco ha sido capaz de acordar los presupuestos con los grupos progresistas y ni siquiera con Vox. Resultado: en cuatro años de gobierno de Ayuso ha

habido un solo presupuesto y habrá tres elecciones. Todo lo anterior demuestra su insolvencia para gestionar y para construir sociedad. De ahí que le dé igual no pactar presupuestos y realizar una gestión nefasta donde todo se subordina al conflicto y a la camorra.

4. **AUTORITARIA.** No escucha a nadie. Ni a los médicos de Atención Primaria que están en su quinta semana de huelga defendiendo la sanidad pública para todos y condiciones de trabajo dignas; se dedica a descalificarles y a echar más leña al conflicto sanitario actuando como una talibán neoliberal. Tampoco con las familias que reclaman centros escolares públicos para sus hijos y que se acabe la construcción por fases en barrios y localidades como Valdebebas, Ensanche de Vallecas, El Cañaveral, Rivas Vaciamadrid, Parla, Getafe, Alcalá de Henares, etc.; ella prefiere jugar al pelotazo educativo regalando suelo público y conciertos a grupos ultracatólicos y a fondos de inversión. Menos aún escucha al sector del taxi, aprobando una “ley Uber” que legaliza la competencia desleal en favor de las grandes multinacionales y de ex antiguos cargos políticos del PP.
5. **FALTA DE EMPATÍA.** La frialdad patológica de Ayuso con las personas y colectivos en situaciones difíciles es para reflexionar. Por ejemplo, con las personas mayores que padecieron los protocolos de la vergüenza durante la pandemia del covid y ahora con los familiares de los 7.291 fallecidos. Con las víctimas de la Línea 7B del Metro en San Fernando de Henares, absolutamente maltratadas. Con los vecinos de la Cañada Real sin luz y sin soluciones a sus problemas. Con los niños de familias desfavorecidas a los que quiso dar menús basura durante la pandemia. Eliminando la Renta Mínima de Inserción... No sigo, porque la lista se alargaría demasiado.
6. **DESPRECIA E INSULTA.** Hay tres cosas que me han llamado la atención en este año y medio de experiencia parlamentaria: Ayuso no interactúa con nadie, no mira a la persona que se dirige a ella; trabaja un cuarto de hora a la semana en la Asamblea de Madrid (cinco respuestas de tres minutos a los grupos parlamentarios) y se va del pleno hasta que vuelve para votar a última hora de la noche; es ella la que eleva el tono del insulto y la descalificación con la oposición cuando le faltan los argumentos y para que no decaiga el clima de polarización. Un ejemplo reciente: llamar “gentuza” a los socialistas y a la oposición, algo que debería tener sanción moral y política en una ciudadanía democrática. Con el insulto como único discurso no se puede construir nada.

Para qué seguir. Mi suegro, que era militar, decía que la gente se divide en “pontoneros y dinamiteros”. Los primeros construyen y los segundos destruyen. En la actual política en España, escasean unos y abundan los otros. Es tan evidente a qué grupo pertenece Díaz Ayuso, que jamás podría ser responsable de los cascos azules de la ONU. Es un paquete cargado de nitroglicerina, con una intransigente toxicidad política que debería estar ausente en toda sociedad que aspire a mejorar su convivencia. Y es que en el origen del pensamiento fanático que revienta la convivencia está el afán de poder sin límite. Qué tiempos estos en los que tener modales en política es de una insoportable ingenuidad. Pero, a pesar de Ayuso, habrá que seguir reivindicándolos.

[Fuente: [Público](#)]

Juan Diego Botto

En los márgenes

Cuando empezamos a aproximarnos a la realidad de los desahucios, una de las primeras cosas que se nos desvelaron como evidentes fue la saturación y la infradotación de todas las entidades sociales e instituciones que velan por proteger, ayudar y asistir a las personas en esa situación al igual que aquellas que deben velar por el cumplimiento de sus garantías y determinar las decisiones finales sobre su futuro.

Tanto los servicios sociales como las empresas públicas de vivienda, los educadores sociales y los juzgados están totalmente sobrecargados, y a todos les falta el personal y los recursos necesarios para hacer frente de forma adecuada al reto que enfrentan.

El precio de esa falta de recursos lo pagan en sus carnes los miles de familias que soportan durante meses, en ocasiones años, la profunda violencia que se ejerce sobre ellas. Una violencia difusa, indeterminada, sin nombre propio, que asfixia y agota, que lleva hasta el extremo a miles de familias.

De todos los problemas de falta de recursos, sin embargo, el más evidente es la falta de vivienda pública. Según datos recientes publicados en un estudio de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, el parque de vivienda pública en España representa un exiguo 1,1% del total. Es decir, del total del parque de vivienda en alquiler solamente el 1,1% es vivienda pública. Por poner en perspectiva ese dato, en Reino Unido es el 18%, en Francia el 15% o en Holanda el 30%.

¿Qué significa eso? Significa que cuando una familia ha tenido un tropezón y uno de los miembros ha perdido el trabajo, o ha contraído una enfermedad, o debe abandonar el empleo para cuidar de un familiar y deja de poder asumir temporalmente su hipoteca o alquiler, y enfrenta un proceso de desahucio, las administraciones no tienen ningún lugar al que enviarle. No hay una vivienda de alquiler que darle por la que pueda pagar una parte proporcional de sus ingresos. Eso le permitiría rehacer su vida y, con el tiempo, reincorporarse al mercado libre de trabajo.

En España no hay solución habitacional frente a un desahucio porque no hay casas, no hay vivienda pública de alquiler que ofrecer. Eso significa que para una familia que enfrenta un desahucio solo hay dos opciones: la calle, en la que con toda seguridad perderá la tutela de sus hijos menores, o entrar en una casa de un banco o un fondo de inversión que lleve mucho tiempo desocupada. Ese es el perfil de la ocupación en nuestro país; familias con hijos que llevan años tratando de evitar su desahucio y que, una vez expulsados, buscan una casa vacía con la intención de intentar negociar un alquiler social.

Pensemos lo que pensemos de la ocupación, la pregunta que debemos hacernos es: ¿cuál es la alternativa? Imaginemos que prohibimos de forma tajante la entrada de familias en casas vacías. Imaginemos que ponemos un policía a las puertas de cada edificio para garantizar que ninguna propiedad no utilizada de un banco o un fondo sea ocupada por ninguna madre con sus hijos. Deberemos entonces estar dispuestos a aceptar ver las calles de nuestras ciudades inundadas de familias con niños. Debemos aceptar ver menores con sus padres durmiendo en cartones en

nuestras plazas, cajeros, y parques. Esa es una decisión que como sociedad debemos pensar.

Hacer pagar a las familias precarias el precio de la falta de previsión e inversión de las administraciones, hacerles pagar el precio del excesivo celo lucrativo de grandes tenedores que prefieren mantener casas cerradas para sostener el precio de la vivienda es tan injusto y doloroso como disfuncional socialmente.

Por supuesto que no hay una única y mágica solución para el problema de la vivienda en nuestro país, pero sí existen elementos que deberían tenerse en cuenta a la hora de abordar cualquier decisión política.

Lo primero es entender que no hay ningún proyecto vital que pueda ser emprendido sin un hogar, ya sea independizarse o formar una familia. Decía Hannah Arendt que un hogar es la precondition de cualquier proceso de construcción en sociedad. No es necesario recurrir al artículo 47 de la Constitución —con esa redacción que incluye en un mismo párrafo el derecho a una vivienda digna y el compromiso del legislador de luchar contra la especulación— para entender, como han hecho los países de nuestro entorno, que se debe trabajar para garantizar ese derecho.

Desde luego hay múltiples enfoques, pero cualquier acercamiento debe tener en cuenta:

Evitar que el precio de la vivienda, un derecho básico, escale por encima de las posibilidades reales de las personas. Evitar que la especulación genere precios abusivos que condicionen el futuro de generaciones enteras.

Garantizar la existencia de vivienda pública de alquiler suficiente. Esto permitiría dar soluciones habitacionales temporales y otorgar segundas oportunidades a las familias.

Garantizar que los procesos judiciales tengan siempre en cuenta la situación socioeconómica de la familia. Que no se ejecuten desahucios sin garantizar una solución habitacional real (un albergue temporal no es una solución habitacional para ninguna familia). Que no se contribuya a este juego del avestruz en el que entre todos abrimos con una mano los agujeros que vamos cerrando con la otra.

Y, sobre todo, por encima de todo, que seamos conscientes de que, como decía Federico García Lorca, “debajo de las multiplicaciones hay una gota de sangre...”. Debajo de las estadísticas y de los titulares hay personas reales, con sufrimientos reales, que necesitan del compromiso de una sociedad entera para mejorar. La salud de una sociedad, su fortaleza democrática, se mide en cómo trata a los más frágiles, a los más vulnerables.

[Fuente: [Boletín Asociación Juezas y Jueces para la Democracia](#). Juan Diego Botto es cineasta y director de la película *En los márgenes*]

La Biblioteca de Babel

Desigualdades insostenibles

Por una justicia social y ecológica

Fuhem Ecosocial-Los Libros de la Catarata Madrid 2022 192

A. R. A.

Este libro, escrito por el codirector del World Inequality Database, constituye una magnífica introducción al análisis conjunto de las desigualdades económicas y los problemas ambientales. De fácil lectura, muestra los resultados de las mejores ciencias sociales en ambos campos. Es útil, sobre todo, para generar puentes entre personas de diferentes tradiciones culturales con ánimo de entender la estrecha vinculación entre lo social y lo ecológico. La obra está organizada en tres partes. En la primera se analiza el incremento de las desigualdades sociales en la fase de la globalización neoliberal. La segunda está dedicada a mostrar como los problemas ecológicos impactan más en la gente pobre y, por tanto, refuerzan el impacto de las desigualdades. La tercera parte está orientada a ofrecer respuestas a estos problemas, partiendo de la hipótesis, bien fundamentada, de que la lucha contra las desigualdades y contra el deterioro ambiental están íntimamente enlazadas.

30 12 2022

...Y la lírica

Pablo Neruda

Oda al primer día del año

Lo distinguimos
como
si fuera
un caballito
diferente de todos
los caballos.
Adornamos
su frente
con una cinta,
le ponemos
al cuello cascabeles colorados,
y a medianoche
vamos a recibirlo
como si fuera
explorador que baja de una estrella.
Como el pan se parece
al pan de ayer,
como un anillo a todos los anillos:
los días
parpadean
claros, tintineante, fugitivos,
y se recuestan en la noche oscura.
Veo el último

día
de este
año
en un ferrocarril, hacia las lluvias
del distante archipiélago morado,
y el hombre
de la máquina,
complicada como un reloj del cielo,
agachando los ojos
a la infinita
pauta de los rieles,
a las brillantes manivelas,
a los veloces vínculos del fuego.
Oh conductor de trenes
desbocados
hacia estaciones
negras de la noche.
Este final
del año
sin mujer y sin hijos,
no es igual al de ayer, al de mañana?
Desde las vías
y las maestranzas
el primer día, la primera aurora
de un año que comienza

tiene el mismo oxidado
color de tren de hierro:
y saludan
los seres del camino,
las vacas, las aldeas,
en el vapor del alba,
sin saber
que se trata
de la puerta del año,
de un día
sacudido
por campanas,
adornado con plumas y claveles,
La tierra
no lo
sabe:
recibirá
este día
dorado, gris, celeste,
lo extenderá en colinas,
lo mojará con
flechas
de
transparente
lluvia,

y luego
lo enrollará
en su tubo,
lo guardará en la sombra.
Así es, pero
pequeña
puerta de la esperanza,
nuevo día del año,
aunque seas igual
como los panes
a todo pan,
te vamos a vivir de otra manera,
te vamos a comer, a florecer,
a esperar.

Te pondremos
como una torta
en nuestra vida,
te encenderemos
como candelabro,
te beberemos
como
si fueras un topacio.

Día
del año
nuevo,

día eléctrico, fresco,
todas
las hojas salen verdes
del
tronco de tu tiempo.
Corónanos
con
agua,
con jazmines
abiertos,
con todos los aromas
desplegados,
sí,
aunque
sólo
seas
un día,
un pobre
día humano,
tu aureola
palpita
sobre tantos
cansados
corazones,
y eres,

oh día
nuevo,
oh nube venidera,
pan nunca visto,
torre
permanente!